

00485
rej. 2

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES
UNIDAD DE POSGRADO



**'' LAS IDEOLOGIAS DE LA REVOLUCION MEXICANA (1910 - 1917) A TRAVES
DE LAS NOVELAS DE LA REVOLUCION ''**

T E S I S

Que presenta:

ISIDORA ELVIA MONTES DE OCA NAVAS

Para obtener el grado de:

DOCTORA EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**

MEXICO D.F.

1988.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

CONTENIDO

| | Página |
|---|------------|
| <u>INTRODUCCION</u> | i |
| | |
| I.- <u>MEXICO DURANTE EL PORFIRIATO Y LA REVOLUCION MEXICANA</u> | 1 |
| A.- LA IDEOLOGIA DOMINANTE DURANTE EL PORFIRIATO | 4 |
| B.- LA ORGANIZACION SOCIAL DE MEXICO DURANTE EL PORFIRIATO | 12 |
| C.- EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO EN MEXICO | 37 |
| D.- CRISIS QUE PREPARARON LA CAIDA DEL PORFIRIATO | 43 |
| E.- LA REVOLUCION MEXICANA | 60 |
| F.- IDEOLOGIAS E IDEOLOGOS DE LA REVOLUCION | 86 |
| | |
| II.- <u>LA SOCIEDAD Y EL ARTE</u> | 103 |
| A.- LA LITERATURA COMO FORMA DE CONOCIMIENTO | 106 |
| B.- LA NOVELA DE LA REVOLUCION MEXICANA | 113 |
| | |
| <u>CONCLUSION</u> | 200 |
| | |
| <u>BIBLIOGRAFIA Y HEMEROGRAFIA ESPECIALIZADA</u> | 210 |
| | |
| <u>BIBLIOGRAFIA Y HEMEROGRAFIA GENERAL</u> | 222 |

I N T R O D U C C I O N

La Literatura en la crítica tradicional valorativa es y ha sido interpretada como una actividad autónoma e independiente de la realidad social del artista, quien permanece ajeno e inmune a toda cuestión ideológica; la obra literaria se considera como un producto de la pura subjetividad de un artista no comprometido, a pesar de que se refiera a una realidad social concreta.

Contra esta concepción de la Literatura y del arte en general como formas culturales, el materialismo histórico sostiene en una de sus tesis centrales que la cultura, conjunto de ideas e imágenes de los hombres y las obras en las que se expresan, surge en un momento histórico determinado de acuerdo a las condiciones sociales concretas existentes en el trance de su producción.

Entre la cultura, comprendida en ella la Literatura, y la realidad social existe una relación recíproca que no significa una relación de causalidad necesaria, pero sí de determinación en última instancia; en la obra literaria el artista encierra la realidad social que le tocó vivir y el ángulo social desde el que la percibe, la interpreta a su manera y, si así lo quiere, le impone el desenlace que él decida.

En este juego de relaciones entre objetividad-subjetividad, realidad-ficción, verdad-fantasia, historia-relato imaginario, surge la novela como una de las creaciones más frecuentadas para

la narración de hechos, situaciones, momentos, etc., que el artista deja plasmados en sus obras, desafiando, de alguna manera, la propia historicidad de lo que narra.

En las novelas de la Revolución Mexicana quedó registrado, a menudo con los márgenes de libertad o parcialidad que se permite el autor, el movimiento armado de 1910, y se mezclaron los elementos antagónicos pero complementarios de lo que sucedió en la realidad de ese tiempo y lo que el escritor quiso en su obra que sucediera; sucesos en los que el autor fue a menudo actor del episodio que le interesó aprehender en su creación, y que por tal intransferible razón narra una historia viva y cercana de la Revolución; el creador conoce, ha sido testigo o se ha mantenido muy cercano a las condiciones sociales concretas del México de 1910, a las ideas que dominaban el pensamiento y guiaban las acciones de los hombres de ese tiempo, la ideología, una constelación de valores diversos y en ocasiones hasta contradictorios; a través de esa corriente testimonial que a menudo, mediante la hechura artística, es posible conocer la ideología de la época y asimismo la del escritor.

En el presente trabajo se pretende realizar un análisis sociológico de las principales novelas de la Revolución Mexicana, escritas durante la primera mitad de este siglo y producto de autores que de una u otra forma vivieron cerca de este movimiento social; se limita, por obvias razones de demarcación histórica y temática, solamente a novelas que aparecen referidas de algún modo al movimiento armado que aconteció en el lapso que va de

1910 a 1917.

El propósito de la tesis es esbozar un análisis histórico cultural del periodo del Porfiriato como antecedente de la Revolución Mexicana, de las causas, desarrollo y consecuencias de la Revolución y de los correlatos de tiempo, ideología y espacio en que se movieron sus hombres principales ; una vez en posesión de esas herramientas teóricas pasar al estudio concreto de las novelas de la Revolución, y detectar en ellas las ideologías existentes en ese tiempo, las prevalentes y las dominadas; y, a través de ello, caracterizar -desde el punto de vista en el que se sitúa el creador artístico- las relaciones sociales de la época. Todo esto para lograr una mejor y más compleja interpretación y conocimiento de la Revolución Mexicana, en una versión que acaso, como resultante, difiera de las más divulgadas y oficiales, tanto en su momento originario como en el actual.

En la medida en que la Revolución Mexicana supuso una lucha de clases sociales, unas en ascenso y otras en decadencia, las novelas de la Revolución inevitablemente significan y expresan - así sea como subproducto de su elaboración artística- esa lucha de clases; una lucha en que la toma del poder político equivalía al triunfo para algunas de ellas, en tanto otras fuerzas luchaban porque se realizara, como producto de su acción, una profunda revolución económica y social.

Los mismos autores de las novelas suelen presentar su programa y su pensamiento, no de manera explícita y voluntaria,

sino en el curso de la factura de su obra, y, en la medida en que eso no lo apartara de su fundamental propósito de lograr una creación literaria y no un mero ensayo histórico. A pesar de esta observación, no se puede negar el valor -incluso inquerido o indeliberado, no expreso ni tendencioso o panfletario- que a menudo revisten las novelas como fuentes de conocimiento histórico y análisis social.

El tema de la novela de la Revolución Mexicana ha sido abordado de manera vasta y compleja, escritos publicados y otros conservados como tesis de grado. El aspecto desde el cual es analizado el tema es diverso, estudios que van desde análisis literarios en busca de imágenes y estilos, análisis psicológicos en pos de las representaciones y manifestaciones freudianas, análisis sociológicos los cuales, a través de las novelas de la Revolución Mexicana, encuentran las condiciones y realidades sociales del momento; algunos otros trabajos constituyen compendios bibliográficos de obras escritas sobre la Revolución Mexicana, obras que sirven de guía a los investigadores sobre este tema. Otros trabajos también constituyen fuentes directas para el conocimiento de la Revolución Mexicana, obras integradas con documentos de archivo, planes, manifiestos, en los que se contiene la historia del movimiento revolucionario de 1910.

Dentro de las obras bibliográficas de la novela de la Revolución Mexicana destaca la de Ernest Richard Moore: Bibilografia de novelistas de la Revolución Mexicana, vasta obra en la que se recopila la producción literaria de los principales

escritores de la novela de la Revolución.

Antonio Magaña Esquivel afirma en La novela de la Revolución Mexicana que este movimiento social barrió con la literatura jerarquizada y dogmática, aparte de su objetivo político-social; en esta novela los escritores se improvisaron en la acción y la experiencia misma, por ello adquiere un valor testimonial, documental. Se trata de narrar lo vivido a través del estallido de la ferocidad acumulada, el otro rostro del mexicano dominado. En esta obra Antonio Magaña analiza estilos, lenguajes, imágenes de las novelas, vida y obra de los autores.

John David Rutherford en su obra An annotated bibliography of the novels of the Mexican Revolution of 1910-1917, afirma que las novelas de la Revolución Mexicana son "... aquellas narraciones artísticas, en prosa, de alcance amplio, escritas por mexicanos, que se ocupan en su totalidad o en una parte de importancia considerable de sucesos que ocurrieron en México entre noviembre de 1910 y febrero de 1917", en base a esta definición realiza su bibliografía, la que contiene una revisión resumida de la producción novelística de la Revolución.

Una compilación vasta por su cantidad y tipo de documentos contenidos: obras y folletos relacionados con el movimiento revolucionario de 1910 a 1929, es la Roberto Ramos: Bibliografía de la Revolución Mexicana.

Otras obras constituidas por documentos oficiales, no meramente literarios son las de Manuel González Ramírez que

compila una serie de planes políticos y otros documentos en su obra: Fuentes para la historia de la Revolución Mexicana. Planes políticos y otros documentos, en este libro Manuel González hace una revisión de los contenidos de los documentos y de sus relaciones históricas; entre los documentos contenidos se incluyen oficios, reformas, acuerdos, cartas, reglamentos, etc. que constituyen fuentes de primera mano para conocer las ideas que antecedieron, acompañaron y sucedieron a la Revolución. Algo semejante realiza en su obra Fuentes para la historia de la Revolución Mexicana. Manifiestos Políticos. El manifiesto político, afirma el autor, es el medio de difusión preferido para desahogar pasiones y lanzar invectivas, se cultiva en la lucha, y tipifica la evolución ideológica del movimiento; tanto los revolucionarios como los contrarrevolucionarios utilizaron el manifiesto político como forma de combate. En el segundo volumen de esta obra, Manuel González acude a la caricatura política, que va desde el gobierno de don Porfirio Díaz hasta el del general Calles, en las caricaturas se hace una historia crítica de los hechos; la caricatura generalmente va contra lo establecido, y hace impacto tanto en la gente culta como en la del pueblo, a través de figuras chuscas muestra lo no demostrable por otros medios.

Diego Arenas Guzmán en su obra El periodismo en la Revolución Mexicana reproduce y analiza párrafos claves de artículos periodísticos explicando los hechos históricos a que hacen referencia, en los artículos periodísticos seleccionados se

conoce la oposición y crítica del pueblo mexicano hacia el Porfiriato, así como los cauces que siguió la lucha.

Bertha Ulloa Ortiz presenta los sucesos históricos e ideológicos de la Revolución Mexicana a través de los documentos contenidos en el archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores, documentos que se encuentran en el Ramo: Revolución Mexicana, 1910-1920.

Pasando ya al terreno propiamente literario como fuente de investigación, especialmente en su forma narrativa, Gracia Elene Solís Velasco realiza un análisis psicológico de algunas creaciones literarias que tienen por tema el pueblo mexicano durante el periodo revolucionario; este análisis se hace bajo el marco teórico de la psicología psicoanalítica, en las novelas contenidas en el trabajo se buscan caracterologías psicológicas de personajes y situaciones.

Julia Hernández en su libro Novelistas y cuentistas de la Revolución, señala como defectos de este tipo de novela el estilo periodístico de ella, el exceso de dramatismo, su marcado carácter costumbrista, mezcla de novela e historia carente frecuentemente de profundidad estética; sin embargo, entre sus cualidades menciona que la novela cumple el fundamental servicio de crear propiamente la novela mexicana, ser un acervo documental de primer orden, crear un estilo propio, ser un documento histórico y filológico para el análisis del lenguaje popular. Semejante juicio adopta Helena Beristain en Reflejos de la

Revolución Mexicana en la novela, análisis literario que señala el realismo como el estilo literario antecedente de la novela de la Revolución Mexicana, la que a su vez estableció toda una corriente literaria, que sirvió de reflejo de una realidad histórica: La Revolución Mexicana, calificada por la autora como burguesa, reformista y antiimperialista, a la par que las novelas en las que se aborda ese movimiento social.

Helena Beristain llama a los novelistas cronistas de la insurrección, quienes demuestran que sí existió la Revolución Mexicana; estas novelas son la historia misma, aunque parcial y tendenciosa; los autores fueron productos de su historia y su época, pero sinceros en la historia que narraron.

Juan Uribe Echeverría en La novela de la Revolución Mexicana define a este movimiento como una borrachera prolongada que hizo olvidar al pueblo sus miserias más próximas, ese momento fue el que aprovecharon los novelistas para reflexionar sobre el alma mexicana, sus virtudes y defectos; señala temas y estilos, personajes y argumentos.

Igual título que la obra anterior tiene la escrita por Adalbert Dessau, quien sostiene que la novela de la Revolución alcanzó una trascendencia nacional incomparablemente superior a la alcanzada durante periodos anteriores. "Casi inexplorada está la ideología revolucionaria, cuyo conocimiento, sin duda, es indispensable para el análisis de cada obra literaria". En esta obra se hace un análisis de la novelística de los treinta

relacionada con la Revolución Mexicana, captando en las novelas el proceso de desarrollo social, ideológico y literario de la Revolución, haciendo para ello una selección de las novelas más representativas, pues si esto no fuera así, el campo de estudio se extendería a varios cientos de novelas, dando mayor espacio a los autores más reconocidos como importantes.

La novela para J.S. Brushwood permite comprender tanto la realidad presente y visible, como aquellos elementos de la misma que no se presentan a los ojos, explorando realidades interiores y sueños que van más allá de lo visible. "Este libro (México en su novela) se propone dar cuenta y razón de la realidad mexicana según se nos revela en las novelas del país"; el autor pretende en esta obra escribir una historia de la novela, no una historia de los novelistas; Brushwood considera que la novela posee una historia propia que se deformaría si se tratara a un autor en un solo lugar, o al exponer un determinado tema en un solo capítulo. El autor afirma no haber utilizado un método crítico en el estudio de las novelas, sino que cada novela fuera guiando sus comentarios, considerando lo hecho en cada novela por recrear la realidad.

Max Aub en Guía de narradores de la Revolución Mexicana asegura que ésta como característica original de ella, no estuvo precedida de una verdadera teoría política; a pesar de los intentos hechos por Ricardo Flores Magón, Madero y Zapata; la violencia popular rebasó los planes ideológicos de los pensadores y los caudillos. En realidad su libro está constituido por

narraciones breves de biografías de los novelistas y contenidos de las obras.

Martha Portal define la literatura como la conciencia de un pueblo y la Revolución despertó al pueblo mexicano. Aparece una nueva narrativa que parte de un concepto práctico de la existencia humana y de una visión social precisa y objetiva de lo inmediato, en la que no se oculta la brutalidad, el heroísmo, el machismo, la traición.

La autora analiza la narrativa de la Revolución, buscando lo que las obras dicen (valor denotativo de la obra), su sentido literal e informativo; después su valor connotativo (el mundo de valores del autor), y su valor objetivo-subjetivo que es la valoración de la obra como un todo en el que se desprenden síntomas objetivos para el receptor, pero que son interpretados conforme su propia valoración y entendimientos subjetivos. En esa última valoración la autora intenta encontrar el ser del mexicano.

En la obra de F. Rand Morton: Los novelistas de la Revolución Mexicana se analizan los elementos estructurales de las obras, técnicas novelísticas y psicología de los personajes. Parecido análisis de elementos estructurales predominantes en la novela de la Revolución Mexicana realizan Edmundo Valadés y Luis Leal en La Revolución y las letras. Semejante estudio hace Robert Lemm en su obra: Análisis estructural de cuatro novelas mexicanas, obra en la que el autor concluye que faltan

criterios para una clasificación clara y definitiva de la novela de la Revolución Mexicana.

Blanche Spaulding Kipp analiza diversas novelas de la Revolución Mexicana en: Influencias del medio en la vida mexicana, vista a través de algunas novelas de la Revolución, en ella hace un análisis de los temas comunes de la novela, utilizando citas de ellas; las diferencias que existen entre los temas conforme a la región de la que se trata.

Andrew Vigil se basa fundamentalmente en las novelas: El águila y la serpiente, Las memorias de Pancho Villa y Se llevaron el cañón para Bachimba, para encontrar estilos, tramas, psicología y carácter de los personajes; estas obras son catalogadas como históricas, en donde predominan las inquietudes políticas de la época.

Margarita Teutli Teyssier analiza el significado literario del cuento de la Revolución Mexicana y su función social como denuncia, a través de los cuentos, Margarita Teutli trata temas, escenas y cuadros de la Revolución Mexicana, personajes y sentimientos. A través del cuento se manifiesta la búsqueda de un pueblo por determinar su fisonomía peculiar; de acuerdo con la autora, el cuento se amolda para este estudio mejor que la novela, por ser el cuento una narración corta y enérgica como lo fue el propio movimiento revolucionario.

María Azuela Arriaga, Fernando Curiel Defosé y Eustasio Fernández Agüera, hacen análisis semejantes pero tomando como

fuente de investigación a uno de los novelistas, a Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán y Gregorio López y Fuentes, respectivamente. En estas obras se aborda la vida personal de los autores, de los personajes y lugares que conocieron, y que después aparecen en las novelas; en el caso de Mariano Azuela se trata de una narración de la vida personal del escritor a través de un trato familiar con él. En el caso de Martín Luis Guzmán, es un análisis de su pensamiento a través de sus ensayos, y con respecto a Gregorio López y Fuentes se analizan las características literarias del artista y los temas utilizados en su obra.

David López Feimbert hace un análisis semejante pero en base a una obra representativa del periodo anterior al revolucionario: Tomóchic de Heriberto Frías, a quien define como "... un gran luchador y escritor mexicano que con su obra literaria lega a México documentos valiosos para la historia militar y de las ideas políticas, y no en vano se le señala como uno de los más valientes precursores de la Revolución aunque jamás se ufano de ello".

Magalinda Jiménez Tejeda y Ma. Guadalupe Osorio y Lama hacen un análisis de las novelas de la Revolución Mexicana con propósitos didácticos para la enseñanza de la literatura en educación media básica, conceptuando a las novelas como fuentes históricas y psicológicas del pueblo mexicano.

Daniel Moreno en Figuras de la Revolución Mexicana ofrece un

elenco de figuras humanas y no humanas para comprender el movimiento revolucionario, personajes como la soldadera, el caudillo, el ferrocarril; Moreno afirma que la Revolución Mexicana no fue precedida ni acompañada de un programa claro y definido de principios, pero que no careció de ellos, hubo manifestaciones en producciones literarias como las novelas de Heriberto Frias y López Portillo, las publicaciones periodísticas de Ricardo Flores Magón y Juan Sarabia, la obra política de Andrés Molina Enríquez, las novelas de Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, las de José Rubén Romero, los cuentos y los corridos.

Ernesto Hidalgo en La ética de la Revolución afirma que este movimiento fue genuinamente un fenómeno social, forzoso e ineludible, aunque susceptible de modificarse; la revolución es incesante y sigue en perpetuo curso a pesar de lo transitorio y mutable de los hombres, es inevitable y constante, sigue sus propios cánones y el hombre la interpreta según sus propios ideales y su tiempo.

La Antología hecha por Aurora Ma. Ocampo, comprende quince ensayos sobre los panoramas generales de la novela mexicana del siglo XX, ensayos tomados de revistas nacionales y extranjeras, seleccionados por su valor crítico e informativo.

La autora compara la producción literaria del siglo XIX en México, literatura de imitación, propia de un país que busca su ser, y la producción del siglo XX, especialmente las relacionadas

con el movimiento social de 1910, donde los escritores, al enfrentarse a su realidad, sintieron la necesidad de recrearla tal y como la estaban viviendo.

En busca de las ideas que antecedieron, acompañaron y sucedieron a la Revolución Mexicana, Mauricio Magdaleno en Hombres e ideas de la Revolución se refiere a las ideas y problemas fundamentales manejados durante y después de la Revolución como el problema de la tierra y el de la educación popular, la cuestión indígena; se ocupa de analizar el pensamiento de dieciocho mexicanos, considerados por el autor como los ideólogos revolucionarios y posrevolucionarios, de cada uno de ellos se mencionan sus ideas y acciones principales en favor del movimiento.

Jesús Silva Herzog también buscó las ideologías que acompañaron al movimiento revolucionario, básicamente lo hace en las publicaciones periodísticas, planes y manifiestos oficiales, analizando discursos y documentos hasta llegar a la Constitución de 1917. Esto aparece en la obra Trayectoria ideológica de la Revolución Mexicana 1910-1917 y otros ensayos.

Richard Roman en Ideología y clase en la Revolución Mexicana. La convención y el congreso constituyente analiza el régimen de Díaz como antecedente de la Revolución hasta la llegada de Madero al poder, con un programa de reformas políticas que no tocaba ningún aspecto socioeconómico importante, dejando intactos los problemas de fondo de la sociedad mexicana.

Richard Roman analiza los planes e ideologías de diversas facciones revolucionarias, que se enfrentaron por primera vez en la Convención de 1914, se analizan documentos y escritos hasta llegar al Congreso Constituyente de 1917.

Como uno de los mejores trabajos relacionados con el tema encontré el de Arnaldo Córdova: La ideología de la Revolución Mexicana quien define su libro como "... un esfuerzo dirigido a dar una explicación general y sistemática de la ideología del desarrollo que ha dominado en México en el periodo que comienza con el porfirismo". El autor parte de la tesis de que tanto el Porfirismo como la Revolución, obedecieron al mismo proyecto histórico: el desarrollo del capitalismo, luego son etapas de un mismo proceso que es la consolidación y el desarrollo del sistema capitalista en México.

A través de una revisión bibliográfica, me di cuenta de que la Revolución Mexicana ha sido fuente pródiga para su investigación, los enfoques y los medios utilizados, así como los resultados obtenidos han sido diversos y entre sí complementarios; en algunas de las investigaciones, aunque se plantean objetivos semejantes y hasta fuentes de investigación comunes, por ejemplo las novelas, las conclusiones y los resultados a los que llegaron son distintos; espero que esta investigación que hoy presento también sea diferente, y aporte algo nuevo al conocimiento e interpretación de la Revolución Mexicana.

I.- MEXICO DURANTE EL PORFIRIATO Y LA REVOLUCION MEXICANA.

La historia de México durante la primera mitad del siglo XIX fue una historia turbulenta. Al consumarse la Independencia, México, lo mismo que el resto de los países coloniales de América se enfrentó al problema de erigirse como nación libre y propia, y con ello, de darse una forma de gobierno no dependiente y, si era posible, diferente al español; esto necesitaba de una unidad social entre los diversos sectores de la población, una instrucción y ejercicios políticos de los que carecía el grueso del pueblo mexicano, una conciliación entre intereses y proyectos entre quienes habían resultado más beneficiados por la independencia, los criollos, el apoyo leal de las fuerzas armadas, considerando que dicho apoyo estuvo en razón directa a la posibilidad de pago y concesiones a las mismas, una demarcación territorial y el reconocimiento de los demás pueblos como nación libre.

A este panorama político se une el económico no menos desolador, al consumarse la Independencia, México estaba en plena bancarrota económica, con un escaso desarrollo de las fuerzas productivas, una actividad minera, la fundamental durante la Colonia, casi extinguida, más por el abandono de sus dueños que por la escasez de los metales mismos, un sistema de producción en el campo a nivel de subsistencia, un reducido mercado interno, a excepción de los enclaves mineros y agrícolas dedicados a la exportación, un mercado exterior muy limitado a pesar de las reformas borbónicas de los últimos tiempos coloniales; imperando

el trabajo forzado en casi todas las ramas de la producción.

A la recién nación independiente se le presentó el problema de acelerar la economía mexicana, implantar y desarrollar nuevas relaciones de producción, vigorizar la producción agrícola a través de nuevos y mejores sistemas, poblar las vastas extensiones territoriales que estaban prácticamente vacías, crear un mercado interno capaz de absorber la producción, buscar nuevos mercados en el exterior y, antes que nada, encontrar una forma de estado propio, para que a partir de él, según las ideas de los líderes liberales, crear un proyecto de nación original e independiente.

Las constantes revueltas que se sucedieron durante este periodo, tanto al interior como al exterior, parecieron ser resueltas, políticamente, al triunfo de la Reforma y el movimiento liberal; México estableció una forma de gobierno definitiva: República Democrática Federal, una Constitución propia, la de 1857. Pero, en el terreno de la economía mexicana ¿qué había?. Existía un panorama semejante al existente al triunfo de la Independencia, una economía fracturada por las constantes luchas sostenidas entre los sectores políticos del país y contra naciones extranjeras, primero Estados Unidos de Norteamérica y posteriormente Francia, un país endeudado con el exterior y hasta desacreditado por el incumplimiento de sus deudas, un pueblo iletrado tanto en el alfabeto como en la política, una escasez absoluta de capitales propios dispuestos a invertir en la economía nacional, un gran número de comunidades campesinas indígenas despojadas de sus tierras, conforme a lo

establecido por la Ley de desamortización de tierras ociosas y baldías; una industria inexistente, un temor del capital externo a invertir en un país en donde las revueltas y los golpes de Estado se habían convertido en un sistema de vida, una iglesia católica adormecida pero no vencida y en espera de un mejor momento para volver por sus fueros.

La prolongada permanencia de Benito Juárez en la presidencia de la República, más que a ambiciones personales, se debió a las condiciones mismas del pueblo mexicano, que amparado por una Constitución liberal avanzada, era inmaduro para poner en práctica lo estipulado en ella, tanto sus obligaciones como sus derechos, especialmente estos últimos; las libertades garantizadas por la Constitución, su derecho-obligación a la educación impartida por el Estado, ésta como medio para lograr la participación plena y consciente del pueblo en la vida política del país, el pueblo como depositario del poder y la voluntad supremos, etc.; mucho de ello no pasó más allá del papel en el que estaba escrito.

A la muerte de Juárez, Lerdo de Tejada propuso seguir la línea Juarista, tanto en sus proyectos nacionales como en la permanencia indefinida en el poder, pero, con menos apoyo que con el que contó Juárez, y con más soberbia que ningún hombre, según lo dicen sus biógrafos, fue derrocado por el oaxaqueño Porfirio Díaz y su Plan de Tuxtepec. Este Plan, al igual que el de la Noria, básicamente sostenía la no reelección del Presidente de la República, esta no reelección garantizaría el fin de las

revueltas violentas y el triunfo de la democracia.

"Que ningún ciudadano se imponga y perpetúe en el ejercicio del poder, y ésta será la última revolución".

Porfirio Díaz. La Noria, Diciembre de 1871.

Esta era la situación del país cuando Porfirio Díaz ocupó la Presidencia de la República por primera vez en 1876.

El Porfiriato nació de la guerra, luchó por la paz, promovió a cualquier precio la prosperidad económica del país; vista la historia como una cadena de eslabones engarzados y necesarios entre sí, el Porfiriato fue el eslabón inevitable para el adelanto del pueblo mexicano hacia la modernización.

A.- LA IDEOLOGIA PREDOMINANTE DURANTE EL PORFIRIATO.

Se conoce como El Porfiriato al periodo de la historia de México transcurrido durante el gobierno del Gral. Porfirio Díaz, 1876-1910. Durante este largo tiempo, se propiciaron y defendieron determinadas condiciones económicas favorables para el desarrollo del capitalismo en México en su etapa más avanzada: el imperialismo. Para que este sistema económico se afianzara y avanzara, junto con su legitimación ideológica y funcionamiento político, los intelectuales de la clase dominante acudieron a una serie de doctrinas filosóficas europeas, utilizadas aquí como auténticas ideologías; ellas explicaban y justificaban la situación social en la que se vivía, como el único y mejor estado

posible.

El terreno político empezó a cultivarse cuando se iniciaron las críticas en contra de la Constitución Liberal de 1857, como un mero trasplante de constituciones europeas, basadas éstas en los derechos humanos proclamados en la Revolución Francesa. El pasado cercano del pueblo mexicano fue una época de guerras intestinas en la búsqueda de un estado nacional propio, y que sangraron de manera constante al país; la precaria situación económica y política de México, la devastadora intervención norteamericana de 1847, hacían imposible, según los ideólogos porfiristas, la aplicación de una Constitución "demasiado liberal", que otorgaba muchos derechos y libertades a un pueblo que no sabía que hacer con ellos, así como le imponía una serie de obligaciones que no cumplía.

Con respecto a la división de poderes establecida en la Constitución de 1857, se criticó que la fuerza casi ilimitada que se le concedía al poder Legislativo, impedía el desarrollo de un Ejecutivo fuerte, capaz de dirigir a un pueblo inmaduro y demasiado joven en la política hacia el desarrollo pleno de la sociedad; por ello la necesidad de implantar un poder Ejecutivo firme y absoluto, esencial para esos momentos de crisis en que se requiere la mano dura del gobernante, única salvación para el desorden y el caos en que había caído el país desde el logro de su independencia.

La clase dominante durante el Porfiriato, unificó al aparato sociopolítico principalmente bajo el positivismo europeo.

El positivismo injertado en México, apoyado también por el evolucionismo spenceriano, "demostraba" que la historia del pueblo mexicano había sido un caos social, de él surgiría la meta del PROGRESO; hacia esa meta se dirigían, por naturaleza propia de la evolución social, todos los pueblos de la Tierra. Sin embargo, para alcanzar tal meta, era necesario un gobierno fuerte que impusiera el ORDEN y la PAZ, factores indispensables para llegar al progreso.

La meta era el progreso, pero el único medio para alcanzarla era la paz, sin ésta jamás se llegaría a aquélla; así la dictadura porfirista se presentó como una necesidad inherente a la propia condición del pueblo mexicano, pueblo al que había que llevar por la fuerza, debido a su historia desordenada y sin rumbo, hacia la meta ineludible de su desarrollo que significaba llegar al estado perfecto de toda sociedad: el estado positivo como etapa culminante y última del desarrollo social, esto después de haber pasado por los estados teológico y metafísico, en los cuales el desorden, la superstición y la ignorancia habían imperado y que desaparecen para dar paso a la CIENCIA.

El programa del positivismo sociológico en el terreno político tiene como integrante fundamental a la LIBERTAD, entendida ésta como el conocimiento, primero, y la sumisión, después, del hombre a las leyes naturales que rigen la sociedad. Sin embargo, tratándose de una sociedad debilitada por tantos problemas como la mexicana, la práctica de la libertad podía desembocar en la anarquía, y, para evitarlo, era necesario una

férrea dictadura que contuviera los excesos de un pueblo aún no maduro para la participación política, indispensable ésta para llegar a la libertad. Se trataba de una mano protectora y bienhechora, pero dura, que acudiera a la fuerza, si era necesario, para conducir a un pueblo desbocado y sin orden hacia su meta final; una dictadura con poder ilimitado, pero "honrada"; esto es, que protegiera, respetara y defendiera la propiedad.

Los científicos afirmaron, al igual que la doctrina en sus orígenes, que la ciencia era el medio para llegar a la verdadera "esencia" de la sociedad, que no es diferente a la de la naturaleza; ambas se guían por leyes rigurosas que a las ciencias, tanto a la Sociología como a las naturales, les toca descubrir para atacarlas, al margen de lo que los hombres anhelan o desean que sea la sociedad, en el camino de la perfección al que por sí sola tiende. Esta perfección encarnada en el progreso, sólo es posible si las ciencias inducen al trabajo, al desarrollo de la industria y de la economía.

Conforme a sus correlaciones materiales, la ideología porfirista no tenía nada de reaccionaria, se trataba de defender los intereses económicos de los miembros de la clase dominante, los grandes propietarios de la tierra, hasta por encima del mismo Don Porfirio si era necesario. Los intelectuales hacen aparecer esto como encaminado a la construcción de un país poderoso, bajo un régimen fuerte que llevara a feliz término la tarea emprendida; un proyecto de desarrollo nacional basado en el orden, logrado éste gracias a la ciencia y a la educación.

Los ideólogos del Porfiriato afirmaban que mientras este estado ideal llegara, era necesario que los hombres más capaces y fuertes, lo mismo que sucede en las especies animales, tomaran las riendas de la sociedad y sirvieran de guías a los otros; esto sería hasta en tanto no llegara el reino de la libertad y la igualdad que corresponde a un pueblo maduro y fuerte, formado por hombres realmente libres e iguales. "Mientras tanto, deben prevalecer la desigualdad y el dominio de los poderosos, porque constituyen los únicos elementos reales que en el futuro harán la igualdad. Las luchas por la libertad y la igualdad sólo ficticias no hacen sino retrasar el proceso, ir contra la naturaleza de las cosas e imponer sacrificios interminables al país" (Córdova, Arnaldo, La Ideología de la Revolución Mexicana, p. 63).

Esta ideología critica duramente todo movimiento revolucionario que fuerce y desvíe el cambio natural de la sociedad; de una ideología que establece el cambio evolutivo en las sociedades a través de los tres estados sociales: religioso, metafísico y positivo, se convierte en una ideología conservadora y opuesta a cualquier movimiento social que ponga en peligro el estado de cosas alcanzado.

La centralización del poder lograda por Porfirio Díaz, desde la Presidencia de la República y sus ministros hasta las autoridades municipales, pasando por los gobernadores de los Estados, desde el Congreso y la Suprema Corte hasta el ejército, convirtió a su dictadura en una dictadura abierta, sin necesidad de algún disfraz, donde la violación del sufragio durante sus interminables reelecciones, era ya una costumbre aceptada por el

pueblo, especialmente por quienes pudieron haberse opuesto a ella. Luego entonces ¿por qué estalló la Revolución Mexicana contra la dictadura de Porfirio Díaz?

Los defensores del sistema porfirista defendieron la reelección de Díaz en el poder como una medida necesaria. La violación del sufragio no solamente la había hecho Díaz, antes también la habían realizado Juárez y Lerdo; ¿por qué?, la Constitución liberal de 1857 era la responsable, ésta otorgaba una serie de derechos democráticos avanzados, irrealizable para un pueblo incapaz políticamente; el sufragio directo y efectivo se practicaba ya en pueblos avanzados de Europa y América, pero no en éste en el que la mayoría de los varones mayores de 21 años, únicos con derecho al voto según la Constitución, eran campesinos e indios incapaces de juicio claro y libertad necesaria para hacerlo, entonces en cada elección, para cumplir con la Constitución, era necesario violarla a través del fraude electoral, luego Díaz pudo permanecer en la Silla sin necesidad de la farsa electoral, pero, ¡todo sea por cumplir con la Constitución!

El Congreso Constituyente haciendo uso de sus facultades legislativas, propuso el sistema de elección restringido sólo a quien supiera leer y escribir, un 20% de la población incluyendo a mayores y menores de 21 años, hombres y mujeres; aunque esto fue negado, en realidad la elección de Díaz fue selectiva, unos cuantos, especialmente en sus primeros periodos y cuando se comparó con lo hecho por Manuel González -1880-1884-, eran los

que votaban por él, esos "unos cuantos" no era porque pocos votaran cada cuatro años por Díaz; sino por lo restringido de la población activa en la política.

Con respecto a la reelección también hubo remedio, toda ley civil puede ser cambiada conforme a los intereses dominantes; en 1878 se modificó la Constitución prohibiendo la reelección inmediata del Presidente de la República, en 1887 se publicó la ley que autorizaba una reelección, y en 1890 otra reforma que anuló las anteriores y que permitía la reelección indefinida.

Porfirio Díaz fue el creador del "milagro mexicano" de fines del siglo XIX y la primera década del XX, para ello tuvo que abrir las puertas de nuestro país a las inversiones extranjeras, asegurando al interior la paz y el orden en un pueblo que durante varias décadas no había conocido eso, un pueblo desacreditado al exterior y que ofrecía pocas garantías de ganancias al extranjero, con un sistema de vías de comunicación atrasado y peligroso de transitarse. Al tomar el poder por segunda vez en 1884, Díaz recibía un gobierno en bancarrota, insolvente moral y económicamente; públicamente devaluado por los fraudes achacados a González y su camarilla, con la presencia de grandes monopolios capitalistas extranjeros ante los cuales era imposible enfrentarse.

Díaz dedicó sus esfuerzos a la recuperación de la crisis, frente a si tenía grandes y graves problemas y escasos recursos; sus medios no fueron siempre los de un "claro" estadista, las intrigas, la maledicencia, las concesiones, las caricias a los

enemigos, los palos a los reticentes, las divisiones y envidias entre los ambiciosos de poder, las ventajas y privilegios extraordinarios a los capitalistas extranjeros; en fin, todo lo imaginable fue puesto en práctica por Díaz para lograr su famosa "política de conciliación".

La preservación de la paz fue ante todo, la estabilidad del régimen necesaria para invitar a la inversión, el respeto a las garantías individuales, me refiero especialmente a la de la propiedad privada, absoluto; los medios para lograrlo no importaron, la pena de muerte y el arresto sustituyeron a la Inquisición colonial; pena de muerte y pena de muerte para todo el que atentara contra la paz social que tanto trabajo había costado lograrla, y que con ello se pusiera en peligro el camino del país hacia su modernización y crecimiento económico.

La "amistad" de Díaz con los jefes políticos, militares y hasta religiosos, le permitió tener asegurada la paz del pueblo; lo que no hacía el gobernante lo hacía el oficial, y lo que no hacía ni podía hacer ninguno de ellos, lo hacía eficazmente el cura.

Durante el Porfiriato, la superioridad de los hombres ya no se basó en la de la sangre como sucedió en épocas anteriores, ahora estaba dada por la posición económica, posición íntimamente ligada a la educación recibida por quienes la ocupaban; educación y posición económica aparecen así como concomitantes.

La ideología porfirista no trató de justificar al Gral. Porfirio Díaz, pudo haber sido otro el personaje central del régimen, si hubiera servido, de la misma manera que lo hizo Díaz, a los intereses económicos dominantes. Esta ideología está encaminada, primero, a lograr un régimen fuerte que cuide y propicie el engrandecimiento económico de los grandes terratenientes aliados con el capital extranjero, una vez logrado esto, luchar, a como dé lugar, incluso por medio de la "paz de los sepulcros" y "Valle Nacional", por conservar este orden; el orden no parece ser establecido por la fuerza y la violencia, no, éstas sólo son necesarias en caso de que los hombres quieran desviar el curso natural de la historia.

B.- LA ORGANIZACION SOCIAL DE MEXICO DURANTE EL PORFIRIATO:

El sistema de las haciendas en México, no ha conocido mejor época que durante el Porfiriato gracias al capital tanto nacional como extranjero.

La situación campesina, al igual que el resto de la sociedad, no formó un todo homogéneo y compacto; entre los campesinos de las diversas regiones de la República, tipo de producto que producían y destino de la producción, había grandes diferencias; estas diferencias determinaron de alguna manera la participación tan distinta que tuvo el campesino de las diversas zonas del país al estallar la Revolución Mexicana.

En el Porfiriato fueron comunes las tendencias filantrópicas y humanitarias de algunos grupos, en los últimos años del Porfiriato la Iglesia Católica organizó, junto con algunos "buenos y avanzados" hacendados y funcionarios, diversos congresos campesinos, lástima que a dichos congresos no asistieron representantes campesinos. En esos congresos se planteaban algunas reformas agrarias: aumento de salarios, menor robo de los campesinos por las tiendas de raya, disminución de la servidumbre por deudas; otros proponían para la mejora de los niveles del peón, modernizar la producción agrícola y con ello elevar la productividad en el campo, establecer relaciones más cordiales entre el amo - vía capataz - y el peón. Lo que se veía en estos congresos, era que la situación de explotación del peón en las haciendas no podía prolongarse más, a riesgo de provocarse una rebelión violenta, que echara por tierra lo logrado hasta entonces.

Al finalizar el Porfiriato más del 95% de las aldeas comunales había sido despojado de sus tierras. Y si a esto sumamos las crisis provocadas por malas cosechas, así como las vaivenes del comercio exterior para los productos del campo mexicano, el poder adquisitivo real de los trabajadores rurales había descendido peligrosamente entre 1876 y 1910.

El endeudamiento del peón, razón para forzarlo a trabajar, no fue un sistema único practicado por los patrones con respecto a los trabajadores del campo: en regiones como Oaxaca y Yucatán, productoras de tabaco y henequén respectivamente, escaseaba la mano de obra local y había que traerla de donde fuera, no

importaba si eran campesinos indigenas despojados de sus tierras comunales, deportados politicos para quienes su deportación significaba el castigo anterior a la pena de muerte, aunque las condiciones de vida de los trabajadores en estos lugares era sinónimo de muerte, y hasta delincuentes y presidiarios que consideraban como una esperanza de libertad a estos campos, preferible a quedarse por siempre entre las paredes de un calabozo.

Estas legiones de hombres de orígenes étnicos, sociales y culturales tan disímolos, había que sujetarlas de alguna manera, el modo más socorrido y usado fue el de las deudas contraídas en la tienda de raya; eran peones acasillados en su mayoría atados a la hacienda de manera permanente. En estas regiones apareció algo muy semejante a la esclavitud, a pesar de que ésta había sido abolida oficialmente por don Miguel Hidalgo en 1811. El henequén y el tabaco eran productos para la exportación, esto se facilitó gracias a la introducción de los ferrocarriles en el país, zonas tropicales sin desarrollo industrial o minero, con menor competencia por el trabajo entre la mano de obra existente, un gobierno lejano en la geografía pero cercano a través de los rurales, cuerpo policiaco que sirvió como importante fundamento para la dictadura central y la del hacendado; un gran aislamiento de la región con respecto al centro del país o a otras zonas que ofrecieran mejores condiciones de trabajo; todo ello hizo posible que el sistema del peón acasillado y endeudado de por vida, fundara ahí sus reales, y que su participación en el estallido revolucionario no fuera tan impactante como lo fue en el centro y

en el norte del país.

En las zonas del centro del país, a excepción de los ingenios azucareros de Morelos, se producía para el mercado interno, ahí sobraba la mano de obra pues era la región más poblada, con abundante mano de obra campesina desposeída de sus tierras, un incipiente desarrollo industrial incapaz todavía de absorber a toda la mano de obra campesina desocupada, para convertirla en fuerza de trabajo asalariada, un gobierno fuerte más cercano y apoyado por las fuerzas militares; sin embargo, la cercanía de las industrias y su creciente desarrollo gracias a la inversión extranjera, especialmente la industria textil, el hecho del pago de salario en esos centros de trabajo provocó que en las haciendas del centro poco a poco se fuera sustituyendo el sistema de deudas por el de salarios, ante el peligro de que el peón abandonara la hacienda para contratarse como obrero en las industrias, o viendo más lejos, en los centros mineros del norte, en donde según se decía, los salarios eran más altos que en la propia industria textil. Algunos de los campesinos del centro aún poseían sus tierras, pero por su calidad o baja productividad, se alquilaban como acasillados, arrendatarios, medieros, trabajadores eventuales asalariados en las tierras del hacendado.

En la región norte la cuestión era diferente, se trataba de tierras áridas e inhóspitas, poco pobladas por campesinos indígenas a los que no hubo necesidad de despojar de sus tierras, cercana al sur de los Estados Unidos donde la cosecha del algodón y el cuidado del ganado ofrecían buenos trabajos y mejores

salarios, un ferrocarril que solamente era la prolongación casi natural del que existía en el norte, el peligro de la escasez de brazos para la producción de la zona; todo ello provocó que en esta región la esclavitud, el trabajo forzado, el endeudamiento y otros sistemas practicados en el centro del país y más en el sur, no fueran practicados aquí; en esta región había que ofrecer incentivos a los trabajadores para arraigarlos y no huyeran hacia el norte, ese incentivo fue el pago a su trabajo.

Las concesiones de tierras otorgadas en el norte a los beneficiados por Díaz, eran enormes extensiones, a decir de algunos exagerados, en el norte no se repartía la tierra por hectáreas, sino por husos horarios, y si no que hable el clan Terrazas; la producción agrícola daba algo más que para la subsistencia propia y el mercado interior, además de la cercanía del mercado mayor que eran los Estados Unidos, esto provocó que al lado de los grandes hacendados, se formara una "clase media agrícola" integrada por rancheros y medieros que tenía también la ventaja de las minas como fuentes de trabajo. En el norte surgió así un trabajador semindustrial, semiagrícola que no existió en el centro y el sur de México, un trabajador que conoció y saboreó, aunque no en gran escala como él hubiera deseado, las mieles del crecimiento económico, pero que reconoció que la permanencia del sistema del gobierno de Díaz, le impediría su ascenso óptimo en la escala social.

Por leyes de la lógica natural, a mayor explotación del trabajo mayor debió haber sido su participación en el movimiento revolucionario, pues éste significaba, supuestamente, su

liberación del patrón y la devolución de sus tierras; sin embargo, las cosas no sucedieron así.

En el sur: Tabasco, Chiapas, Oaxaca y Yucatán, lugares donde dominaba el trabajo forzado y la esclavitud, la participación del trabajador agrícola fue mínima, la diversidad de orígenes no pudo lograr una acción organizada, esto no se logró sino hasta tardíamente pero en forma diseminada; en el centro, donde se trataba de comunidades indígenas despojadas de sus tierras comunales, la Revolución significó para el trabajador del campo la devolución de sus tierras, y se unió a los ejércitos revolucionarios; en el norte, donde se trató de comunidades agrarias no despojadas, sino trabajadores semiagrícolas y semindustriales, la incertidumbre de su carrera ascendente por las crisis económicas tanto internas como externas, y que repercutían en su sistema de vida y en la participación en el disfrute de la producción, hizo que se unieran también a los ejércitos revolucionarios del norte.

Durante las primeras etapas del Porfiriato se encuentra una estructura económica con relaciones precapitalistas dominantes. La agricultura, que era la actividad económica fundamental, se basaba principalmente en el trabajo semiservil del peón acasillado; posteriormente, poco a poco las haciendas se incorporaron a la producción para la exportación y para los grandes mercados nacionales, el trabajo libre empieza a conocerse y paulatinamente se presenta un ritmo constante y acelerado del campesino hacia su proletarianización.

En México estaba prohibida la esclavitud por derecho, de hecho, existía la esclavitud más auténtica velada por la apariencia paternalista del patrón y la libertad del peón. El peón de la hacienda daba el trabajo a su patrón a cambio de 25 centavos al día, se le daba parte en efectivo y parte en mercancías en la tienda de raya de la misma hacienda; no había un contrato de esclavitud a través del cual un hombre y su descendencia pasaran a ser propiedad del otro, pero esto fue logrado y "legitimado" por medio de las deudas heredadas por el peón, contraídas a cambio del mal alimento y peor vestido que recibía del hacendado a través de sus capataces y sus administradores; los hacendados, desde las ciudades mexicanas o del extranjero, recibían las jugosas ganancias proporcionadas por el trabajo del peón, quien trabajaba sus haciendas en condiciones tales como las del esclavo desaparecido; mientras, el hacendado divulgaba la imagen del patrón justo y protector y la del indio pendenciero, ladino y desagradecido.

La situación del campesino mexicano despertó en algunos intelectuales sentimiento de compasión y remordimiento, a pesar de servir al régimen y estar aliados con él; no llegaron a criticar y atacar al sistema social existente, sino solamente a los hombres más cercanos que hacían posible esta situación que denominaban salvajismo, al compararlo con la gran civilización del país vecino del norte; así, por ejemplo, se expresa el escritor Trinidad Sánchez Santos: "En la periferia (Estados Unidos de América) el trabajador culto, empapado en la ley, con los derechos del hombre vibrando en cada nervio y en cada gota de

sangre; el agrícola humano, con sus botas de búfalo y su sueldo de dos pesos oro; el jornalero férreo, que comba el disco del arado, enterrándolo en la tierra virgen con un movimiento de su puño, y al volver a su hogar -higiénico y alegre- levanta en sus brazos nervudos un racimo de niños atléticos. En el centro (México) el salvajismo secular, umbrío, cabizbajo; una barbarie silenciosa que tiene de terrible lo que tiene de convenida; un espíritu clausurado que nada le pide a la luz; un derecho abdicado, que nada le pide a la ley; una desventura asimilada que nada le pide a la felicidad; un músculo axagüe que no pide más que un chorro de alcohol; un colosal hacinamiento de harapos, que nada le pide a la riqueza; un trabajo achicharrado por diez horas al sol en el surco, por otras más de "tlecuili" en la cabaña, y cinco onzas de materia cáustica en el estómago; una paternidad sin soberanía, un hogar sin derechos; una mujer, la más infeliz de la tierra; una patria nominal, una esclavitud endosable, con precio de uno a doscientos pesos; una raza que se ríe negativamente, pasivamente, de la civilización, del placer legítimo, de los altos destinos del hombre, con esa sonrisa que parecen reírse de la vida las calaveras; un dolor infinitamente mudo, trillado, encostalado...". (González Ramírez, Manuel. La Revolución social de México. Vol I., pp. 62-63).

La alianza establecida entre el clero y Díaz, después de la etapa de separación y enfrentamiento de la Reforma Juarista, daba lugar al compromiso tácito, pero no por ello menos efectivo, de la colaboración entre el régimen de Díaz y el clero católico, unidos para mantener el sistema social alcanzado. Esta política

de apoyo y colaboración mutuos explica la posición adoptada por el clero, al oponerse a la aparición de un nuevo régimen político que significaba la destrucción del Porfiriato, y con ello la pérdida de la situación de privilegio que había recuperado después de los fuertes, y aparentemente irreparables, golpes que Juárez había lanzado contra él.

Asimismo, el gobierno porfirista se apoyó en los terratenientes y éstos en aquél. El terrateniente fijó al campesino a la tierra mediante recursos precapitalistas como son el peonaje y el sistema de endeudamiento. La producción fue ligada con el mercado capitalista, especialmente con el mercado extranjero, pues el nacional se encontraba poco desarrollado.

Se inició la formación de una naciente burguesía nacional industrial y financiera, unida a la extranjera a través de inversiones directas en la producción y préstamos concedidos; la burguesía extranjera gozó de la protección de Díaz a un nivel tal que los inversionistas norteamericanos afirmaron que sus capitales se hallaban más protegidos y con mayores y mejores ganancias aquí que en su propio país.

El gobierno de Díaz sostuvo una gran opresión sobre las clases populares, esto lo logró a través de la violencia y las armas en primer plano, dejando la hegemonía ideológica en segundo lugar, aquí contó con la eficaz ayuda del clero católico, especialmente en las zonas rurales.

El pueblo estaba constituido por grandes grupos indígenas vinculados con los mestizos, quienes también ocupaban, al lado de

los mismos indigenas, los niveles más bajos de la escala social; esto explica en parte el porqué los mestizos se enfrentaron al gobierno de Díaz, y con ello los indigenas a quienes atraieron por los nexos que con ellos tenían, funcionaban como intermediarios entre el indigena y el capataz o el patrón.

El grupo de los mestizos fue creciendo y con ello su propia fuerza, esto llamó la atención de algunos dirigentes de la Revolución; el propio Madero reconoció en el mestizo al aliado que necesitaba para atraer a los indigenas y engrosar las filas revolucionarias, por esto adoptó parcialmente las peticiones socioeconómicas de estos grupos en un programa nacional, con ello ganaba su apoyo. El viejo régimen no contaba con ese apoyo por haber descuidado, primero, y abandonado después, la conservación de la hegemonía ideológica que permitiera el apoyo "voluntario" de los grandes sectores populares indigenas y mestizos.

El gobierno porfirista estaba fuertemente influenciado por las ideas del Estado liberal del dejar hacer, dejar pasar. El papel de la dictadura política era vigilar el correcto crecimiento económico del país, basado en el total respeto por la propiedad privada tanto de los nacionales como de los extranjeros, además de procurar la infraestructura necesaria para favorecer la inversión privada, viniera ésta de donde viniera, con un absoluto apoyo a la expansión del imperialismo económico.

Porfirio Díaz, para integrar a todo el territorio a la producción capitalista, concedió grandes oportunidades a

compañías deslindadoras extranjeras, en 1906 se deslindaron cerca de 49 millones de hectáreas que corresponden a una cuarta parte del territorio nacional, esto no manifiesta lo pródigo y fértil del suelo mexicano pues apenas si es cultivable en un bajo porcentaje, sino el despojo que estas compañías, al amparo de Díaz y las clases dominantes, hicieron de las tierras que pertenecían a pueblos indígenas y comunidades campesinas.

Se da la gran concentración de la tierra agrícola. Junto a esta concentración se da la expansión de la población campesina despojada de tierras, "Según el censo de 1910, México contaba con 15,160,000 habitantes (sobre un territorio de 1,972,546 kilómetros cuadrados). De ellos 3,130,402 eran campesinos, jornaleros agrícolas o peones, calculando familias de cuatro personas, hay que sumar a esa cifra unos nueve millones más, con un total de doce millones de habitantes incluidos en el censo como peones y sus familias, total que abarca el conjunto del campesinado". (Gilly, Adolfo. La Revolución Interrumpida. p. 25).

A pesar del fuerte avance del capitalismo, los pueblos campesinos que habían permanecido libres en 1910 eran cerca de 13,000, contra los 57,000 existentes en las haciendas. Los pueblos libres conservaban sus propias relaciones de producción colectiva, las practicaban desde el México prehispánico y el capitalismo no había podido destruirlas. Se trataba de un sistema de organización al interior del que carecían las masas urbanas, que no conocían otra diferente de partidos o sindicatos, éstos últimos prohibidos por el régimen porfirista y los primeros

prácticamente inexistentes, exceptuando al Partido Liberal Mexicano encabezado por Ricardo Flores Magón.

Por el despojo de las tierras, el nivel de vida del campesino era ahora más bajo que el que había conservado en sus propias comunidades campesinas, en ellas la satisfacción de sus necesidades básicas se lograba a través de la producción colectiva de sus medios de consumo. El régimen quiso acabar con la organización social de estos pueblos indígenas, no sólo se trataba de despojarlos de sus tierras y liberar su fuerza de trabajo, sino también de destruir la organización social comunal campesina, sustituyéndola por una organización individualista y competitiva de unos contra otros; en ella, el que demostraba mayor astucia y sometimiento al sistema dominante sería el triunfador, serviría como intermediario entre los indígenas y el patrón, desarrollaría actividades administrativas que lo colocarían en un status superior en relación al que seguían ocupando sus antiguos compañeros.

El campesino, a pesar de que durante el Porfiriato era el grupo más fuerte numéricamente, no alcanzó la suficiente madurez política para convertirse en la vanguardia de la lucha revolucionaria que acabara con su situación de clase dominada; se le utilizó como carne de cañón y después fue abandonado o manipulado mediante paliativos, reprimido violentamente al intentar actuar por cuenta propia y en contra del sistema.

Los movimientos opositores fueron dirigidos ideológicamente por intelectuales pertenecientes a otros sectores sociales,

redujeron las luchas campesinas a luchas por intereses inmediatos y locales, intereses que no llegaban más allá de donde llegaba el poder del capataz y el patrón contra quienes se rebelaban. "Los campesinos por sí mismos siempre se enfrentaban a sus explotadores inmediatos: hacendados, administradores de hacienda, capataces, recaudadores de impuestos, jueces y otras autoridades locales o contra los curas cuando les prohibían ciertas fiestas religiosas católicas. Estos enfrentamientos fueron consecuencia de problemas cotidianos, mas no de una reflexión sobre el orden social" (Reina, Leticia. Las rebeliones campesinas en México. p. 34).

La pacificación de los pueblos campesinos se logró fundamentalmente a través de la violencia y la represión, si es que no habían dado resultado el engaño y la manipulación de autoridades civiles y eclesiásticas, siendo la misma la causa de todos estos movimientos campesinos: la lucha por la tierra.

Los movimientos campesinos tuvieron matices de acuerdo al grado en que el sistema capitalista había penetrado en sus pueblos, las rebeliones en donde las nuevas relaciones de producción aún no destruían las propias de la comunidad campesina, luchaban por la autonomía de los pueblos; en cambio, en las comunidades en donde las relaciones capitalistas de producción eran ya las dominantes, se luchaba por mejorar las condiciones de salario y trabajo.

La proletarianización de la fuerza de trabajo provocó un cierto grado de movilidad social en la población, el hacendado ya no

podía sujetar, como antes lo hacía, a todos los trabajadores rurales a quienes se les había quitado su tierra, quienes al no encontrar trabajo en el campo y no ser absorbidos en su totalidad, se desplazaron a las ciudades donde existía una gran demanda de fuerza de trabajo para las nuevas actividades productivas que crecían con gran velocidad, sin embargo, las ciudades no pudieron ocupar toda la mano de obra campesina, la que entonces buscó en el país vecino del norte lo que aquí no encontró.

A pesar de los diferentes problemas sociales, alrededor de 1905 "... la "paz social" reinaba oficialmente en el país. Las huelgas y los sindicatos obreros estaban prohibidos por la ley. La "agitación" se castigaba con el contingente, la deportación a las plantaciones, la cárcel o la ley fuga. Los alzamientos campesinos habían sido reprimidos con masacres y la pacificación de las tribus rebeldes parecía concluida. No había oposición organizada y el poder del Estado central cubría todo el país. La resistencia de la población campesina y urbana, es cierto, continuaba sordamente en todas partes. Pero no parecía alterar la superficie oficial". (Gilly, Adolfo. ob. cit. p. 27).

El trabajador industrial, a diferencia del peón, especialmente el peón acasillado del sur, leía periódicos y algunos documentos contrarios al régimen de Díaz, escritos de carácter revolucionario y que solicitaban la participación en el movimiento de oposición contra Díaz; los trabajadores industriales estaban organizados en sociedades de carácter mutualista, conocían algunas formas organizadas de oposición al

patrón, convencidos de que era la avaricia del patrón el obstáculo para gozar de mayores beneficios económicos como si los disfrutaban los obreros vecinos del país del norte; los obreros mexicanos comparaban sus condiciones de trabajo y salarios con los de los obreros extranjeros, las diferencias eran achacadas no al sistema social mismo, sino a las mentalidades diferentes del patrón.

La Iglesia Católica, siguiendo su postura filantrópica y humanística, pidió a los empleadores mejores condiciones de trabajo para los obreros, jornadas de trabajo de 8 horas, eliminación del trabajo infantil; la Iglesia Católica, lo mismo que iba a suceder en el campo de no mejorarse las condiciones de vida del trabajador, previó que iba a suceder entre los trabajadores industriales de no darles mayor participación en el reparto de los frutos de la modernización.

Cuando se sucedió el movimiento armado en 1910, el proletariado industrial era aún poco numeroso, sin organización social propia e inmaduro en la formación de una conciencia de clase como tal. La aristocracia de esta clase la constituían los obreros extranjeros calificados, los mexicanos constituían el grueso del proletariado encargado de los peores trabajos y más mal pagados; no solamente trabajaban los hombres, las mujeres y los niños constituían ya un importante sector de la clase obrera.

La heterogeneidad nacional y la escalafonaria cooperaba a la desorganización y falta de unión entre los obreros; entre los trabajadores nacionales y extranjeros, entre los que ocupaban los

altos puestos, generalmente extranjeros, y los bajos existían rivalidades profundas por las condiciones diferentes de trabajo y de salario; la mayoría de los obreros mexicanos estaba constituida por obreros semindustriales, algunos, como sucedía en las minas, en condiciones de vida parecidas a la esclavitud; guiados por ideólogos anarquistas, anarcosindicalistas magonistas, así como por oportunistas que aprovecharon el deconcierto y la inmadurez de los obreros mexicanos, los que incapaces de plantear un programa propio, propio en el sentido de ser producto de ellos y defensor de sus intereses como clase, se adhirieron a otros programas como sucedió con el que les presentó Carranza para ganar su apoyo.

Sin embargo, fue durante el Porfiriato que se logró un crecimiento industrial, especialmente en las industrias textil y minera, lo cual aunado a la introducción de los ferrocarriles y la absorción que se hizo de mano de obra mexicana, dio la imagen de un progreso económico acelerado para quienes trabajaban en esos campos; los salarios en estos centros de trabajo eran superiores a los que se pagaban en el campo, en el caso de que se pagaran salarios a los campesinos, esto permitía mejores condiciones de vida al obrero, convencido de que su ascenso social dependía únicamente de su esfuerzo y dedicación al trabajo, y como para seguir disfrutando de los beneficios alcanzados e incluso alcanzar otros mejores, era necesario el mantenimiento del orden y la paz sociales, el trabajador industrial, especialmente el que ocupaba los puestos más altos, se convirtió en defensor del sistema porfirista como sinónimo

éste del progreso y el crecimiento del país.

Las condiciones del trabajo del obrero industrial no eran notoriamente superiores a las del peón acasillado, sus organizaciones estaban controladas por los "guardias blancos" especialmente, mercenarios pagados por los propios patrones, muchos de ellos también extranjeros, y que se encargaban de sofocar cualquier movimiento rebelde descubierto, diezmados los trabajadores por enfermedades y epidemias; la tasa de fallecimientos entre los trabajadores de 1895 a 1911 fue de 33 por millar, cifra que representaba el doble de la correspondiente en los Estados Unidos.

Después de las huelgas obreras más importantes como las de Cananea y Río Blanco, las autoridades porfiristas impusieron fuertes castigos y penas de muerte para los obreros alborotadores, con ello se provocó el miedo y el desconcierto en las nascentes organizaciones obreras, además de que se castigaba con la cárcel y multas a todo trabajador que se afiliara a un sindicato, así como penas semejantes a quienes con huelgas intentara entorpecer el trabajo en las industrias.

Las turbulencias sociales provocadas por el alzamiento de algunas comunidades indígenas, como sucedió con los indios yaquis, las revueltas y huelgas obreras, los movimientos de oposición de los ferrocarrileros, la rebelión de comunidades campesinas que luchaban por la devolución de las tierras, el periodismo urbano que criticaba duramente el gobierno de Díaz; todo fue en un principio controlado bajo la apariencia de una paz

perfecta producto, principalmente, según las palabras del periodista Creelman, del hombre más grande e importante de América.

La Revolución Mexicana representó una profunda lucha de clases, estas clases a veces se enfrentaron, otras se unieron; se unieron para luchar contra los defensores del pasado oligárquico y de privilegio para unos cuantos, pero, una vez liquidado este pasado, se enfrentaron en una lucha sorda y mortal en defensa de intereses opuestos e irreconciliables.

En realidad, la fuerza pacificadora de Díaz y el enorme apoyo militar con que contaba, era más una ficción popular que una realidad concreta; el presupuesto que Porfirio Díaz erogaba para el ejército era el necesario para sostener a 30.000 hombres que sólo existían en el papel de la nómina de pago, en realidad era la mitad de ese número los hombres que componían el ejército oficial; hombres mal preparados y peor equipados, reclutados a través del sistema de la leva, o atraídos por un empleo y una paga seguros, dirigidos por oficiales inexpertos y corruptos, y maniatados todos por el mismo centralismo que reinaba en la esfera política. Sin embargo, y a pesar de todo lo aparente que fuera, el prestigio del ejército porfiriano mantuvo a raya a diversos movimientos rebeldes, sofocados más por su propia desorganización e ineptitud, que por las fuerzas del ejército oficial.

Porfirio Díaz tuvo siempre el propósito de controlar el desarrollo y crecimiento del cuerpo militar urbano, así como de

los rurales, éstos fueron generalmente campesinos, jornaleros, artesanos o desocupados en busca de paga segura a cambio de mantener el orden, especialmente durante los comicios electorales para nombramiento de Presidente de la República, con una actuación más de castigo y represión, que de prevención de movimientos rebeldes.

La paz lograda durante el Porfiriato a pesar de los intentos que hubo por romperla, fue más el producto del propio auge económico alcanzado por el país, que por la acción de las fuerzas armadas; esta prosperidad económica dio lugar a la aparición de una clase social casi desconocida hasta entonces: la clase media, aunque esto muy discutido por algunos como Ricardo Flores Magón, quien sostenía que en México no existían los medios, solamente los extremos: los muy ricos y los miserables.

Sin embargo, es inegable que durante el Porfiriato se desarrolló una numerosa clase media, formada por profesionistas y burócratas, hijos de comerciantes, rancheros o autoridades locales, que lograron llegar a la ciudad de México o a otras capitales del país, estudiar una carrera, obtener con ello un prestigio de privilegiados y superiores, facultados por ello a ascender en las grandes esferas burocráticas e intelectuales; mestizos casi siempre, también el mestizaje considerado como el justo medio entre dos razas distintas y antagónicas; clase media considerada por sí misma como la depositaria del destino del país, capaz de seguir llevando a la nación por el camino del progreso marcado por Díaz.

EL propio Díaz, en la entrevista concedida a Creelman declaró que la clase media, nacida en y durante su gobierno, era la única capaz y digna de ser depositaria del poder, al contrario de los ricos y menesterosos.

Cuando Creelman le preguntó si realmente existía en México una poderosa clase media, Díaz respondió:

"Es verdad México tiene ahora una clase media; pero no la tenía antes. La clase media es el elemento activo de la sociedad aquí y en todas partes.

Los ricos se preocupan demasiado de sus riquezas y sus dignidades para poder ser útiles al avance del bienestar general. Sus hijos no se esfuerzan mucho en mejorar su educación o su carácter.

Por otra parte, la clase menesterosa es, por regla general, demasiado ignorante para desarrollar poder.

La democracia dependerá, para su desarrollo, de los esfuerzos de la clase media activa, trabajadora, amante del adelanto, la cual proviene en su mayor parte de la clase menesterosa y en menor escala de la rica; es la clase media la que se ocupa de la política y promueve el adelanto general.

En otros tiempos no teníamos clase media en México porque la inteligencia y energías del pueblo estaban completamente absorbidas en la política y en la guerra. La tiranía y el gobierno de España habían desorganizado a la sociedad. Las actividades productoras de la nación fueron abandonadas por

luchas sucesivas; había una general confusión; ni la vida ni la propiedad estaban a salvo, y en semejantes condiciones no podía aparecer una clase media".

Y esto era verdad, fue el régimen de Díaz y el progreso económico logrado gracias, fundamentalmente, a la inversión de capitales extranjeros, los que hicieron posible la formación de esta clase colocada en la mitad de los extremos, clase media cultivada y apta para el ejercicio de la política y la economía, pero que por la monopolización y el centralismo del mismo régimen, la mantuvieron alejada del núcleo principal; esta clase representó lo que los mestizos significaron para el sistema colonial, gentes capaces y aptas para el desempeño de funciones administrativas pero no gubernamentales que dirigieran los rumbos del país, para ello estaban los peninsulares que no habían tenido la desgracia de nacer en esta tierra.

La clase media porfiriana había escalado, gracias a su posición social y económica y a sus dotes intelectuales, los primeros y medianos peldaños de la escala social, pero ni eran grandes hacendados y por lo tanto carecían de la garantía social que daba la posesión de la tierra, ni eran capitalistas nacionales o extranjeros que contaran con el suficiente poder de inversión, y que los colocara al lado de los grandes capitalistas.

El régimen porfirista se enfrentó a un grave problema: preparó a gentes capaces que ahora no podía satisfacer en sus

ambiciones de poder y riqueza, esa clase media se transformó poco a poco de agradecida y leal, en resentida y desconfiada frente a un sistema que le obstruía su ascenso social, y que facilitaba, ante las crisis económicas periódicas que se sucedieron, su peligroso descenso a la escala de la cual había salido. ¡Ay del sistema social que crea sus propios resentidos y amargados, pues ellos serán los que encabezen su destrucción!

Porfirio Díaz, a pesar de su gran visión como estadista y de la importancia política y económica que reconoció en la clase media, no tuvo los elementos suficientes y necesarios para satisfacer sus reclamos y responder a su interés; satisfacer las demandas de la clase media, significaba atacar o disminuir las concesiones dadas a terratenientes y capitalistas tanto nacionales como extranjeros, con ello se provocaría el caos económico y el retiro de inversiones, nuevamente las revueltas que acabarían con la paz lograda después de tantos años, la nación volvería al descrédito en el exterior, los militares retomarían el mando para imponer el orden en el país, y todo ello significaría dar marcha atrás en la ruta marcada para México, la ruta del crecimiento y el modernismo económicos.

Porfirio Díaz se negó a escuchar a los portavoces de la clase media, ésta lo que menos anhelaba era otra vez la violencia y las guerras intestinas; al igual que Díaz y su círculo de privilegiados, los miembros de las clases medias querían que continuara el sistema existente, temían a la violencia e intrepidez incontrolable de las masas, desconfiaban del pueblo como elemento capaz de lograr un cambio de sistema para después

dirigir al país por rumbos que ni siquiera las clases populares sabrían cuáles eran.

Semejante a la clase obrera industrial que solamente solicitaba mejores condiciones de trabajo y mayores salarios, la clase media tampoco anhelaba la destrucción del sistema gracias al cual pudo conocer y gozar de una situación de privilegio para algunos pocos, no, solamente anhelaba una mayor participación en la esfera de las decisiones políticas y en la administración y participación de la riqueza; sin dejar de lado una posición también filantrópica y humanística que enarbolaba de manera permanente, exigía mejores condiciones de vida y trabajo para los trabajadores, especialmente para los peones acasillados y para los indígenas, pero sin reconocerles ninguna capacidad a éstos para dirigirse por sí mismos, llevando a cuestras una incapacidad ancestral que les impedía gobernar a otros, acostumbrados siempre a ser dirigidos por los más "aptos y capaces", esos eran los intelectuales formados en las universidades, carentes de la ambición desmedida de los ricos hacendados y capitalistas, responsables de la desigualdad existente y de las hondas barreras que dividían a los grupos sociales.

Estos intelectuales serían capaces de destruir las grandes y graves desigualdades sociales, que amenazaban con acabar con la paz porfiriana; basados en teorías evolucionistas de corte liberal, con un marcado humanismo por la condición de los desheredados, estos intelectuales pedían primero, exigieron después, un lugar que la dictadura porfiriana les había negado,

luego, ¿no les quedaba otro camino que tomar por la fuerza lo que no tomaron por el camino de la ley?, la respuesta afirmativa a esta pregunta fue lo que sucedió en el levantamiento armado contra la dictadura de Díaz, aunque los primeros en espantarse por el "león que había dejado suelto", como llamó Díaz a lo hecho por Madero al llamar al pueblo a tomar las armas contra el Dictador, fueron las mismas clases medias, los intelectuales que no pudieron frenar al pueblo desbocado en sus pasiones, ni a los líderes revolucionarios que supieron aprovecharse de los frutos de la Revolución; varios de esos intelectuales miembros de las clases medias se retiraron igual de resentidos e insatisfechos que antes, pero sin ese sentimiento humanitario de conmiseración hacia los de abajo, pues tan culpables eran los "de arriba" por hacer, como los "de abajo" que les permitían hacer.

De acuerdo al pensamiento de estos ideólogos liberales, e incluso de acuerdo a las ideas de Porfirio Díaz según lo declarado por él en la entrevista concedida a Creelman, la educación y la escuela eran elementos fundamentales para preparar la participación política del pueblo, la educación impartida por el gobierno federal a través de toda la república; este centralismo educativo garantizaría iguales contenidos y métodos, iguales ideales y metas, un doctrinamiento ideológico que garantizaría la cohesión entre las clases sociales y con ello la unidad necesaria para seguir avanzando por la misma vía capitalista en desarrollo, conforme a lo afirmado por Porfirio Díaz. "Cuando los hombres leen, y piensan lo mismo, están más inclinados a obrar del mismo modo".

Para ello se requería tiempo, tiempo era siempre la razón que Díaz daba frente a las presiones de los impacientes, tal parece que treinta años no fueron suficientes para su acción educadora, al término del Porfiriato unos cuantos eran los que sabían leer y escribir, esos unos cuantos formaban las clases media y alta que fueron las que, en diferente proporción, resultaron beneficiadas por el sistema.

La naturaleza desigual del desarrollo económico de la sociedad mexicana durante el Porfiriato, contribuyó en gran manera al estallido violento de 1910; a esto se unen las oscilaciones e imprevistos del mercado externo que no garantizaba seguridad a los productos, las crisis financieras del exterior, especialmente de los Estados Unidos de Norteamérica, que redundaban en la restricción de inversiones y préstamos, una clase trabajadora nacional escasamente consumidora que favoreciera un fuerte mercado nacional, la lentitud del cambio social, un sistema social caduco y viejo como la mayoría de los gobernadores y del presidente mismo, la introducción de maquinaria y adelantos técnicos incompatibles con las relaciones sociales de producción existentes, los ferrocarriles mismos que alteraron esas relaciones así como las fuentes de riqueza, un injusto sistema de distribución agraria que hizo más profundas las diferencias entre la ciudad y el campo, un sistema de vigilancia deficiente para "calmar a la caballada", como llamaba Díaz a las masas.

Para 1910 hasta algunos conservadores como Jorge Vera Estañol afirmaban que sólo la inercia social y política mantenía

a Díaz en el poder, el cambio se hacía necesario, éste iba a beneficiar a los sectores claves de la sociedad, los "marginados" por el mismo sistema, la clase media que era producto de los años de bonanza del Porfiriato, y que por ello demandaba un nuevo lugar en la sociedad; de esa aureola de superior significación que le rodeaba, quería pasar a una situación real de privilegio.

C.- EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO EN MEXICO.

En los últimos años del siglo XIX y primeros del XX, se consolidaron una serie de elementos que determinaron los rasgos dominantes de la formación social mexicana. Se logró una acumulación originaria del capital, que permitió, fundamentalmente por el despojo de tierras de las comunidades indígenas, un crecimiento acelerado de la liberación de la fuerza de trabajo rural, y su parcial concentración en el desarrollo de la industria urbana; se formó una burguesía nacional que se asoció, aunque en ocasiones se enfrentó, a la inversión del capital extranjero; todo esto bajo la aureola del positivismo ideológico.

El crecimiento acelerado del capitalismo que se estaba dando en México, era para los porfiristas suficiente justificación para la perduración de la dictadura, Díaz era el único capaz de acabar con la miseria y la ignorancia generalizadas entre la población mexicana, por ello era necesario el desarrollo de la riqueza social.

La intervención de los capitales extranjeros en la industria, el transporte, la explotación del suelo y del subsuelo; era el camino más lucrativo al colocar sus capitales en un pueblo como México. Al mismo tiempo, los capitales extranjeros lograban un eficaz control político del país, minando, deformando y absorbiendo las formas políticas y económicas nacionales; México fue entregado en venta, junto con todas sus riquezas nacionales, a los extranjeros y terratenientes nacionales, convertidos éstos en agentes y funcionarios de los capitalistas extranjeros.

"El porfiriato, como es ya generalmente reconocido, fue una época de intenso desarrollo capitalista del país. En ella se van articulando y combinando constantemente relaciones capitalistas y relaciones precapitalistas, pero cada vez más sometida la masa de éstas -mayoritarias, si se les hubiera podido medir cuantitativamente- al dominio de aquéllas" (Gilly, Adolfo. "La guerra de clases en la revolución mexicana" (Revolución pensante y auto-organización de las masas)" en Interpretaciones de la Revolución Mexicana, p. 24). En México se combinaron de una manera peculiar dos procesos, que en otras realidades sociales se dieron en forma separada y con intervalos de siglos: un acelerado proceso de acumulación originaria junto con otro de acumulación capitalista.

La economía mexicana mostró un marcado crecimiento en sus diferentes ramas, según las cifras con que se cuentan, la población creció a una tasa del 1.4% anual, el producto interno

bruto lo hizo en un 2.7%, de ingreso per cápita; esto debido al empleo que se hizo de mano de obra en el tendido de vías férreas, las contrucción de obras urbanas públicas y privadas, la expansión de la industria de la transformación y la extractiva, todo esto absorbía a grandes masas de fuerza de trabajo venidas del campo, aún a pesar del obstáculo que significaba el sistema de peonaje que existía en las haciendas; los salarios que se pagaban en estas ramas económicas eran mejores que los que se recibían en el trabajo agrícola. Al comenzar el siglo XX decrecieron estas actividades, poco a poco se restringió la demanda de fuerza de trabajo, mucha de la que estaba ocupada fue despedida; todo esto frenó la tendencia observada antes en el crecimiento de los salarios.

La resistencia e incapacidad de los terratenientes para adaptarse a las exigencias crecientes del capitalismo, la sujeción a la tierra del campesino acasillado, lo precario de sus salarios, las bajísimas condiciones de vida del trabajador rural, el desplazamiento de los trabajadores del campo a las ciudades, gracias en gran medida al crecimiento de los medios de transporte y de los mercados, todo esto logró que se realizaran coaliciones entre campesinos y clases medias e intelectuales, deseosos de "colaborar" en el crecimiento económico del país, del cual sólo participaban los grandes monopolios extranjeros.

Hacia 1910 se había ya logrado la integración de México al capitalismo, se le despojó de sus rasgos señoriales y rurales de tipo terrateniente, se dio paso libre a la ideología capitalista; apareció una burguesía nacional incipiente que buscó su alianza

con el proletariado urbano y con los campesinos explotados y reprimidos por el Porfiriato, todo para pasar al desarrollo industrial en pleno de la sociedad moderna. El campesino no se dio plena cuenta de lo que estaba sucediendo al ayudar a la consolidación del capitalismo, la mayoría de las veces creyó que le iba a ser restituida la tierra que le fue arrebatada por los agentes del Porfiriato, en otros casos, que se reimplantarían las antiguas condiciones sociales de producción que imperaban en la mayoría de los pueblos campesinos, antes de que les fueran arrebatadas sus tierras.

Los industriales nacionales ligados muchos de ellos también a la producción agrícola de las materias primas, formaron un fuerte núcleo económico y político que se enfrentó al régimen de Díaz, en busca de un desarrollo más acelerado y pleno del capitalismo; en un principio se movieron dentro de un radio de acción puramente regional, esto les permitía adquirir una importante influencia local, esta influencia poco a poco les favoreció para negociar directamente con el capital extranjero.

El capitalismo se manifestó en diversas formas de organización, siendo la sociedad anónima la organización fundamental de las empresas en las diversas ramas de la economía: la banca, el comercio, la minería y la industria; la formación de la sociedad anónima caminó junto a fuertes grupos monopolistas, ambos controlaban las más importantes actividades económicas del país. La participación del capital extranjero en estas sociedades anónimas era la dominante, iba desde el 53% en los ferrocarriles,

hasta el 100% en la explotación del petróleo, pasando por un 98.2% en la minería, un 97.7% en la actividad agrícola, un 87% en la industria eléctrica, un 84.3% en las ramas industriales y un 76.5% en la banca.

Para 1910 el capital norteamericano, participe en las sociedades anónimas, era el capital de mayor importancia invertido en México en relación con los demás de carácter extranjero; abarcaba empresas mineras, petroleras, ferroviarias, eléctricas, bancarias industriales, de servicios telefónicos, así como explotaciones agrícolas de tipo capitalista; el capital norteamericano había ya desplazado al británico que había sido el dominante en décadas anteriores, y que para 1910 ocupaba ya el segundo lugar de inversión económica en México.

La afluencia del capital extranjero, especialmente del norteamericano, le produjo gran dinamismo a la vida económica del país, por esto se pagaron precios muy altos; el Estado Mexicano se convirtió en servidor del capital extranjero que fue el dueño más importante de la riqueza nacional, se deformó la economía mexicana a través de una industria fundamentalmente extractiva, la de la transformación era casi inexistente y dependía de la importación de mercancías provenientes del mismo mercado norteamericano y en menor escala del europeo.

La participación total de los capitales británico, francés, alemán y holandés en México, era superada por la norteamericana, no obstante, el capital europeo ejercía cierta acción de contrapeso frente al norteamericano, esto permitió al gobierno de

Díaz realizar algún juego de fuerzas que impedía que el país cayera totalmente en el manejo del capital norteamericano.

Lo que si fue poco significativo, apenas si era el 23% del capital total invertido en México, fue la participación del capital mexicano, y de este 23% sólo el 9% era del sector privado; a pesar de su inferioridad con respecto al capital extranjero, la inversión del capital mexicano dio margen para el desarrollo de una pequeña burguesía, cuantitativa y cualitativamente hablando, así como el desarrollo de capitales nacionales, "... en esencia, el capitalismo de la época porfiriana fue un capitalismo importado, subordinado a las grandes potencias norteamericanas y europeas" (Ceceña H., José Luis. México en la órbita imperial. p. 64).

La Revolución de 1910 introdujo una serie de cambios en el desarrollo del capitalismo en México, sin cambiar el rumbo de la destrucción de las relaciones sociales precapitalistas contra las que había luchado el Porfiriato; ya no se trató de luchar para acabar con el feudalismo y pasar al capitalismo, eso lo había logrado ya plenamente la política porfirista, ahora se buscó un nuevo camino hacia el desarrollo pleno de la industria, bajo la dirección, principalmente, de los sectores medios; éstos dirigieron a las masas populares en la lucha revolucionaria para que no se rebasaran determinados marcos políticos y económicos, mismos que hubieran entorpecido el nuevo proyecto de las clases ahora dominantes: el establecimiento absoluto y total del sistema capitalista en México, buscando mejores y nuevos procedimientos para la industria y la tecnificación de la producción agrícola.

D.- CRISIS QUE PREPARARON LA CAIDA DEL PORFIRIATO.

La apariencia de paz y progreso que se había mantenido durante el Porfiriato, ocultaba un estado de profundo resentimiento e inconformidad ante la situación existente, un gran desequilibrio entre las clases; en fin, una situación de violencia latente dispuesta a explotar en cualquier momento en el que se dieran las condiciones favorables para hacerlo.

En el monopolio político y económico que favoreció Díaz, se acababa con los principios fundamentales del liberalismo pregonado por él mismo y la Constitución de 1857; las libertades individuales que se garantizaban, el libre comercio y trabajo, la supremacía del individuo; todo chocaba contra un grupo de privilegiados que escudados en el lema de Díaz "Paz, Orden y Progreso", impedían el ascenso de otros, que si no lograban ese ascenso, podrían volver a la pobreza de donde casi todos habían salido. "... Las clases medias no le temían a la tiranía o al sometimiento, sino al espectro de la pobreza, al alto costo de la carne y el pan, y, fundamentalmente, a la necesidad de apretarse el cinturón", estas palabras dichas por Francisco Bulnes con respecto a la clase media, muestran que ésta no quería salirse de la clase a la que le había costado trabajo llegar, su cólera no la lanzaba contra Porfirio Díaz a quien se le reconocía como gobernante digno y capaz, sino contra sus colaboradores, los "científicos" y toda su camarilla de compadres que gobernaban la República, no aspiraban a la Presidencia de la República, solamente a que se les garantizara su permanencia y ascenso

social.

Díaz había absorbido a las clases medias en la burocracia y puestos públicos menores, pero la cantidad de aspirantes había rebasado el número de puestos disponibles. "El profesionista con un diploma universitario, o incluso con un título de orígenes inciertos que le confería un status especial, convertía la búsqueda de un empleo público en un peregrinaje ritualista". (Ruiz, Ramón Eduardo. México: La gran rebelión. p. 57).

Estos resentidos, al no ser escuchados por Díaz, dieron oídos a los opositores al sistema, se unieron a partidos políticos contrarios que comenzaban a surgir, como pasó con el partido antirreeleccionista de Madero. Probablemente si Porfirio Díaz hubiese temido menos a la innovación, y le hubiera concedido mayor participación a la clase media, ésta hubiera permanecido leal a Díaz.

Ramón Frida, uno de los representantes de esa clase media resume la posición de esta generación: "A las generaciones nuevas, que odiamos el pretorianismo y anhelamos el triunfo de la ley, nos causa no sé qué sentimientos de humillación el pensar que por falta de un sistema electoral practicable, estemos expuestos, casi me atrevería a decir, condenados a la revolución para resolver el problema de la renovación de los gobernantes. Una revolución popular o pretoriana, hundiría al país en la vergüenza y nos haría objeto de burla y de desprecio". (Frida, Ramón. De la dictadura a la anarquía. pp. 197-198).

La ruptura con Díaz llevaría al país a una revuelta militar, casi segura en manos del General Reyes o de Félix Díaz, éstos serían peor que don Porfirio ya que habían dado pruebas de gran ferocidad; además, el pueblo peligraría ante una nueva intervención norteamericana. ¡Un fantasma recorre al Porfiriato y a la Revolución!, ese fantasma fue la tan llevada y traída, a veces real como sucedió en 1914, intervención norteamericana en nuestro país.

Las intenciones anexionistas de los Estados Unidos con respecto a México no son nuevas, desde 1808, año cercano a la iniciación formal de la Independencia, ya en algunos periódicos norteamericanos se hablaba de la probable Independencia e inutilidad del pueblo mexicano para darse un gobierno propio, esto hacía necesaria e indispensable que la nación vecina interviniera y se anexara este pueblo, que hasta por condiciones geográficas naturales, era una prolongación de su vecino; casi nos lo hacen efectivo en 1847.

En 1871 y ante la reelección de Juárez en el poder y los probables levantamientos contra esto, nuevamente los periódicos norteamericanos hablaron de la inevitable anexión de México a los Estados Unidos, anexión que, según los periodistas norteamericanos, era deseada por los propios mexicanos que veían con envidia y admiración a la creciente y moderna sociedad norteamericana; no está lejos el día, decían, en que las riquezas naturales y humanas de México estén al servicio de los Estados Unidos, formando ambos países una sola nación.

Estos vaticinios se repiten durante el gobierno de Alvaro Obregón, siempre calificando a México de vergüenza para los demás pueblos, y de un destino que lo llevaría fatalmente a su anexión a los Estados Unidos, luego las amenazas de anexión que se leyeron en "El Herald" en el mes de febrero de 1906, no son nuevas. ¡Pobre México tan lejos de Dios, y tan cerca de los Estados Unidos!.

La avanzada edad de Díaz hacía los inconformes abrigar esperanzas de un próximo cambio, pero también se temía ese momento pues Díaz ya no era una persona, sino un sistema; triste sistema que fundaba su seguridad en la longevidad del gobernante supremo.

La posición y rumbo del pueblo mexicano tuvo dos posibilidades, una la revolución violenta con fines sociales y económicos, y otra, el cambio reformista principalmente político; la primera posibilidad era apoyada por las clases más oprimidas y explotadas, dirigidas principalmente por el Partido Liberal Mexicano, la segunda por las clases media y alta insatisfechas con la política de Díaz en los últimos años de su gobierno, dirigidas por los intelectuales salidos de las mismas oligarquías como el caso de Madero.

En lo que a la política respecta, los hombres más importantes de ese tiempo no se ponían de acuerdo en lo que se haría en el momento en que Díaz muriera; además, se dieron graves diferencias desde la última reelección de Díaz por el nombramiento del vicepresidente Corral, muchos políticos estaban

seguros que Díaz escogería entre dos de los más allegados a su régimen: Limantour o Reyes.

La inquietud política se agravó a partir de la famosa entrevista que Díaz concedió al periodista Creelman, en ella el Dictador anunció su voluntario retiro de la política mexicana y su decisión de no aceptar un nuevo periodo presidencial, su abierto apoyo a la oposición y a la formación de auténticos partidos políticos y su auxilio incondicional al candidato que apareciera para ocupar la silla presidencial. Acerca de la decisión de Díaz de continuar en la política como presidente de México se ha discutido mucho, sería que él jamás había pensado verdaderamente en retirarse sino hasta que muriera y todo había sido una farsa, o sus adeptos más cercanos y las presiones de las clases dominantes le impidieron dejar el poder por temor a lo que podría suceder si Díaz no seguía en él.

El periódico El Imparcial publicó la traducción de la conferencia Díaz-Creelman, acerca de ella el Dictador se negó a hacer algún comentario cuando así se lo pidieron periodistas nacionales; en esa conferencia Díaz confesó creer en la democracia y en la madurez política del pueblo mexicano para dirigir sus destinos, justificó también su largo periodo en la presidencia por la necesidad de lograr un acelerado crecimiento económico y político del país, que por fin, según él, se había logrado plenamente. "Ahora, sin embargo, después de treinta años de fieles servicios, sentía que ya podía retirarse en la seguridad de que México continuaría por la senda del progreso. Podía pues dedicar los años que le quedaran a guiar al próximo

presidente, cualquiera que fuera el elegido por el pueblo mexicano; deseaba impulsar un gobierno realmente representativo" (Cumberland, Charles C. Madero y la Revolución Mexicana. p. 60).

La clase dominante trató de fijarse cuidadosamente en el hombre que continuara la política del Dictador, si en verdad éste iba a retirarse, pero si todo había sido una farsa, entonces, la declaración del astuto Díaz era sólo para que la oposición se manifestara plenamente, y éste pudiera lanzar su golpe con toda seguridad al enemigo; hasta los propios "científicos" no sabían que bando tomar.

El 30 de mayo de 1908 se acabaron las especulaciones, Díaz comunicó que convencido por los "científicos", especialmente por Limantour y Corral, aceptaba otro nuevo período presidencial; ahora el único problema era el nombramiento del vicepresidente quien más tarde ocuparía la presidencia misma, todos declaraban que Díaz, debido a su avanzada edad, no llegaría hasta el final de este nuevo período presidencial. "Se cierra el período del porfirismo con un cuadro de contradicciones interesantes, masas de campesinos en proceso de proletarización cuyo proyecto nacional es regresivo, frente al sector obrero en casos extremistas con demandas básicamente reivindicativas. Ambos víctimas de la explotación del imperialismo que indudablemente influyó en el contexto nacional en las contradicciones entre los grupos de poder económico" (Arroyo Ortiz, Juan Pablo. "Porfirio Díaz y el imperialismo" en Historia y Sociedad No. 24. p. 65).

RESUMEN DE LA TESIS

Este trabajo comprende un análisis sociológico de las principales novelas de la Revolución Mexicana, escritas durante la primera mitad de este siglo y por autores que de una u otra manera vivieron de cerca este movimiento social.

La historia de la Revolución Mexicana quedó registrada en las novelas de la revolución, en esta historia se describe un mundo desordenado y sin propósitos claros y firmes; debajo de la cara caótica de este mundo, se encuentra un noble anhelo por alcanzar un mundo más justo y equitativo. Entre las páginas de las novelas se encuentran las ideologías de los diversos autores, ideologías que se parecen con la pequeña y mediana burguesía que no concibieron a la Revolución Mexicana como un movimiento fundamentalmente político, pero que una vez iniciada, la pasión sin control de las masas, las ambiciones desmedidas de algunos líderes, la ausencia de programas de acción concretos, hicieron perder el rumbo que se había marcado al inicio el movimiento revolucionario.

En las novelas se habla de los caudillos principales de la Revolución, de la acción de los ejércitos, de los sucesos más importantes para el desarrollo y efectos de la misma, en ellas está también la historia de la Revolución, una historia más "intensa y viva" que la de la misma historia como tal; la historia de la Revolución Mexicana contenida en las novelas que hablan sobre ella, no coincide necesariamente con la historia oficial, y hasta llega a contradecirla, especialmente en lo que a los caudillos más conocidos se refiere.

En este trabajo se analizan las novelas más importantes de Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, José Vasconcelos, José Rubén Romero, Agustín Vera, Nellie Campobello, Gregorio López y Fuentes, Francisco I. Urquiza, José Mancisidor, Rafael F. Muñoz, Mauricio Magdaleno y Miguel N. Lira; a través de estos escritores y de sus novelas se logró el conocimiento de las ideologías principales que se manejaron en la Revolución Mexicana, así como las ideologías de los propios autores.

El método utilizado en la elaboración de este trabajo fue el del materialismo histórico, buscando en las condiciones históricas concretas la explicación del contenido de los pensamientos de los hombres.

Los principales teóricos que se consultaron, tanto para la cuestión sociológica como para la literaria fueron: Carlos Marx, Federico Engels, Arnaldó Córdova, Antonio Gramsci, George Lukacs y Lucien Goldmann.

La aportación que este trabajo hace, lo realiza en el campo de la sociología de la literatura al lograr el conocimiento histórico-ideológico de la Revolución Mexicana, a través de un género literario ameno e intensamente vivo como lo es la novela.

Los capítulos de la tesis son:

I.- MEXICO DURANTE EL PORFIRIATO Y LA REVOLUCION MEXICANA.

- 1.- La ideología dominante durante el Porfiriato.
- 2.- La organización social de México durante el Porfiriato.
- 3.- El desarrollo del capitalismo en México.
- 4.- Crisis que prepararon la caída del Porfiriato.
- 5.- La Revolución Mexicana.

II.- LA SOCIEDAD Y EL ARTE.

- 1.- La literatura como forma de conocimiento.
- 2.- La novela de la Revolución Mexicana.

A decir de los mismos resentidos contra Díaz, éste no fue el único responsable del estallido revolucionario de 1910. "Todos nosotros, sí, que con nuestro silencio, contribuimos a la obra destructiva del General Díaz. Todos nosotros que ciegos, creímos que podíamos hacer evolucionar y entrar en la práctica de la democracia a un hombre como el General Díaz. Todos nosotros, que ante el temor de la revuelta, cuyas consecuencias nos espantaban, preferimos someternos al poder omnimodo de un hombre y callar nuestras ansias de libertad, esperando que el tiempo hiciera lo contrario de lo que tenía que hacer. Nos sometimos y callamos sin calcular que con nuestra sumisión y nuestro silencio, sólo posponíamos el conflicto. Nuestra conducta lo retardaba, no lo evitó" (Prida, Ramón. ob. cit. p. 631).

Las críticas que hicieron al régimen de Díaz no fueron todas como la anterior, después de que el gobernante había salido del país y la violencia revolucionaria, iniciada contra Díaz, continuara ya sin control y aparentemente sin fin.

Durante el Porfiriato existió el periodismo opositor, a parte de lo publicado por los magonistas, especialmente por Ricardo, y de quien nos ocuparemos después, existieron periódicos de combate, fundamentalmente el "Monitor Republicano" y el "Diario del Hogar" de don Filomeno Mata.

El "Monitor Republicano", antes de que se extinguiera totalmente por falta de fondos y de lectores, además de la persecución y encarcelamiento de sus redactores, criticó duramente la política desigual de Díaz:

"La verdad es que bajo el gobierno del general Díaz no se han formado ciudadanos porque, paternal hasta la exageración, dulce y protector hasta la hipérbole con los miembros de las colonias extranjeras, ha sido cruel e implacable, injusto y terrible con los hombres del país. Es triste decirlo: Los extranjeros tienen en México más garantías que los propios; la Constitución llega a ser una realidad sólo cuando el obrero lesiona los derechos que no son del país; es la nuestra una nación de justicia; fundada sobre la base del temor de los conflictos internacionales!" (Roeder, Ralph. Hacia el México Moderno: Porfirio Díaz. Vol. II. p. 99).

Junto al "Monitor" llegaron otros periódicos de oposición: "La República", "El Demócrata", "El Noventa y Tres", y otros que al igual que éstos, más jóvenes o impetuosos que el "Monitor" y con menor difusión que éste, pronto desaparecieron y sus directores y redactores fueron a dar con sus huesos derechos a Belén.

La opinión pública, según lo dice el mismo Bulnes, era realmente una ficción, pues bastaba que se publicara algo que el general Díaz lo considerara peligroso para su poder omnimodo, inmediatamente lanzaba miradas aterradoras y las órdenes dictadas no eran menos aterradoras. "El país era suyo, como una cosa, y las cosas no hablan, ni proponen, ni manifiestan deseos, ni sienten, ni perturban con impertinencias la augusta tranquilidad de sus dueños" (Bulnes, Francisco. El verdadero Díaz y la

Revolución. p. 194).

A pesar de ello las críticas continuaban. Con respecto a la "paz porfiriana" famosa en el interior y hasta el exterior de nuestras fronteras, el "Monitor" opinaba:

"Esta paz no es la paz de la satisfacción, no es la paz debido a la prosperidad del país y al acierto de los gobernantes y a sus sacrificios en favor del bien público, sino la paz de la resignación. Las rentas públicas han tenido en estos últimos años tiempos algún aumento; pero como éste se ha debido a las innumerables gabelas que pesan sobre los habitantes del país, no puede decirse en cambio de ese aumento que la hacienda nacional se encuentra próspera, como los partidarios del actual orden de cosas pregonan, pues, lejos de esto se encuentra demasiado comprometida con los empréstitos y demás gastos imprudentes y exagerados de la administración, lo que más tarde puede ocasionar una bancarrota. Nuestros gobernantes no deben hacerse ilusiones, no deben dejarse mecer en esa cuna de flores en que quieren arrullarlos sus aduladores, sin escudriñar, de un modo exacto la situación que guarda nuestro país. Hay una miseria general, hay un sordo descontento que no llega ni a su conocimiento ni a sus oídos, porque los que lo rodean han puesto entre ellos y la sociedad un muro insalvable" (Roeder, Ralph. ob. cit., Vol. I p. 450).

Era verdad, el grupo que rodeaba a Díaz era un magnífico adulator de su magnificencia e infalibilidad. Todos los demás podrían fallar, menos Díaz, el pueblo disfrutaba de una paz y un progreso que no habían conocido hasta entonces, los que no habían disfrutado de ese bienestar era por su propia culpa e ineptitud.

Existió un periódico "La Semana" que con un carácter humanitario "quiso rescatar a la raza indígena" de sus vicios, era una raza sumida en la miseria, la promiscuidad sexual y con ello la multiplicación malsana, devorada por el alcoholismo y la explotación sin un anhelo de bienestar material y de mejor porvenir, por mucho que se hiciera por ella el indio estaba destinado a desaparecer por sí mismo, y por supuesto del auge económico y de la participación política; la inercia y apatía del indio cansaba hasta al más constante y se abandonaba su "regeneración".

Este concepto sobre el indígena también lo compartía Porfirio Díaz, en su entrevista con Creelman afirmó de él:

"Los indígenas, que forman más de la mitad de nuestra población, se ocupan poco de la política. Están acostumbrados a dejarse guiar por los que ejercen la autoridad en vez de pensar en sí mismos. Es esta una tendencia que heredaron de los españoles, quienes les enseñaron a no mezclarse en los negocios públicos, confiando su resolución al gobierno".

A los peones acasillados, la mayoría también indígenas, se les juzgaba perezosos, derrochadores y ebrios hasta los límites

posibles, era necesario hacerlos trabajar a la fuerza y si era necesario a golpes, medirles el dinero pues no sabian administrarlo, ponerlos bajo la tutela del sacerdote, parte integrante y fundamental de la hacienda.

La verdad es que la mayoría de los indios desconocía otra autoridad que no fuera la de los principales en su comunidad, para los indigenas el gobernante y el bastón de mando, símbolo del poder, eran los que lucharían y gobernarían en favor de los intereses de grupo; se trataba de un poder obtenido democráticamente y por la voluntad del grupo, un poder que significaba una fuerza moral y religiosa diferente del poder oficial porfiriano.

Esas diferencias ideológicas, los "científicos" y seguidores las interpretaron como apatía e incapacidad, e incluso como ausencia total de cualquier ambición económica; el indio no sabe lo que quiere, pide tierra pero no tiene necesidad de ella, basta con cualquier cosa para lograr su sustento diario, su idea de propiedad privada es muy confusa, no la entiende cabalmente ni sabría que hacer con ella. Esto es explicable pues la mayoría de las comunidades indígenas despojadas, poseían la tierra en forma de bienes comunales, no como propiedad individual, tierra que le fue arrebatada y por lo que se unió a los ejércitos revolucionarios ante la promesa de la devolución.

La repartición de la tierra, según "los científicos" y hasta algunos liberales reformistas como el caso de don Andrés Molina Enríquez, sería un grave error; bajaría la producción agrícola,

se atacarían los intereses de los inversionistas y con ello se provocaría la salida de capitales fundamentales para la producción, las grandes obras de riego y tecnificación serían imposibles si se atomizaba la tierra; lo recomendable era disminuir la explotación física del peón, disminuir los efectos negativos de la tienda de raya y el sistema de deudas, modernizar el campo, bajar el precio de los productos para elevar el nivel adquisitivo del trabajador, conseguir financiamiento para el desarrollo del campo mexicano; después de logrado esto sería posible la división de la tierra, como consecuencia natural de su prosperidad y crecimiento, no como un atentado contra el sagrado derecho a la propiedad privada de los terratenientes.

Frente a estas oposiciones reformistas de algunos pensadores cercanos a Díaz, pero los cuales no encontraron eco en el dictador, existieron auténticas posiciones revolucionarias profundas, tal fue el caso de Ricardo Flores Magón.

Desde principios del siglo XX, el órgano periodístico inicial del magonismo, "El hijo del Ahuizote", lanzó el "Manifiesto a la Nación", en el que se invitaba al pueblo mexicano a hacer uso de sus derechos electorales e impedir la permanente reelección de Díaz, así como presentar un candidato a la República diferente del eterno.

De acuerdo con Ricardo Flores Magón, si esto no fuera posible por la vía pacífica, inevitablemente se sucedería la revolución popular, según él, no improvisada; aunque parecía ser el único remedio para los males del pueblo, debía ser preparada

pacientemente a través de la propaganda y la formación revolucionaria. En una carta que Ricardo envía a los hermanos Villareal Márquez les dice: "La revolución del porvenir tiene que ser no solamente política sino social porque de lo contrario recaeremos en otra tiranía tal vez más espantosa que la que ahora nos agobia". (Flores Magón, Ricardo. La revolución mexicana. p. 32).

Esta preparación ideológica a través de la propaganda, empezó a florecer entre los trabajadores urbanos, entre ellos circulaba, se leía y se comentaba "Regeneración", órgano periodístico fundamental del magonismo; si pocos eran los que sabían leer, éstos eran los que leían el periódico a los demás.

La Revolución es presentada por el magonismo como una necesidad del pueblo, y los jefes del partido liberal mexicano como dirigentes y organizadores del movimiento, con ello se evitaría el caos de una revolución que caminaría sin rumbos en manos de la masa incapaz para dirigirlo. El llamado que hacía Ricardo Flores Magón en su "Manifiesto" de 1906, era al pueblo miserable y sufrido, el único dispuesto a tomar las armas y luchar por lo que le habían robado. En realidad el Partido Liberal Mexicano, que ni siquiera fue mencionado por Díaz en su entrevista con Creelman cuando éste le preguntó si en México existían partidos opositores, había penetrado muy poco entre los trabajadores, especialmente los agrarios, y en la región norte en donde los salarios eran más altos que en el resto del país, los llamados del magonismo tuvieron poca aceptación.

La industria minera y textil eran los puntos estratégicos para que el Partido Liberal Mexicano dirigiera al incipiente proletariado industrial mexicano, y se iniciara la revolución social que pregonaba en su "Manifiesto", de esto se dieron cuenta Díaz y los patronos extranjeros, de ahí su extremo cuidado por sofocar todo movimiento rebelde a costa de lo que fuera. Díaz aunque públicamente ignoraba al movimiento magonista, en realidad se sentía inquieto; la persecución y encarcelamiento de los principales cabecillas, el "convencimiento" de algunos dirigentes de la bondad del sistema y de la imposibilidad de una revolución social, medio utilizado por Díaz para dividir y debilitar a los líderes del partido opositor, muestran que el Dictador sí se ocupó de sofocar este movimiento rebelde.

Sólo Ricardo y Enrique Flores Magón, y algunos otros seguidores de su doctrina, permanecieron fieles a sus programas revolucionarios, conforme a lo que Ricardo decía, perseguidos y azotados como todo verdadero revolucionario vivieron hasta el final. "El verdadero revolucionario es un ilegal por excelencia. El hombre que ajusta sus actos a la ley podrá ser a lo sumo, un buen animal domesticado; pero no un revolucionario. La Ley conserva, la Revolución renueva. Por lo mismo, si hay que renovar, hay que comenzar por romper la ley." (Flores Magón, Ricardo. ob. cit. pp. 13-14).

Conforme al Partido Liberal Mexicano la lucha era por lograr la libertad económica de los trabajadores, no política, que se llegara a poseer lo suficiente para vivir sin depender del

amo, arrebatarse los bienes a los ricos para entregarlos al pueblo; sacar al pueblo de la ignorancia en que lo tenía Díaz, pero no bastaba con derrocar a Díaz. "Sabadlo de una vez: derramar sangre para llevar al poder a otro bandido que oprima al pueblo, es un crimen, y eso será lo que suceda, si tomáis las armas sin más objeto que derribar a Díaz para poner en su lugar un nuevo gobernante". (Flores Magón, Ricardo. ob. cit. p. 28).

El mal no era un hombre, sino el sistema político y económico existente, si tan sólo fuera Díaz, bastaría con que muriera, pero podía desaparecer él y la situación del pueblo sería la misma. El sistema existente y su máximo representante, el gobierno, era un guardián celoso del capital y sus dueños, luego el mal del pueblo no se remediaba quitando a Díaz y poniendo a otro en su lugar, aunque, a decir de Ricardo Flores Magón, fuera el hombre más honrado y humanitario que existiera, después se posesionaría del poder lo mismo que Díaz y actuaría de la misma manera oprimiendo al pueblo igual que el Dictador actual. El pueblo tendría derecho a votar, a manifestar su voluntad y sus ideas, la prensa dejaría de ser perseguida, se realizaría lo estipulado en la Constitución de 1857: la división de poderes, se acabaría con las reelecciones ¿y?, con ello no se acabaría su miseria.

"Tierra y Libertad" fue su lema, la toma violenta de las tierras arrebatadas sería un gran paso inicial para la revolución, ante ella nadie permanecería indiferente o ajeno, todos participarían en uno u otro bando, la Revolución debería estallar por la naturaleza misma de la situación que existía. En

1910, un día antes del estallido revolucionario que se sucedió al llamado de Madero, Ricardo Flores Magón lanzó un mensaje en el que invita a las masas pobres a luchar contra el poder de los ricos. En el número de Regeneración del 19 de noviembre de 1910, hizo un llamado a los trabajadores para unirse al PLM si querían realmente ser libres, de lo contrario que se agruparan bajo la bandera del antirreeleccionismo, por ejemplo la de Madero, jugaran unos días a los soldados para que se sintieran grandes quienes nunca lo habían sido, a costa de su sangre, para darse el gusto de poner a otro dictador más joven en lugar del viejo Díaz.

En su "Manifiesto a los Proletarios" del 3 de septiembre de 1910 incitó a los obreros a la lucha: "Tened en cuenta obreros, que sois los únicos productores de la riqueza. Casas, palacios, ferrocarriles, bancos, fábricas, campos cultivados, todo, absolutamente todo está hecho por vuestras manos creadoras y; sin embargo, de todo carecéis. Tejéis las telas, y andáis casi desnudos; cosecháis el grano, y apenas tenéis un miserable mendrugo para llevar a la familia; edificáis casas y palacios, y habitáis covachas y desvanes; los metales que arrancáis a la tierra sólo sirven para hacer más poderosos a vuestros amos, y, por lo mismo, más pesada y más dura vuestra cadena". (Bartra, Armando. (Prol. Sel. y Notas). Regeneración 1900-1918. p. 269).

En 1911 llamó a los trabajadores a tomar la tierra, las minas, las fábricas, los medios de producción; se pronunció contra la propiedad privada, el capital, la autoridad y el clero. La libertad política debía ser acompañada de la libertad económica, atacó a los gobernadores fueran porfiristas,

maderistas, vazquistas o científicos.

Hasta hoy el pueblo ha sido manejado y llevado por otros como se guía a un niño, en las luchas anteriores ha participado, pero nunca fue el que recogió sus frutos, ahora era necesario, además de su valor "sembrarle en la cabeza, ideas claras de lo que quería y debía hacer". Feliz será el pueblo cuando después de derramada su sangre, sea dueño de la tierra y las fábricas y las trabaje en común, repartiendo los productos entre todos conforme a sus necesidades. Las revoluciones tienen resplandores de infierno y aureolas de gloria, lastiman y acarician "...son el amor y el odio en conflicto; son la justicia y la arbitrariedad librando el formidable combate del que resultará muerta una de las dos, y del cadáver nacerá la tiranía, si la justicia es vencida, o la libertad, al resultar victoriosa". (Flores Magón, Ricardo. La revolución mexicana, p. 107).

Si el pueblo anhelaba una revolución social ahí estaba el Partido Liberal Mexicano para integrarlo como revolucionario, si tan sólo buscaba la destitución de Díaz y su substitución por otro gobernante, ahí estaba esperándolo el Partido Antirreeleccionista de Francisco I. Madero.

La escasez de recursos y armas, la falta de hombres preparados para la guerra, la precipitación y la falta de libertad para actuar, el encarcelamiento y la persecuciones, la desilusión y el abandono del movimiento de algunos cabecillas, la división de los dirigentes entre reformistas y radicales; todo contribuyó al fracaso del movimiento magonista. Sus posiciones

radicales anarquistas espantaron a probables e importantes adeptos como en el caso de Madero, quien en un principio hasta prestó ayuda económica al movimiento pero al percibir su radicalismo revolucionario retiró esa ayuda, e incluso cuando Ricardo Flores Magón propuso su programa a Madero y la posibilidad de llegar a un acuerdo para seguir avanzando en la revolución, Madero se negó a aceptarlo argumentando que de hacerlo se provocaría el retiro de elementos importantes para el crecimiento económico del país.

Para Ricardo Flores Magón la revuelta de Madero no era una Revolución, era un llamado ambiguo a las masas incoscientes empujadas por la desesperación, de la desesperación podrian surgir caudillos, héroes, pero también tiranos que sometieran a las mismas masas que un día les habían creído y seguido; Madero no permitiría la destrucción de la propiedad privada y del sistema capitalista, esto sería tanto como combatir y destruir a su propia clase y sus intereses económicos. Madero lo que quería era ser Presidente, con ello aumentaría su capital y su poder, para esto según Ricardo Flores Magón acudiría al engaño, la adulación de las masas, la intriga, la hipocresía y el crimen. Mientras Madero luchaba por el "sufragio efectivo no reelección", el Partido Liberal Mexicano lo hacía por "Tierra y Libertad".

E.- LA REVOLUCION MEXICANA.

Francisco I. Madero supo neutralizar las ideas radicales magonistas, cuando en 1908 circuló su libro La Sucesión

Presidencial 1910, y atrajo la atención de intelectuales, funcionarios medios, hacendados, industriales, obreros y hasta campesinos, que vieron en el movimiento maderista la posibilidad de que el cambio se diera por la vía política, no por la violencia revolucionaria que predicaba el magonismo.

En este libro, Madero expone sus ideas políticas y sus proyectos para el país. La democracia y el ejercicio de la voluntad popular en la elección de los gobernantes, evitaría toda revolución, que, al igual que las anteriores, solamente retardaría y probablemente cambiaría el rumbo del país hacia el progreso.

El pueblo mexicano ha dado muestras de valor e impulsividad en las diversas guerras sucedidas en nuestro país, ha sostenido luchas prolongadas en el terreno de las armas, no así en el de las ideas, en donde ha demostrado su incapacidad en las luchas ideológicas.

Madero dice no ser un historiador frío, sereno y desapasionado, sino el pensador que ha previsto el "precipicio" hacia donde va la patria y debe prevenir a los hombres del peligro. Hasta la última reelección de Díaz, el pueblo estaba contento con el orden existente, excepto los intelectuales pobres, los amantes de la patria y de la libertad, la clase media que no ha disfrutado cabalmente de los privilegios, y que se dedica al estudio y concibe brillantes proyectos de redención, de progreso e igualdad; también hay descontento entre algunos miembros de las clases obreras, que aspiran a ejercer y

reivindicar sus derechos y realizar sus ideales.

Díaz no es un déspota vulgar - escribe Madero -, es de los pocos que han usado el poder absoluto con tanta moderación, su mano de hierro acabó con el espíritu turbulento del pueblo, ahora se tiene la calma necesaria para el reinado de la ley, para acudir pacíficamente a las urnas electorales a depositar nuestro voto.

El pueblo, aún en las naciones más avanzadas, no es el que dirige los pasos de la nación entera; quienes lo hacen son los jefes de partido, un pequeño y selecto número de intelectuales que pulsan la opinión pública y la toman en cuenta para adecuar su programa a las mayorías; en México pasaría lo mismo, no sería la masa analfabeta la que dirigiera al país, sino el grupo de intelectuales aptos para hacerlo.

¿Cuál era el programa político de Madero?, según él todo partido político debía contar con un programa que desarrollaría al llegar al poder, Madero ofreció seguir los señalamientos de la Constitución de 1857 para que el pueblo acudiera a los comicios, nombrara libremente a sus mandatarios y a sus representantes en las cámaras, ya no dejar el poder en manos de Díaz sino participar en la próxima campaña electoral (1910); y, contrario al movimiento magonista, en México no debían sucederse más revoluciones, pues el pueblo, cansado de ellas, según Madero, ya no las secundaría.

En Madero existen diversas contradicciones, liberal convencido, defendía la libertad individual como el valor supremo

del ser humano, libertad política hecha realidad a través de diversas manifestaciones, participar en las elecciones era lo fundamental. Durante el Porfiriato esta libertad, aún reconociendo lo que de positivo tuvo el fraude electoral para el mantenimiento de la paz, fue totalmente callada; el pueblo no participó en las elecciones, y si lo hizo, se cometieron permanentes fraudes electorales que invalidaron su voto. Sin embargo, Madero llamó a ese pueblo a manifestarse votando contra Díaz en las elecciones de 1910, que se atreva a hacerlo y a proponer a otro candidato en su lugar; pero, por otra parte, Madero no le reconoce algún valor y ejercicio político a las masas, y sí a los intelectuales y clases medias, que, al igual que Díaz, Madero los considera como los únicos capaces para participar en la política de manera libre y consciente.

Lo mismo que otros miembros de las clases medias a las que pertenecía Madero, éste sentía temor por la revolución popular que veía acercarse, temor por un pueblo desbocado que no pondría freno a sus pasiones e instintos, contenidos durante muchos años y por la fuerza durante el Porfiriato; sin embargo necesitaba del pueblo como la masa cuantitativamente importante, de ahí las promesas ambiguas que hace en "El Plan de San Luis" sobre la devolución de las tierras a las comunidades campesinas, ambiguas porque nada decían sobre cómo llevar a cabo esa devolución, sin embargo, esto logró lo que no hizo posible el P.L.M., el apoyo, en un principio, incondicional de las masas campesinas al programa de Madero.

Madero se proponía el apoyo de las masas, llamó al pueblo para que protestara con las armas en la mano por la reelección de 1910, esto sucedería entonces porque, de acuerdo con la legalidad, el gobierno de Don Porfirio Díaz expiraría el 3 de noviembre, por ello, el movimiento sería el 20 para que no recibiera nuevamente el poder; hasta en la fecha del levantamiento rebelde Madero cuidaba del respeto a las leyes.

Ese pueblo levantado en armas el 20 de noviembre de 1910, y al triunfo del movimiento con el desconocimiento y caída del presidente y vicepresidente de la República, magistrados a la Suprema Corte de la Nación y diputados y senadores "triunfadores" en las elecciones celebradas en junio y julio de ese año, sería controlado por gobernantes aptos nombrados por el pueblo mismo, algunos serían del mismo gabinete porfirista que habían dado pruebas de capacidad y honradez; asimismo la paz del país se encomendaría a un ejército preparado y eficiente como lo era el mismo ejército porfirista, no así los cabecillas revolucionarios e impreparados como Villa, Zapata, Orozco y otros más, que habían surgido en el fragor de la lucha, pero que no estaban capacitados para mantener el orden del país, así como para salvaguardar la integridad nacional.

Madero sostenía un nacionalismo acendrado, nacido de lo que la historia de nuestro país le había mostrado, sin embargo, el respeto por los derechos y las leyes humanas era antes que cualquier intento por violar los derechos de los extranjeros contraídos en México durante el Porfiriato. Madero sentía una gran admiración por el pueblo y el gobierno norteamericanos, eran

el ejemplo de la democracia y la libertad, sin embargo, criticaba la política tan blanda de Díaz hacia las naciones extranjeras.

"Nuestra política con las naciones extranjeras, ha consistido siempre en una condescendencia exagerada hacia la vecina República del Norte, sin considerar que entre naciones, lo mismo que entre individuos, cada concesión constituye un precedente y muchos precedentes llegan a constituir un derecho.

No abogamos por una política hostil a nuestra vecina del Norte, de cuya grandeza somos admiradores, no solamente por su riqueza y poderío, sino por sus admirables instituciones y los grandiosos ejemplos que ha dado al mundo.

Sin embargo, si abogamos por una política más digna, que nos elevaría aun a los mismos ojos de los americanos e influiría para que nos trataran con más consideraciones; con las consideraciones a las que se hace acreedora una nación celosa de su dignidad y honor. Esas consideraciones constituyen una fuerza mucho más poderosa que la de las bayonetas, pues el derecho de la fuerza ha perdido considerablemente su prestigio con los progresos de la civilización y muchos conflictos se han evitado por el respeto que impone el derecho cuando es sostenido con dignidad y energía". (Madero, Francisco I. La Sucesión Presidencial 1910. pp. 223-224).

Estas declaraciones de Madero de ajustarse a la Ley tanto a los nacionales como los extranjeros, significarían,

probablemente, una restricción en las concesiones y prevendas otorgadas a los capitales extranjeros; esto, sumado al impuesto de 3 centavos por barril de petróleo extraído por las empresas inglesas y norteamericanas, la violencia que estuvo presente durante el corto periodo de Madero en la Presidencia, las constantes revueltas contra Madero: la de Pascual Orozco, Félix Díaz, Emilio Vázquez Gómez, Emiliano Zapata y Bernardo Reyes; todo ello sembró desconfianza en los inversionistas extranjeros, especialmente entre los norteamericanos en cuyos periódicos empezaron a circular noticias alarmantes con respecto a nuestro país, nuevamente se había caído en el desorden y la anarquía de la que Díaz nos había sacado; México se convirtió en una "vergüenza" para las naciones avanzadas de América, en donde la paz y el ejercicio de la democracia eran ya una forma real de vida.

Esto explica la participación directa de los funcionarios norteamericanos en nuestro país, el embajador Wilson quien vio afectado sus intereses económicos en México, en la traición a Madero, a través de un intermediario como lo fue Victoriano Huerta.

La Revolución iniciada en 1910 contra la dictadura de Díaz, fue creciendo peligrosamente, a Madero lo sorprendió desprevenido e impotente para detenerla, los hechos se sucedieron con gran rapidez que hubo necesidad de improvisar hombres y ejércitos.

La Revolución no encontró un programa político nacional fuerte, el antiguo régimen no fue destruido, estaba en pie,

representado en las Cámaras, en las haciendas, en el ejército y en todo lo que fuera importante para la vida del país; a su lado aparecieron nuevos cabecillas insaciables en sus apetitos y que se lanzaron a la revolución armada para sacar provecho propio, los oportunistas y los inamovibles del viejo régimen se convirtieron también en revolucionarios y promulgadores del cambio, pero, una vez lograda la participación y el lugar que querían en el nuevo sistema social, se volvieron los más reacios conservadores y los más feroces defensores de lo logrado, así como los más radicales opositores a que el Estado hiciera realidad sus promesas en cuanto a reformas económicas se trataba.

Madero encabezó el movimiento de la oposición no para insurreccionar al país por la vía de la revolución, sino invitando al pueblo a derrocar al viejo régimen, a través de la lucha política, sin embargo, Madero .. "Fue a la manera de aprendiz de mago que desató a los elementos que hasta entonces parecían mansos, para convertirlos en arrasadores, rebeldes a toda rienda, y que acabaron por absorberlo y porque se sintiera como náufrago de la tempestad que había provocado" (González Ramírez, Manuel. La revolución social de México. Vol. I. p. 190).

El Plan de San Luis no proponía un programa político al triunfar la Revolución, sino una guía para la acción en campaña; la reforma política era indispensable, según Madero, para posteriormente realizar una reforma económica y social; era necesario un pueblo libre antes de intentar cualquier cambio económico. Madero mismo en su campaña afirmó: "Yo no ofrezco el

pan, les ofrezco la libertad para ganarlo", para ello era necesario el ejercicio fundamental del voto.

La rebelión encabezada por Madero contra Díaz triunfó, y así el 21 de mayo de 1911 se firmaron los Acuerdos de Ciudad Juárez en los que se daba por terminada la insurrección, y Díaz y Corral se obligaban a renunciar antes de finales del mes; Francisco León de la Barra sería nombrado presidente interino y convocaría a elecciones presidenciales, se pagaría una indemnización por las deudas adquiridas directamente por la Revolución, y se establecía la amnistía general para los ejércitos revolucionarios regionales pues se consideraba terminada la Revolución. En dichos acuerdos no se mencionaba el cambio de ministros ni gobernadores de los estados, así como los oficiales del ejército federal.

Cuando se reunió la Convención Nacional para la elección de candidatos para la Presidencia de la República Mexicana, el nombre de Madero fue propuesto por Roque Estrada, pero no fue el único propuesto para el cargo, también propusieron a Esquivel Obregón y a Iglesias Calderón, sin embargo, después de las discusiones, la mayoría favorecía a Madero quien fue nombrado Candidato a la Presidencia de la República Mexicana por el Partido Nacionalista Democrático y el Partido Nacional Antirreeleccionista. El plan de acción elaborado bajo el cual debía guiarse el candidato, secundaría la elevación moral, material y económica de las masas, el mejoramiento y expansión de la instrucción pública, la creación de bancos para el fomento agrícola, así como el mejoramiento y saneamiento de las relaciones exteriores. Se ayudaría al desarrollo agrícola del

país tanto en las pequeñas como en las grandes propiedades, se tecnificaría la producción en el campo pasando de una producción extensiva a una intensiva, además, se haría una reforma fiscal que contemplaría una equitativa carga tributaria entre los ciudadanos.

Madero era un liberal, creía en la democracia como el mejor sistema político bajo el cual podían vivir los hombres. Su fe en la democracia era muy fuerte, tanto que aceptó y apoyó a hombres que no eran de su confianza, pero que habían sido nombrados por una asamblea democrática; sin embargo, reconoció que la masa del pueblo mexicano aún no estaba madura, lo mismo que decía Díaz, para la práctica de la política democrática, que carecía de preparación y experiencia para el delicado y decisivo papel de la participación política, para ello debía extenderse la instrucción pública, había que educar a las masas para la democracia, enseñándoles los principios, derechos y obligaciones de su participación.

"Tal y como se desarrolla el pensamiento de Madero, dos consideraciones se ofrecen de inmediato: una, que el apóstol no buscaba una transformación radical, sino una corrección de las fallas a que daba lugar el sistema político de la dictadura, y de injusticias provocadas por el ascenso del propio sistema y que no habían sido solucionadas cuando éste llegó a su madurez; otra, que Madero aceptaba como dadas definitivamente las bases materiales del desarrollo del país, pero que tal desarrollo debía coronarse con un verdadero régimen democrático, único capaz de

Corregir los males causados por la dictadura y único también susceptible de continuar lo que pudiese constituir la labor meritoria del porfirismo. Madero no perseguía nuevas relaciones sociales, lo que deseaba era que la "lucha por la vida", en la que los ideólogos porfiristas veían sin remedio el triunfo de los más fuertes, de la "gente superior", se desarrollara como el derecho legítimo de todos los ciudadanos sin excepción" (Córdova, Arnaldo. La Ideología ob. cit., p. 105). Madero no criticó a Díaz, por quien incluso sentía una sincera admiración, criticaba al sistema de gobierno que permitía que un hombre perjudicara al país tanto como Díaz, un sistema que defendía los últimos vestigios de los privilegios de unos cuantos escogidos, encumbrados y enriquecidos a costa de un pueblo que carecía de toda participación política; eso es lo que prometía Madero en su gira como candidato a la Presidencia de la República.

Desde que Madero tomó posesión de la Presidencia donde fue llevado por la voluntad del pueblo mexicano, empezó a ser criticado por haber permitido el regreso de Bernardo Reyes, por la permanencia de la oficialidad del ejército federal, el licenciamiento de las tropas revolucionarias, la no inmediata repartición de tierra. El descontento que se empezó a manifestar en contra de Madero, hizo que éste llamara al pueblo para gobernarse a sí mismo "con serenidad y sabiduría"; todos juntos lucharían por el levantamiento de las clases sociales más débiles, pero no a través de decretos y leyes, sino por el trabajo y el esfuerzo de todos los involucrados.

El tono de Madero fue siempre conciliador, tranquilizando a quienes temían cambios económicos radicales, y alentando a quienes buscaban reformas políticas, sin embargo, no logró dar satisfacción absoluta ni a unos ni a otros.

Pasemos ahora a la revolución zapatista. El movimiento zapatista fue por algunos mirado con respeto y simpatía, pero nada más, Ricardo Flores Magón que sintió en un principio atraído por las ideas zapatistas, pero cuando en 1913 recibió la invitación de Zapata de ir a Morelos y desde ahí publicar "Regeneración", Ricardo no atendió la invitación por considerar que Zapata no iba más allá de la restitución de la tierra a los morelenses, por ello la consideraba como una lucha demasiado limitada en sus propósitos y no una auténtica revolución social.

Zapata llegó a ser revolucionario casi contra su voluntad, fue la hostilidad de sus enemigos la que lo llevó a la lucha, había que derribar al dictador que imponía su voluntad a través de las autoridades nombradas para gobernar Morelos, y una vez derrocado dedicarse al cultivo de las tierras; hasta 1913 Zapata parece solamente buscar la reforma política, pero de ahí evolucionó hacia un revolucionario dogmático, en el fondo existía un fuerte lazo que lo unía a la tierra y a los suyos, y cuyo propósito fundamental fue la devolución inmediata de la tierra; la lucha en el sur de nuestro país no fue una lucha dirigida por abstracciones, sino por materialidades tangibles como lo es la tierra, si para ello había de correr la sangre, debía suceder con tal de que los beneficios de la lucha alcanzasen a todos y no a

una pequeña casta social.

El estado de Morelos fue, antes de ser convertido en el principal ingenio del país gracias a los capitales invertidos, una región vastamente poblada por pueblos indígenas dedicados a la agricultura comunal, cuyos sistemas de gobierno al interior eran diferentes con respecto a la práctica de la democracia y las libres elecciones ofrecidas por Madero; pueblos cuyos gobernantes y líderes eran nombrados por la voluntad mayoritaria de los hombres; Zapata mismo fue nombrado jefe del movimiento revolucionario del sur en una asamblea popular, y para Zapata, lo mismo que para todos los pobladores de Morelos, la Revolución Mexicana triunfaría cuando se realizara la devolución de las tierras a los productores directos: la tierra es de quien la trabaja. El fundamento de la comunidad campesina lo era la familia, la comunidad conservaba una organización económica, política e ideológica suficiente para la subsistencia de las familias que la integraban, esto se lograba con el ejercicio de un gobierno establecido por el consenso de los miembros de la comunidad.

Zapata no se propuso acabar con el régimen capitalista del país, sus ideas nacieron de su propia experiencia campesina, más que de un programa de tipo proletario socialista; sin embargo, la aplicación del Plan de Ayala hasta sus extremos más radicales, representaría acabar con las bases del capitalismo; por un lado, la expropiación y devolución de las tierras a los pueblos, no a los individuos, y por el otro, el hecho de que los hombres mismos, con las armas y las herramientas en las manos, serían los

que decidirían la vida económica y política de los pueblos, sin esperar el dictado de leyes provenientes de un gobierno nacional legítimamente establecido, los hombres ocuparían las tierras, la maquinaria y los edificios, y defenderían todo esto con las mismas armas que arrebatarían a los soldados del ejército oficial.

La rebelión de los pueblos campesinos del estado de Morelos encabezada por Zapata, fue una rebelión propia de comunidades campesinas cuyas tierras habían sido robadas por los dueños de los ingenios azucareros. Al saqueo de tierras de los pueblos indígenas, dedicadas a la agricultura y después a la producción azucarera bajo la protección de la dictadura de Díaz, se sumaron otros factores favorables para que el movimiento agrario se diera con mayor intensidad en esta región de la República; entre esos factores podemos mencionar la cercanía del estado de Morelos con la ciudad de México, esto permitía un mayor y mejor acceso de ideas, incluso de armas a esa región que a otras más alejadas; la impenetrabilidad de la región para el ejército federal y que facilitó el sistema de guerrillas y asalto por sorpresa al Ejército Revolucionario del Sur, magnífico conocedor de su terreno. En esta región del sur se dio una revolución social, no una revolución política como la concebía Madero, para quien las acciones del Ejército del Sur le parecían un atentado contra la propiedad y las leyes, contra la tranquilidad del país necesaria para iniciar la etapa de reconstrucción del México. Así se explican las acciones de Madero contra la revolución campesina zapatista cuando llegó a la Presidencia, una revolución política-

burguesa maderista hecha gobierno, no podía permitir que se generalizara el carácter anticapitalista del movimiento revolucionario del sur.

El movimiento zapatista, al igual que el villista, no fue un movimiento oficial constituido como gobierno, fue un movimiento popular que fundó su acción en los principios contenidos en el Plan de Ayala, pero, aún cuando no tenía un reconocimiento oficial a nivel nacional, al interior sí contó con una gran solidaridad y fuerza política, lo que le faltó al movimiento oficial y nacional de Madero.

El pueblo constituía la fuerza política de la región de Morelos, precisamente, defender esa autonomía y organización política era uno de los principios fundamentales del Plan de Ayala. "Los pueblos, todavía vivos como centro de vida comunal de los campesinos en su existencia de siglos al avance de las haciendas, fueron el organismo autónomo con que entraron naturalmente a la revolución los sureños", (Gilly, Adolfo. "La guerra de clases en la revolución mexicana. (Revolución permanente y autoorganización de las masas)" en Interpretaciones de la Revolución Mexicana. pp. 32-33).

Zapata era descendiente de hombres que habían luchado contra los franceses en 1861, miembro de una familia que defendía a México contra lo extranjero y que desde pequeño había oído a sus mayores hablar de Hidalgo, de Morelos y de Juárez. El puesto que ocupó Zapata como autoridad de su pueblo, no le fue heredado por sus mayores, le fue otorgado como el resultado de la votación de

los hombres, su misión era coordinar los intereses colectivos. El hecho de ser autoridad no le otorgaba a Zapata, ni a ningún otro jefe sureño, privilegio alguno que lo exceptuara de ciertas obligaciones y le concediera otros derechos; el ser autoridad significaba un servicio que se prestaba a la comunidad para el beneficio común, nunca un medio para aprovecharse del poder en beneficio de intereses propios.

La rebelión zapatista en contra de Madero, se manifestó de manera más abierta y agresiva cuando Zapata recibió la orden de licenciar a sus tropas revolucionarias; Madero mismo se encargó de comprobar su aplicación al entrevistarse con Zapata en tierras de Morelos. A los pocos días de que Madero había tomado posesión de la Presidencia, Zapata proclamó el Plan de Ayala, en él se estimuló la toma inmediata de las tierras por los pueblos, y la expropiación de las tierras a los enemigos de la Revolución y a los opositores al plan. Antes de que Madero aceptara, ya los peones zapatistas se habían apoderado de las tierras y las trabajaban como si fueran suyas.

El Plan de Ayala, al contrario del de San Luis, se ocupó fundamentalmente del problema de la tierra y secundariamente abordó el problema de las reformas políticas.

Las familias que durante años habían sido desposeídas de las tierras que conquistaron, desmontaron, limpiaron y poblaron bajo el sistema político del municipio democrático, volvían a tenerlas; ahora se derribaban las cercas que habían levantado los hacendados, y bajo la protección de las armas los campesinos

entraban en posesión de sus lotes. Primero sería la restitución de la tierra, y después la indemnización a los hacendados para que no fueran acusados de bandidos; lo urgente e inaplazable era el dotar de tierras a los pueblos.

El Plan de Ayala fue firmado en la villa de Ayala el 25 de noviembre de 1911, y en sus primeros artículos se desconoció a Madero como jefe de la Revolución y Presidente de la República, acusado de inepto y traidor a la reforma agraria. Este plan fue redactado fundamentalmente por Emiliano Zapata y Otilio Montaño, el mismo que al triunfo de Madero en lugar de gritar vivas al presidente como todos los demás, su grito fue "¡Abajo las haciendas y vivan los pueblos!". Montaño, maestro rural que desde el principio se unió a la revolución zapatista y que llegó a formar parte del estado mayor de la misma, se encargó de dar cuerpo y coherencia a las ideas de Zapata para su difusión y puesta en práctica. Para la aplicación del Plan, se nombraron comisiones agrarias que se encargaron del estudio de los límites y repartición de las tierras, se levantaron planos topográficos y se establecieron los linderos de los casi cien pueblos comprendidos en tierras de Morelos; a las comunidades se les repartieron la mayor parte de las tierras de cultivos, bosques y aguas, olvidándose, casi siempre, de las dos terceras partes que de acuerdo al Plan de Ayala pertenecían al hacendado.

"Cuando se fijaban finalmente los límites de un pueblo, y recibía éste la parte que le correspondía de una hacienda vecina, la comisión de distrito le daba la autonomía. De acuerdo con el

Artículo 6 del decreto de 1914, el pueblo podía conservar las tierras en propiedad comunal y distribuir los derechos de cultivo, o podría distribuir los títulos mismos a propietarios particulares, como quiera que quisiese hacerlo. Ni el estado ni el gobierno federal tenía jurisdicción en tales asuntos" (Womack, John. Zapata y la Revolución Mexicana. pp. 229-230). Ya muchos pueblos se habían apoderado de las tierras antes de que las comisiones iniciaran sus trabajos, pero aceptaron la proposición de legalizar esas propiedades; los topógrafos, junto con un grupo de representantes del pueblo, se ponían a revisar "la mapa" y los títulos de propiedad de los pueblos, títulos que muchas veces databan de tiempos virreinales; luego se determinaban los límites de las tierras, aunque a veces esto era muy difícil pues en "la mapa" el lindero estaba marcado por una piedra o por un árbol, por ello se tenía que consultar a los más ancianos para obtener datos "más precisos".

Aunque hubo reclamos injustificados y abusos por parte de algunos pueblos, parece ser que en general fueron moderados en sus ambiciones, y pudieron llegar a un acuerdo reconociendo la autoridad de las comisiones para las tareas de marcar deslindes.

Con respecto al gobierno de los pueblos, las elecciones serían directas, sólo los residentes del lugar podían votar y ser votados, los funcionarios ocuparían sus puestos por un año y únicamente después de dos años podrían ser reelectos; las cuestiones de presupuestos, ingresos y egresos, gastos municipales, tendrían que someterse a una junta pública y a su aprobación por mayoría, así como en cualquier momento se le podía

solicitar una revisión de cuentas; se trataba de ejercer el autogobierno de los pueblos.

Después del reparto de tierras, Zapata aplicó medidas sobre educación, finanzas, policía; se emitió moneda, se establecieron escuelas y se desconocieron las acciones de control, tanto federales como estatales, sobre los asuntos municipales en materia de administración política y hacienda; el cumplimiento de las leyes debería quedar al cuidado únicamente de los concejos de los pueblos.

Las ideas del zapatismo atrajeron la atención de diversos bandos revolucionarios, incluso de algunos radicales que militaban en el constitucionalismo carrancista; el mismo Villa rompió definitivamente con Carranza al encontrarse con el movimiento zapatista. La adopción del Plan de Ayala en la Convención de Aguascalientes era el primer paso para llevar a cabo una reforma agraria a lo largo y ancho de la nación, y de acuerdo con Zapata, sólo un régimen político constituido de acuerdo con el Plan, podría llevar a cabo esa reforma agraria; esto no sucedería si Carranza llegara a la Presidencia, él trataría de sofocar el movimiento campesino y acabar con su revolución, desafortunadamente así fue.

A pesar de las ideas nacionales de Zapata, éste, igual que Villa, circunscribió el movimiento a la región de Morelos, lo mismo que Villa a Chihuahua. En Morelos y Chihuahua estos líderes se sentían seguros de su poder y prestigio como dirigentes revolucionarios, sus raíces estaban en su tierra, entendida ésta

como su región, su jurisdicción; ambos se declararon incapaces de aspirar al gobierno central de la nación, no sabían qué hacer con "este rancho demasiado grande", según sus propias palabras. Ellos no necesitaban de puestos públicos, éstos los ocuparían otros a quienes solamente se les exigiría el cumplimiento de los principios fundamentales del Plan de Ayala, de lo contrario "les caería a machete" de Zapata, quien junto con Villa se encargaría de vigilar a quienes ejercieran el poder político.

La unión de Zapata y Villa decreció cuando cada uno regresó a su región, Zapata a continuar la reforma agraria en el estado de Morelos, Villa a seguir imponiendo su autoridad gracias a sus triunfos militares, en el norte del país; ninguno se sintió cómodo en la ciudad de México, su estancia en ella fue breve y la abandonaron a su propia suerte.

Los ejércitos de Villa y Zapata hicieron la guerra contra el ejército constitucionalista dirigido por Carranza y Obregón; Villa y Zapata, especialmente Zapata, proclamaban defender y representar la lucha económica, reforma agraria, de la Revolución, en cambio Carranza decía representar la causa política, el poder de la ley y la democracia liberal.

Sin embargo, poco tiempo después el movimiento zapatista se fue quedando solo y aislado en su estado de Morelos, abandonado por sus aliados inseguros, y defendido solamente por las armas de los pueblos de su estado natal, hasta que Guajardo acabó físicamente con la vida de Zapata en la hacienda de Chinameca.

Francisco Villa no gozó de las mismas simpatías de algunos intelectuales como pasó con Zapata, su impulsividad y agresividad sembraban desconfianza en quienes se fijaron en él; el mismo Ricardo Flores Magón no pudo vencer su antipatía por Villa desde que se alió con Madero.

Villa era un hombre del pueblo y luchaba confusa e intuitivamente por los explotados, caracterizado por una inestabilidad emocional que hacía imprevisibles y por ello peligrosas sus acciones. Andrés Molina Enriquez, quien conoció a Villa en la penitenciaría de la ciudad de México en donde ambos estuvieron presos, definió a Villa así: "... no era el bandido cavernario y feroz que se han esforzado por pintar los españoles y los criollos: era un indio -mestizo bien caracterizado-, mezcla de español y de indio en proporciones casi equilibradas; ranchero de buen parecer, alto, sano, robusto y vigoroso: de mirada escrutadora y penetrante: sencillez y llano en el decir: de escasa instrucción y de vastísimo talento natural: a la vez desconfiado y dominador: audaz y temeroso como ninguno". (Reed, John et al. "Francisco Villa. (1877-1923)" en "El Gallo Ilustrado", Supl. El día. No. 231. México, 27 Nov. 1966. p. 8).

Villa fue el prototipo de los rancheros del norte, libres productores y comerciantes en pequeño, influidos por su cercanía con los Estados Unidos, hacia donde con frecuencia iban a trabajar; una región con un importante desarrollo minero, especialmente en los estados de Sonora y Chihuahua, que dio lugar a una creciente población asalariada.

En el programa agrario de Villa se luchaba también por la tierra, pero dentro de los marcos de las relaciones capitalistas de producción, establecidas ya en gran medida desde los tiempos de don Porfirio; sus mismas tropas no exigieron el reparto de tierras. El grueso del ejército villista estaba constituido por vaqueros y mineros que nunca habían sido propietarios de la tierra, los hacendados existentes en esa región se habían organizado, fundamentalmente, no a través del saqueo de los pueblos como en el sur, sino mediante la ocupación de tierras baldías y terrenos nacionales.

El mismo Villa que en cierto momento se mostró convencido por el proyecto social del Plan de Ayala y que confiscó varias de las haciendas que había en Chihuahua, se detuvo ante la alternativa de repartir esas haciendas entre los campesinos, o de retenerlas administradas por el gobierno representante de las fuerzas del Norte. Villa decidió esto último con el propósito de obtener fondos necesarios para la compra de armamento a los Estados Unidos. Los administradores de esas haciendas fueron los propios generales villistas, quienes después manejaron esas tierras como si fueran suyas y se opusieron a la reforma agraria, así se formó una nueva casta de terratenientes.

Villa, a pesar de lo realizado, no tenía una idea clara en cuanto a la transformación social que se proponía. Repartió tierras entre sus peones y generales desarraigados, construyó escuelas, ordenó fusilamientos a traidores, ladrones y ebrios; soñó con un buen gobierno "y un buen representante".

Villa enarbolaba más esperanzas en el futuro de México que en planes concretos de acción, soñaba con una revolución que al triunfar acabaría con el hambre de los pobres y con el abuso de los ricos. "¡La Revolución es buena!", decía, cuando concluía no tendremos hambre nunca, "si Dios es bien servido". Un estado utópico de igualdad poblado por soldados y trabajadores a la vez.

La acción guerrillera de Villa sólo podía ser destruida, igual que la de Zapata, a través de la traición, y para ello los "Jefes Supremos de la Revolución Mexicana" fueron magníficos expertos, lo demostraron cuando Villa murió acribillado en el Estado de Chihuahua.

"Villa fue el único tipo revolucionario para el que no hubo fronteras, quizá por su enorme sentido humano y por su pintoresca leyenda. Los más remisos en conocerlo han sido muchos mexicanos, especialmente entre los grupos de los intelectuales -porque la intelectualidad dogmática es la última en comprender el instinto-. Oficialmente sigue siendo un proscrito para el que no hay derecho a honores ni gratitudes. Pero en lo íntimo del alma popular nunca fue condenado ... y ese es su monumento". (Reed, John et al. ob. cit. p. 8).

La regionalidad y limitaciones de los planes de Villa y Zapata, fueron neutralizadas y superadas con un proyecto de formar y fortalecer en México un Estado liberal. Carranza representó al ala pequeño burguesa de la Revolución, sus reformas no convencieron cabalmente a nadie, pero significó la

pacificación de México después de duros años de violenta lucha.

Carranza inició su campaña de reformas para debilitar a los convencionalistas y con ello a Zapata y a Villa, en diciembre de 1914 realizó reformas al Plan de Guadalupe; se incluirían un conjunto de "leyes" tendientes a mejorar la situación del trabajador. Esta versión corregida, mejorada y aumentada, estableció la necesidad de fijar un salario mínimo para los obreros textiles, la reducción de la jornada de trabajo, el establecimiento del día domingo como descanso obligatorio, el pago de indemnización en caso de accidentes. No se tocó el problema del trabajo de mujeres y niños, el de los sindicatos, de las juntas de arbitraje y del derecho de huelga.

Carranza pensaba que esta serie de reformas y otras más, serían un mero instrumento de control para el manejo de las masas; estas reformas sociales no formarían parte de la futura constitución política. Sin embargo, la presión ejercida por las masas de los trabajadores para seguir apoyando a Carranza, hizo que éste, aun en contra de su voluntad, aceptara que las reformas formaran parte de la Constitución de 1917.

Posteriormente a las primeras reformas, en el decreto del 6 de enero de 1915, con el propósito de ganarse el apoyo de los campesinos y debilitar a sus líderes, se estableció la concesión de tierras a las aldeas; los peones acasillados quedaron fuera de este programa agrario, a pesar de que representaban un alto grado de la población campesina. A las aldeas les restituirían tierras a través de la creación de la propiedad individual, no comunal, a

cambio de esto, a los latifundistas se les otorgó el recurso de amparo. La ley del 6 de enero dispuso la devolución de las tierras a los pueblos que les habían sido arrebatadas, mediante la presentación del título legal que demostrara el derecho a ellas; en caso de que algunos pueblos carecieran de tierras o de títulos, les serían entregadas tierras suficientes mediante la expropiación realizada por el gobierno, todo se haría a través de él.

Cuando Carranza llegó al poder, garantizó a la burguesía el ejercicio que haría de una política favorable; esta burguesía estaría integrada por "gentes diferentes": "los nuevos generales con un gran espíritu nacionalista, hombres de empresa diferentes a los saqueadores villistas o a los ilusos zapatistas"; la apropiación que harían de las riquezas no sería a través del saqueo o restitución a los desposeídos, sino gracias al inicio de una era próspera que permitiría el desarrollo de la industria y la producción agrícola a gran escala; para ello el régimen tenía que estar "oficialmente certificado y socialmente aceptado".

Carranza manifestó siempre un arraigado nacionalismo, así como la defensa del principio universal de la no intervención de los pueblos, la prohibición de privilegios especialmente para los extranjeros en nuestro país, la igualdad ante el Estado de nacionales y extranjeros. El estado no se identificaría con ningún sector social o grupo privilegiado, sería un organismo autónomo e independiente colocado por encima de las clases mismas, que lucharía por el bienestar común, conciliaría los intereses de las clases evitando con ello los choques sociales,

que únicamente iniciarían otra vez la violencia social.

Los principios de Carranza eran los del liberalismo decimonónico, lo mismo que Madero, pero con mentalidad de hacendado nortefío; sustituir un régimen de "opresión" como el del Porfiriato, por uno de "libertad" como el Constitucionalismo. Sus diferencias con Zapata y Villa no eran cuestiones políticas, era una lucha de clases representada por intereses contrarios. Carranza encabezó una corriente nacionalista y liberal que ni Villa ni Zapata entendieron; ellos no entendían de leyes y reformas constitucionales, su ley eran los hechos inmediatos y concretos, las leyes tardarían mucho en llegar, y de lo que se trataba era de tomar aquello que se les había arrebatado y que la Revolución había ofrecido devolver.

Sobre el carácter reformador o revolucionario de Carranza se ha escrito mucho, e incluso hay quien lo define como el hombre gracias al cual "triunfó la revolución" . "Venustiano Carranza, hombre austero, de preparación intelectual, político sagaz, con ideas que sostenía tenazmente, con habilidad para llevar a cabo sus propósitos, sensible a la experiencia y, por consiguiente, con aptitud para aprovechar las circunstancias. Férreo en los procedimientos y con el don de mando que había cultivado en puestos de responsabilidad, Carranza puso estas aptitudes al servicio de la revolución constitucional, hasta dirigirla al triunfo" (González Ramírez, Manuel. La revolución social de México. Vol. I, p. 474).

A pesar del argumento de Manuel González, no cabe duda que Carranza pensó en un movimiento reformista más que revolucionario, las reformas que se pondrían en vigor al "triunfo de la Revolución", serían obra del Estado constituido, no de las masas que participaron en la Revolución. Carranza sentía temor ante la posibilidad de que las reformas sociales futuras escaparan del control del Estado, esas reformas serían utilizadas como medios de manipulación de las masas, con ello se mantendrían siempre conformes ante el Estado, organismo cuyas funciones dirigiría su acción y sus demandas.

Se cumpliría con las exigencias planteadas por las masas y retomadas por Carranza, pero dentro de los límites y caminos que marcara el Estado; de lo contrario, lo único que podía suceder era un retroceso social. Para que ello no sucediera, el individuo debía permanecer subordinado al Estado, único organismo capaz de garantizar su propio desarrollo y el de la comunidad.

F.- IDEOLOGIAS E IDEOLOGOS DE LA REVOLUCION:

Es un gran riesgo para el investigador reducir a fórmulas y frases lo que significó la Revolución Mexicana, o la de explicar su desarrollo en base a la conducta de los líderes que trajeron tras de sí a las masas, aparentemente informes y sin convicciones propias.

La Revolución Mexicana tuvo primero un proceso de incubación, fue una etapa oscura y lenta, casi imposible de

señalar con certeza su inicio y expansión; una etapa en la que de manera queda y hasta medrosa se empiezan a hacer claros en el pueblo los sentimientos de desconfianza y odio hacia los agentes de la dictadura y hacia el mismo Dictador; se inician las primeras rebeliones sociales así como la obra ideológica de los nuevos intelectuales, éstos comienzan la crítica más o menos velada que despierta el recelo de D. Porfirio, quien extrema la represión hacia los inconformes, sin saber a ciencia cierta quiénes y qué tan peligrosos eran para su gobierno.

Ha madurado la primera etapa y estalla la revolución violenta, se liquida al viejo gobierno y se organiza un gobierno provisional semejante al que fue derribado, se coloca en el poder el bando social más fuerte económica y políticamente, se pasa al reconocimiento legal de un jefe supremo, se inician los cambios políticos y económicos necesarios para el desarrollo del país por el rumbo que se ha elegido; en todo este proceso de acomodo y reelaboración los intelectuales juegan un papel importante.

Al triunfo del "nuevo régimen" le sigue la moderna organización y consolidación de la nueva clase dominante, se "legitiman" los postulados revolucionarios, convertidos ahora en doctrinas que garantiza la permanencia de la situación lograda, esta doctrina es ahora la ideología hegemónica, se logra la cohesión de todos los sectores alrededor de la Revolución con un programa de acción e ideas nacionales; se destruyen las antiguas instituciones para crear otras nuevas que justificaran el movimiento. En la organización del nuevo sistema social y su legitimación jurídica e ideológica, los intelectuales tuvieron

una participación decisiva.

La Revolución Mexicana no puede ser reducida a un esquema explicativo, aplicable después a cualquier movimiento revolucionario. La Revolución debe ser captada en su propia naturaleza, en su propio proyecto diferente al que existía; un proyecto colectivo que, probablemente, fue planeado antes de ser construido, pero que puede ser analizado en sus representaciones mentales colectivas y en sus actos, enmarcados todos en una totalidad compleja.

La Revolución aparece como ruptura y construcción, al mismo tiempo que anula, recrea; la Revolución tiene su propia historia y su proyecto, y dará a los historiadores e investigadores la tarea de escribir incesantemente acerca de ella.

El periodo que comprende esta tesis es 1910 a 1917, corresponde a los años de máxima violencia revolucionaria hasta el triunfo del constitucionalismo con la elaboración de la Constitución de 1917. La ideología que acompañó este movimiento fue un nacionalismo férreo que expresaba el deseo de los mexicanos de limitar el poder económico de los extranjeros, la necesidad de administrar sus propias riquezas, regresar los bienes a la Nación, siendo el Estado el que se encargaría de la administración y reparto de la propiedad del suelo mexicano.

La Revolución Mexicana fue un movimiento político en el marco de una gran lucha de clases, significó la abierta rebelión del pueblo mexicano que venía incubándose desde el Porfiriato,

mismo que por su resistencia al cambio, desencadenó el estallido revolucionario.

Con respecto a las ideologías que acompañaron a la Revolución, don Alfonso Reyes afirmó que la Revolución se desarrolló al margen de las ideas, brotó de un impulso más que de un proyecto; según Reyes la Revolución no fue planeada, su crecimiento y desarrollo fue natural, sin un cuadro de principios rector. Los planes elaborados con anterioridad, fueron echados a un lado por la corriente incontrolable de las masas a las que esos mismos planes nunca pudieron controlar, el camino de la Revolución se fue aclarando en la medida en que caminaba, y en la marcha fue cuando descubrió sus raíces más profundas y precisó sus metas.

Frente a la ausencia de auténtico programa ideológico, las instituciones sociales apenas si eran un mero proyecto impreciso, la figura del caudillo iba a ser el autor de todo el movimiento, el ejército, en la mayoría de las veces se trató de ejércitos improvisados, seguiría a la figura del caudillo, éste sería capaz de controlar al país desmenuzado por una interminable guerra civil. El caudillo sería un militar encumbrado y afamado por sus grandes hazañas guerreras, su acción militar llegaría hasta el campo político. Para Alfonso Reyes, la Revolución "... nació casi ciega y, como los niños, después fue despegando los párpados. La inteligencia la acampaña, no la produce: a veces tan sólo la padece, mientras llega el día en que la ilumine" (Reyes, Alfonso. "Pasado inmediato". Obras Completas. T. XII. p. 186).

Sobre la carencia de una ideología rectora antes y durante la Revolución Mexicana, está de acuerdo el historiador Jesús Silva Herzog. J. Silva Herzog afirma que en la Revolución domina lo circunstancial, no puede verse por ningún lado los fines a los que se dirigía; su primer propósito fue derrocar a Porfirio Díaz, pero esto sólo fue el inicio, después continuaron las luchas entre los caudillos y sus diferencias personales, más que políticas, sin un programa económico previamente establecido; la Revolución se fue afirmando poco a poco en el camino y en la lucha diaria, en las fricciones entre los caudillos y en el desbordamiento de las pasiones populares.

En el mes de mayo de 1911, al triunfo del movimiento maderista, apareció un folleto firmado por Jorge Vera Estañol, quien ocupara las Secretarías de Instrucción Pública y de Gobernación cuando finalizó el gobierno porfirista. En ese folleto se lanzó la convocatoria para reorganizar el Partido Popular Evolucionista, esta convocatoria estuvo precedida de una crítica a la revolución de Madero y entre sus ataques se señaló: La Revolución no dio un programa de reconstrucción, la Revolución tenía los mismos vicios que el gobierno del general Díaz, además la Revolución no había podido construir lo que se había destruido. A estos ataques Luis Cabrera contestó que ninguna revolución se había hecho para dejar en su lugar las instituciones anteriores, además la etapa de reconstrucción, posterior a la revolucionaria, estaba por iniciarse.

A la defensa del evolucionismo se unieron personajes importantes para la Revolución como el Gral. Felipe Angeles,

Angeles se oponía a las medidas revolucionarias como podía ser la distribución de las tierras, que significaba, según él, un acto de rapiña en contra de los poseedores de la riqueza; Angeles y Vera Estafol confiaban en que la evolución sustituiría y sucedería a la revolución violenta, además, el evolucionismo era el único camino acertado para reencontrar la paz destruida por la lucha.

Los estudios hechos por Leopoldo Zea sobre el positivismo en México, afirman que la Revolución Mexicana no contó con una filosofía como si la tuvo, por ejemplo, el movimiento liberal de Reforma. El positivismo, ideología dominante durante el Porfiriato, con su dogmatismo pseudocientífico, ya no satisfacía los anhelos de renovación existentes en los intelectuales de la época, se tenía encadenado al pensamiento repitiendo las mismas "verdades" defensoras del orden establecido, se negaba cualquier posibilidad de cambio; era la defensa de lo estático frente a lo dinámico, la evolución frente a la revolución. Había que eliminar de las aulas estas bases ideológicas, mismas en las que se había apoyado la burguesía mexicana durante el gobierno de Díaz.

Entre los intelectuales de la época se encuentran los integrantes del Ateneo de la Juventud, Antonio Caso, José Vasconcelos, Bernardo Reyes, Isidro Fabela, Pedro Henríquez Ureña, Martín Luis Guzmán, Carlos González Peña estudiantes, escritores, artistas, profesionales, etc. Aunque los ateneístas probablemente no se lo propusieron, sí sentaron las bases de una revolución ideológica, a pesar de que no fueron los teóricos de

la Revolución, si fueron los que entablaron una batalla antipositivista que logró remover las conciencias intelectuales del país. Sin embargo, los ateneístas destruyeron la filosofía positivista, pero no construyeron ni ofrecieron otra a cambio, permitiendo que los hechos se impusieran a las ideas, curiosamente, lo mismo que establecía el positivismo que había sido impugnado como contrarrevolucionario.

Las ateneístas parecían asfixiarse en el positivismo porfiriano, Antonio Caso afirmó que el positivismo había triunfado al establecerse un gobierno que nunca se propuso un ideal, integrado por individuos que parecían también no tener ninguno; Vasconcelos sostuvo que bajo el Porfiriato la medida de todos los valores había sido el oro, se había logrado el crecimiento económico a través de la represión y la explotación, más tarde afirmó que el Porfiriato era un cadáver que solamente esperaba su sepultura. Alfonso Reyes afirmó que el Dictador había entrado en el camino de la vejez y de la soledad, entre Díaz y el pueblo se abría un abismo y el pueblo quería escoger por sí mismo; también Henríquez Ureña criticó al positivismo por ser una filosofía definitiva en sus afirmaciones, reprimiendo con ello a los intelectuales.

En el terreno político los ateneístas contrastaban entre sí, Antonio Caso fue reeleccionista, Alfonso Reyes, por razones obvias, siguió el camino de Bernardo Reyes; Vasconcelos fue antirreeleccionista, esto lo separó de sus compañeros, tanto como su catolicismo lo separó de Martín Luis Guzmán y su defensa por el liberalismo; pero todos tenían, al principio de la Revolución,

una gran fe en el progreso que vendría después de la violencia, su desarrollo sería de acuerdo a los senderos de la evolución social.

Algunos ateneístas combatieron a la Revolución, otros permanecieron al margen, y otros más, como José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán, participaron activamente en ella. Pero, lejos de que los ateneístas fueran un fenómeno fecundador del movimiento revolucionario, fue más bien el resultado de la descomposición misma del Porfiriato; los ateneístas exigían libertad intelectual, derecho a la discusión de los principios de la metafísica y a criticar los fundamentos del positivismo; esta actitud crítica frente al positivismo y a la falta de libertad intelectual, siguió paralela al movimiento político liberal maderista, ambos constituyeron la etapa inicial de la Revolución Mexicana. Los ateneístas no estaban, salvo excepciones, ligados a los grupos políticos, sólo se propusieron una renovación de ideas; no fueron precusores ni colaboradores en la elaboración de planes, decretos, manifiestos, se limitaron a criticar la filosofía positivista impuesta durante la dictadura de Díaz, a trabajar en la aulas universitarias y en las asociaciones científicas de la época.

El atraso material del país se presentó como el obstáculo principal para promover el desarrollo, el Estado, máximo organismo encargado del desenvolvimiento material del país, debía dar soluciones políticas, la política sería un valor absoluto para el desarrollo de México; esto concuerda con lo que sostenían

los porfiristas. Con respecto a la propiedad privada, ya no se trataba de un privilegio como en el Porfiriato, los intelectuales defendieron la propiedad privada como fruto del esfuerzo del individuo, garantizada por un Estado mexicano encargado de dirigir y definir su formación y desarrollo.

La ideología dominante quedó directamente en las manos de los grupos políticos que detentaron el poder del Estado, esto lo hicieron a través de soluciones prácticas conforme a la política estatal; mientras, los intelectuales al servicio del grupo dominante, se dedicaron a sugerir medidas técnicas que permitieron el ejercicio de esa política. En este proceso, los intelectuales de las clases dominantes integraron en su bloque a algunos de los de las clases subalternas, lo hicieron con el propósito fundamental de dejarlas sin dirección ideológica; esto sucedió con algunos ideólogos del más puro Zapatismo cuando se pasaron al bando del constitucionalismo carrancista, especialmente a partir de 1917.

La Revolución fue gobernada por diferentes corrientes intelectuales, los ateneístas con su lucha sorda contra el positivismo, Madero obsesionado por sus ideas liberales y democráticas como remedio para los males de México, Zapata viendo en el reparto de tierras el camino para la solución de los problemas económicos del campesino mexicano, sin aclarar la situación del proletario urbano; Villa, después de sus contactos con el zapatismo, con ideales del tipo agrario-obrero que manifiestan sus relaciones con el desarrollo industrial del país en la región del Norte, Carranza con su oportunismo

constitucional en provecho de la clase dominante, quitando a los obreros y a los campesinos sus banderas de lucha, e incorporándolas, para beneficio de la burguesía dominante, en la Constitución del 17.

Las reformas que se realizaron en el desarrollo de la historia de México, no modificaron en lo fundamental la estructura clasista de la sociedad; la Revolución demostró ser obra de las clases medias mexicanas, y por lo tanto no fue más allá de los intereses de esas clases, sin embargo, en el movimiento se incorporaron grandes masas rurales y urbanas que promovieron demandas inmediatas y que presionaron fuertemente. Se prometió acabar con los terratenientes y en algunos lugares se estaba haciendo, se empezó a repartir la tierra, aunque sin mucha prisa, se legisló sobre el reparto agrario y el trabajo obrero; estas reformas se dieron a costa de las antiguas clases. La Revolución no fue, ni se le permitía ser, radical en los cambios sociales, éstos sólo se dieron siempre y cuando no peligrara la estructura clasista de la nueva sociedad mexicana. "La desigualdad no desapareció, simplemente adquirió una nueva forma que de súbito se legitimó, por obra de las mismas reformas sociales" (Córdova, Arnaldo. La ideología de la Revolución Mexicana. p. 210).

Los intelectuales de las clases medias no podían crear una revolución por sí mismos, necesitaron de la participación de los dirigentes de otras clases para el derrocamiento de Díaz; en esta singular combinación se unieron hombres con un marcado

nacionalismo, hombres de negocios que se sentían restringidos en sus propósitos por Díaz, hacendados resentidos, una burguesía económica y socialmente bloqueada; pero, principalmente, grandes grupos campesinos que se unieron desde un principio a Madero, convencidos por el reparto de tierras que haría al derrocamiento de Díaz. Todos se unieron en su lucha contra un sistema en el que se sentían oprimidos e imposibilitados para crecer en sus propósitos.

Frente a la tesis de que la Revolución Mexicana careció de una ideología inicial y que la acompañara durante su desarrollo, Arnaldo Córdova asegura que lo verdadero es exactamente lo contrario; la Revolución sí tuvo una ideología que se sirvió de una filosofía para su justificación política, aunque pocos revolucionarios manifestaron abiertamente se credo filosófico, pero quienes así lo hicieron, se mantuvieron congruentes en su teoría y en la práctica. La Revolución no creó una filosofía, pero sí se apropió de otra a través de los intelectuales que se unieron a ella como Wistano Orozco, Andrés Molina Henríquez, Luis Cabrera, Pastor Rouaix, Salvador Alvarado, Antonio Manero, José Diego Fernández, José Covarrubias, Fernando González Roa, Roque Estrada, Félix F. Palavicini, Carlos Trejo Lerdo de Tejada; algunos de ellos diputados del Congreso Constituyente del 17 como Lara y Múgica, quienes de la misma historia del pueblo mexicano, especialmente en su época precortesiana, tomaron algunas ideas como la de contar con un Estado, fuerte, único y primer propietario del territorio y generador de la propiedad privada.

Algunos de los fundamentos del positivismo que habían sido tan atacados volvieron a cobrar vigencia, por ejemplo, se llegó a explicar a la Revolución más que como un rompimiento, como una conclusión natural del orden material, que venía a demostrar la necesidad de las leyes a las que debía someterse el hombre, además de la superioridad de los hechos sociales con respecto al hombre a quien se le imponen independientemente de su voluntad; los hombres son tan sólo una célula del organismo superior que es la sociedad. "Biologismo, atavismo, ley natural, organicismo y otros conceptos como éstos son recurrentes en las explicaciones aventuradas por los revolucionarios sobre los problemas sociales; como los positivistas porfirianos, también los revolucionarios pensaban y actuaban con la conciencia de que los hechos y ellos mismos, como individuos, se inscribían en los marcos de un proceso natural cuya necesidad no se discutía siquiera". (Córdova, Arnaldo. "La filosofía de la Revolución Mexicana" en Cuadernos Políticos, No. 5, p. 101).

La ideología de los iniciadores de la Revolución tuvo gran importancia en la preparación mental de las masas para el levantamiento armado del 20 de noviembre de 1910. Madero le dio a su propio pensamiento un carácter liberal-democrático; se proclamó primero por la defensa de la libertad, la propiedad privada y las garantías y derechos individuales; frente a una red complicada de ideas colectivistas, positivistas, socialistas, utópicas, anarquistas, anarco-sindicalistas, cooperativistas, etc. Madero logró una síntesis de ideas propias y extrañas dentro de un marco de hondas contradicciones sociales.

Los intelectuales revolucionarios representaron el disentimiento de familias oligárquicas, de familias de clase media y de gente joven; algunos de los intelectuales fueron periodistas, otros profesionales, hombres de negocios e hijos de terratenientes que reflejaron las crisis económicas y las tensiones sociales que afectaron a sus clases, por ello buscaban nuevas condiciones políticas e introducir una democracia liberal en México.

Algunos de los intelectuales de la época iniciaron sus tareas en el periodismo y la oratoria pública, en ellos manifestaron su oposición a la política de Díaz. Filomeno Mata, fundador del Diario del Hogar, durante 30 años mantuvo un implacable ataque contra el régimen de Don Porfirio, en 1911 cedió su puesto a Juan Sarabia quien continuó la línea de Mata, denunció la explotación de los campesinos por los terratenientes, el fraile y los extranjeros. La injerencia de los monopolios en la explotación de las riquezas del país, el sistema de la leva y la tienda de raya, la existencia del Valle Nacional y los campos henequeneros de Yucatán donde fueron enviados los que se atrevieron a protestar contra la dictadura de Díaz, la monopolización de las tierras, la falta de toda libertad política y derecho al sufragio para la mayoría, en fin, la muerte de la Constitución del 57.

Las clases medias, representadas principalmente por Madero, entraron en escena pregonando la bandera del liberalismo; los liberales temían a la violencia de las masas populares, por ello

querían conjurar el estallido violento de la Revolución. Los liberales se proponían desplazar al grupo de los "científicos" de la hegemonía ideológica, derrocar al dictador proimperialista, tener acceso al poder; planeaban hacerlo por la vía pacífica de las leyes y el sufragio libre y efectivo en las nuevas elecciones presidenciales. Los liberales, encabezados por Madero, lanzaron su campaña antirreeleccionista contra Díaz y postularon al mismo Madero como candidato a presidente; sin embargo, los sucesos violentos hicieron que los proyectos pacifistas y liberales del inicio, se radicalizaran en favor de la violencia, no con el apoyo de Madero, quien siempre se opuso a ella en favor de la alianza y el compromiso de las clases y los sectores sociales.

Algunos intelectuales continuaron en la línea de compromiso con los sectores populares, en el año de 1912, Juan Sarabia afirmó ante el Congreso que la Revolución se había desorientado, que no se habían cumplido las promesas hechas a los verdaderos revolucionarios sobre las cuestiones agraria y obrera, que el triunfo de la Revolución no consistía sólo en la sustitución de Díaz por Madero. Los hechos posteriores mostraron que los ideólogos revolucionarios, en su mayoría, no lucharon por la liberación del trabajador y por el reparto justo de la riqueza. Desde la época maderista, la política mexicana estuvo en manos de moderados y reformistas. nadie propuso la destrucción del sistema capitalista, sólo su modificación. "Según Alberto J. Pani, Secretario de Industria, Comercio y Trabajo en el gobierno de Carranza y más tarde miembro del gabinete de Obregón, los revolucionarios mexicanos no emprendieron una cruzada por

alcanzar una "nivelación socialista utópica", sino para construir una sociedad que permitiera a todos enriquecerse de acuerdo con su trabajo, inteligencia y economía" (Ruiz, Ramón Eduardo. La Revolución Mexicana y el movimiento obrero. p. 141).

En el terreno jurídico-político se logró un Estado de carácter liberal, se estableció la igualdad política de los ciudadanos, se garantizó la libertad de palabra y cultos, el Estado quedó como guardián y garantía de los intereses particulares, se reforzó la separación de la Iglesia y el Estado, la adopción de la forma de gobierno de una República Democrática, representativa y federal, el respeto a la soberanía de los estados, la división de los poderes, la propiedad privada como garantía de la democracia política, la desaparición del trabajo obligatorio o gratuito, la liberación de la fuerza de trabajo en el campo para operar dentro del mercado competitivo. Todo esto se estableció en la Constitución de 1917.

La Revolución Mexicana se inició en 1910 como una protesta contra la reelección y la falta de elecciones democráticas válidas, pero, una vez iniciada la violencia, ésta ya no pudo ser contenida. En ella se mezclaron hombres de todos los rumbos del país, de todas las vertientes ideológicas persiguiendo ideales y metas distintas; para el campesino la Revolución era el reparto de tierras, para el obrero la regulación del trabajo en las industrias, para el político liberal alcanzar la República Democrática, para el abogado y algunos intelectuales la elaboración de un orden jurídico, para el comerciante la liberación absoluta del comercio, para el industrial la plena

producción capitalista, para las clases medias el ascenso al poder; a medida que avanzaba la Revolución, se fueron aclarando las ideas sobre de la reconstrucción de la nueva sociedad.

En el terreno político se presentaba un gran desorden en el país, nadie mandaba como gobernante supremo del mismo, aunque varios decían serlo; mientras los carrancistas querían imponer el "orden" de la legalidad burguesa, los ejércitos campesinos imponían las leyes elementales de la guerrilla y la usurpación directa de las tierras. "La marea de fondo campesina sube desde todo el país, golpea sobre cuanta situación política y militar se le opone o intenta oponerle diques, violentamente pesa para cambiar la relación de fuerzas que las maniobras políticas o las luchas militares han establecido en el momento del triunfo, y golpea sin que los mismos jefes tengan comprensión clara de ello, lo provean o se lo propongan conscientemente". (Gilly, Adolfo. La revolución interrumpida. p. 118).

Sin embargo, la desilusión sobre los resultados de la Revolución vino pronto. A pesar de que aparentemente este movimiento social continuaba: las tierras habían sido tomadas por los campesinos y el "progreso" seguía su marcha. Todo esto había chocado contra un gran muro, la ausencia de un programa nacional político propio de las masas campesinas y obreras como fuerzas independientes, ya habían luchado por lo que les tocaba: acabar con la hacienda y con el poder político de los hacendados; ahora ya no les tocaba a ellos dirigir la política nacional, debían dejar a los gabinetes -como decía Villa- que se aprovecharan de

la guerra hecha por los hombres ignorantes.

De aquí en adelante la Revolución se constituyó en un poderoso instrumento ideológico de dominio, en motivo de exaltación de falsos nacionalismos y en una inagotable fuente de retórica demagógica; pero también, en un inagotable reto para la búsqueda de su verdad. Se asiste a la caída de un movimiento social nacido y guiado en sus principios por fines generosos, fines que después se perdieron entre las pasiones y los intereses de unos cuantos, quienes aprovecharon la Revolución en su beneficio, y guiaron al país por el sendero que ellos habían planeado, sin importarles los hombres caídos durante ella y que lucharon por algo muy distinto. "A saber: que el capitalismo mexicano es el fruto de una revolución popular traicionada, como si dijéramos un producto de las desviaciones del proyecto original de la revolución mexicana y no su consecuencia histórica cabal" (Gilly, Adolfo. "Ovación, demostración y prólogo" en Interpretaciones de la Revolución Mexicana. p. 12).

También la Revolución Mexicana se convirtió en tema para los novelistas y escritores mexicanos, a través de sus libros pintaron y analizaron el período violento que se inició desde el ascenso de Madero a la Presidencia.

La Revolución Mexicana se convirtió en un tema inagotable de inspiración literaria, en la novela de la Revolución Mexicana se abordan los mismos temas y problemas que en las obras históricas; comparemos pues con las novelas la historia de la Revolución Mexicana y las ideologías que la acompañaron.

II.- LA SOCIEDAD Y EL ARTE.

El arte como producción humana ha sido definido como una actividad comprometida con su tiempo y su realidad social; frente a esta definición hay quienes defienden al arte "como arte puro", plenamente inocuo, un producto de la pura intuición y genialidad del artista, quien logra "separarse" de su realidad, captar su propio mundo y plasmarlo en su obra. Se trata de un artista que existe al margen de la comunidad, su independencia y autonomía de los hombres y de los hechos es la garantía de la pureza y excelcitud de su obra.

En el otro extremo de esta línea tenemos las interpretaciones "sociologistas radicales", éstas no reconocen en el arte ningún valor propio o intrínseco, aseguran que el arte, en sus diversas manifestaciones, únicamente refleja a la realidad social en la que surge; así se reduce todo el problema estético a una sociología del arte, quedando muchos fenómenos sin explicar como es la aparición de creaciones artísticas que rebasan su propia época. Las producciones que no responden de manera exacta a la época en que fueron creadas, y aparecen adelantadas a ellas o viceversa; si se acepta el arte como mero reflejo de las condiciones sociales, ¿cómo se explican tales fenómenos?.

Si se quiere analizar el problema del arte, se deben abandonar las posiciones extremas "que lo explican". Por un lado posiciones sociologistas que cubren el arte de un carácter ideológico, ideologizan el arte, el arte es sólo y únicamente una manifestación ideológica, por ello debe ser analizado como tal,

no como una esfera con caracteres propios o peculiares, sino como la manifestación a nivel superestructural de las condiciones materiales de una determinada sociedad. Por otro lado, la posición que le niega al arte todo carácter ideológico, en él no se manifiesta ninguna realidad social, una realidad a nivel de ideas que guíen al pensar y el actuar de la comunidad; el arte es una producción alejada de toda ideología social, solamente responde a las esferas subjetivas y sentimentales del artista, por ello refleja el mundo íntimo y propio del creador ajeno a la "contaminación social", luego, el arte no es un camino correcto para hallar en él manifestaciones ideológicas, se trata de un arte "no comprometido" con la realidad objetiva, únicamente se compromete con el artista mismo.

Las relaciones existentes entre arte y realidad, arte e ideología, forman un todo complejo; en él se teje una fina red de contradicciones y es complicado hallar sus fronteras.

Entre las condiciones históricas concretas y la creación artística existe un nexo imposible de negar, no se trata de una relación llana y sin bordes, es un juego dialéctico el que entre ellas se establece; sin embargo, en esa riqueza de tonos y matices se encierra todo un mundo de descubrimientos que permiten comprender la complejidad de una sociedad como un todo.

La ideologización del arte ha intentado fundamentar sus tesis en el pensamiento marxista original, y es cierto "... el marxismo ha insistido vigorosamente en la naturaleza ideológica de la creación artística. De acuerdo con sus tesis cardinales

sobre las relaciones entre la base económica y la superestructura, el arte forma parte de esta última, y, en la sociedad dividida en clases, se halla vinculado a determinados intereses de clase, sociales. Pero su expresión ha de cobrar forma; las ideas políticas, morales o religiosas del artista necesitan integrarse en una totalidad o estructura artística que tiene su legalidad propia. Como resultado de este proceso de integración o formación, la obra artística parece dotada de cierta coherencia interna y autonomía relativa que impiden su reducción a un mero fenómeno ideológico". (Sánchez Vázquez, Adolfo. Las ideas estéticas de Marx. pp. 26-27).

Las relaciones entre arte y sociedad no están dadas de una vez y para siempre, al igual que la realidad social, el arte está sometido al permanente proceso de la historia; cambia la sociedad, cambia el artista y su arte. Entre arte y sociedad no existe una relación causa-efecto, sino que con el cambio de las formas sociales tiene que cambiar la manera como se perciben y se explican, así como la manera como se expresan a través del arte. En ocasiones, entre el artista y la realidad existen lazos de concordancia, en otras de absoluta diferencia y oposición; el arte justifica, encubre, muestra o denuncia la realidad social, pero no permanece indiferente.

La superestructura social manifiesta intereses de clases, estos intereses son más fáciles de identificar, por ejemplo, en las ideas políticas que en las creaciones artísticas; en éstas participa la individualidad propia del artista, que como un

individuo social, inmerso en una comunidad y con ello en una serie de relaciones sociales, deja en su obra su sello, su estilo, su mundo personal. En el campo del arte no se plasman con evidente claridad los intereses sociales que representa, pero es innegable que la ficción e imaginación del artista y la realidad social están ligadas. El arte no queda inmerso y confundido con la realidad, a pesar de su condicionamiento social trasciende esa condicionalidad y alcanza una autonomía que le permite ser reconocido con caracteres propios; establecer corrientes, géneros y escuelas.

En el arte se mezclan la creación del artista y la realidad a la que se refiere, por esto tiene una importante función para el conocimiento de un pueblo, sin perder de vista su dimensión estética y creadora. El arte es un medio de autoafirmación del artista, le permite exteriorizarse y dejar su huella en la historia creando objetos bellos, transformando la materia, sin embargo, la verdad que nos entrega a través de su obra tiene validez objetiva, ésta es la que nos permite el análisis social.

A.- LA LITERATURA COMO FORMA DE CONOCIMIENTO.

Aristóteles en su libro sobre la poética defendió la superioridad de la literatura sobre la historia, la poesía es superior a la historia, afirmó el estagirita, porque nos cuenta "lo que podría ocurrir", en cambio la historia sólo nos narra "lo que ha ocurrido"; además, la poesía se ocupa de verdades universales y la historia tan sólo de hechos particulares, la

poesía trata de verdades más perdurables que la historia, la poética permite mayor libertad a su autor que la historia al investigador, el artista puede desprenderse de los hechos, el historiador no, el artista puede, gracias a su imaginación, unir la realidad y la ficción, lo que es y lo que debiera ser, lo real y lo ideal, e incluso "utilizar" las verdades de la historia. "La novela suele contarnos una historia imaginaria. Las ciencias sociales, en cambio, que desde el desarrollo del positivismo han aspirado a ser verdaderas ciencias, tratan de postular una serie de proposiciones, relacionadas entre sí, con las pruebas que las pueden corroborar, acerca de lo que consideran que es el mundo real". (Berger, Morroe. La novela y las ciencias sociales. p. 372); así la literatura, en este caso la novela, y las ciencias sociales son dos maneras de contar la historia de los pueblos y de los hombres. Sin embargo, en la historia hay una ordenación de juicios y de ideas que no pueden dejar de poseer un orden científico, en la literatura, hay una percepción y manifestación de vivencias y expresiones, que representan una manera personal de conocer y sentir a la realidad.

La historia, en la búsqueda de su objetividad y científicidad que aseguren su validez y utilidad como ciencia, se parece a la literatura, a la novela en especial, en la que también se critica a la realidad social; los historiadores juzgan los sucesos, las personalidades y los grupos a los que dedican sus investigaciones, a pesar de que el historiador, al menos en su acepción positivista, intenta ser objetivo e imparcial con respecto a los hechos que explica.

El artista se acerca a la realidad para expresar en su obra la vivencia del mundo que correspondió a su tiempo y a su clase, por ello, el examen de una obra artística permite conocer un momento dado de la historia, analizando la respuesta del artista a la experiencia que vivió; el arte muestra una realidad vivencial, una experiencia en la cual no funcionan igual las reglas de la concordancia y verificabilidad objetivas de la ciencia, pero no por ello el arte deja de ser una fuente importante para el conocimiento social.

"Los verdaderos sujetos de la creación cultural son los grupos sociales y no los individuos solos" (Goldmann, Lucien. Pour une sociologie du roman. p. 16), pero el individuo actúa partiendo del grupo a partir de una situación social desde la cual da significación "objetiva" a los hechos.

Lo que el artista narra a través de una obra literaria, está íntima e indiscutiblemente afectado por una circunstancia social, el artista está "determinado", enconcomillé esta palabra para evitar concepciones mecanicistas, por la realidad social en la que vive, por ello la literatura sirve al análisis social, luego la novela tiene una función cognoscitiva importante para el conocimiento de la sociedad a la que se refiere.

Entre la literatura y la realidad, existe un puente ideológico que guía las significaciones que se les dan a los hechos que van a integrar la obra, entre estos campos existe un proceso dialéctico.

Otra semejanza más entre la literatura y la historia es su carácter predictivo, aspecto importante de las ciencias; tanto una como otra preparan al lector para prever lo que ocurrirá. Sin embargo, el artista tiene la posibilidad de hacer en su obra que los hechos futuros se cumplan tal y como él los pensó. Esto no puede suceder en la historia, en ella sí existe la predicción, pero no con la precisión con la que lo hace el artista en su mundo creado.

La predicción de acontecimientos a partir de los hechos dados en el pasado, constituye una guía para entender el presente y prever algunos sucesos del futuro; es en este terreno que la historia y la literatura se ayudan mutuamente, y se puede comparar, hasta cierto punto, el escribir historia con el escribir novela, más aún si la obra histórica y la novela se ocupan del mismo hecho.

Detrás de la obra del escritor existe un condicionamiento económico, histórico y social que influye en esa obra; así la literatura es un medio de expresión del sentir y del pensar del autor, que le permite difundir sus ideas y que puede servir de orientación ideológica a los lectores. Aquí me estoy refiriendo a producciones tales como la novela, el folleto, los pasquines, el cuento, las caricaturas, el corrido, etc.

A través de la literatura se comunica una serie de valores y posturas frente a la realidad social, una manera de interpretar la contienda de las clases sociales y sus contradicciones, una variedad de conceptos y explicaciones, pues a pesar de los

elementos comunes de algunas novelas, por ejemplo que se ocupen del mismo suceso, los escritores poseen cualidades diferentes. Además, expresan en sus obras algunas caras de la realidad que no se hicieron presentes al investigador científico, o que éste las ignoró por su aparente escasa importancia para la ciencia.

Lukács asegura que existe una importante semejanza entre la estructura de la novela clásica y la de la sociedad burguesa en ascenso, en ambas se da la aparición de héroes problemáticos y de una sociedad degradada, contrastando la existencia de valores auténticos con un mundo degradado y diferente; esta degradación es el resultado de un mal ontológico, más que del propio avance de la sociedad.

Goldmann hace eco de esta hipótesis al afirmar que al surgimiento de la novela, el mundo está regido por la degradación universal y la de la propia conciencia, de ahí la imposibilidad de experimentar la realidad esencial y verdadera.

Los personajes de las novelas son conscientes de esta realidad degradada, de ahí su carácter ético, donde la relación entre los valores se ha convertido en un cambio puramente cuantitativo; una ruptura total entre la esencia y la apariencia, la vida interior individual y la social.

La evolución de la forma novela, afirma Goldmann, corresponde al mundo del valor de cambio, de la cosificación y de la medida en detrimento de las representaciones tradicionales; en la novela se refleja una realidad dinámica en búsqueda del

equilibrio perdido, la novela corresponde a la estructura mental de un grupo social y un mundo que no corresponde a esa estructura social.

Los novelistas encuentran una contradicción interna entre el individualismo como valor universal engendrado por la sociedad burguesa, y las limitaciones que esta misma sociedad impone para el desarrollo de los individuos, la caracterización de una economía de monopolio en todas las cosas, frente a la libre concurrencia, la desaparición de los individuos frente a dioses periódicos y vacíos.

La novela es por esencia crítica y de oposición, es una forma de resistencia a la sociedad burguesa en desarrollo, resistencia individual que no crece en el seno del grupo; pero los escritores no presentan otra forma de desarrollo que corresponda a esos valores y aspiraciones efectivos de la pequeña burguesía, así las novelas se convierten en planteamiento de problemas, no de soluciones.

La novela permite, de manera muy especial, la capacidad de comprender tanto los elementos sensibles de la realidad como aquéllos que no lo son tanto; en la novela se presenta más o menos una visión coherente de ella, que se comunica a los demás; en la novela no sólo se capta la realidad, sino que se hace un análisis e interpretación de la misma. Sin embargo, el novelista no hizo su obra para escribir historia, sino que a partir de una realidad concreta, creó un mundo imaginario y lo relató en la forma más bella posible.

Escribir novela y escribir historia son dos procesos diferentes, al novelista le está permitido todo, e incluso está obligado a mezclar la información que tiene con los datos de su imaginación; el artista inventa a partir de lo dado, ya sea para cambiar la realidad o para aumentarle algo.

El relato contenido en una novela no puede confundirse con el fenómeno histórico social concreto que lo produce y al cual se refiere, el texto de una novela está también condicionado y estructurado bajo sus propios cánones estéticos, a partir de ellos el autor comunica al lector un punto de vista muy peculiar, y es a través de esa comunicación que el lector participa del mundo creado por el escritor en su obra.

Se trata, entonces, de acercarse al texto literario de manera que permita comprender las vivencias y representaciones estéticas del autor, así como sus determinaciones sociohistóricas concretas, y encontrar en él la ideología del escritor y la del texto mismo.

Las contradicciones sociales definen la lucha ideológica, ésta determina los contenidos concretos de la conciencia social, los cuales son aprehendidos y representados, entre otros medios, por la novela. "Si no se puede pensar al individuo fuera de la sociedad y por consiguiente, si no se puede pensar ningún individuo que no esté históricamente determinado, es evidente que todo individuo, también el artista, y toda actividad suya, no puede ser pensada fuera de la sociedad, de una sociedad determinada. El artista por lo tanto no escribe, pinta, etc., es

decir no "señala" exteriormente sus fantasmas sólo para "su recuerdo", para poder revivir el instante de la creación, por el contrario, es artista sólo en cuanto señala exteriormente, objetiviza, historiza sus fantasmas". (Gramsci, Antonio. Literatura y vida nacional. p. 83).

B.- LA NOVELA DE LA REVOLUCION MEXICANA.

"La tarea del sujeto histórico, en el presente caso del artista, consiste únicamente en hacerse consciente y reproducir la citada realidad de la sociedad, que se desarrolla de un modo partidista". (Lukács, György. Sociología de la Literatura. p. 81). El contenido de la novela es la historia del alma que sale para conocer el mundo exterior en busca de aventuras, y en esas aventuras encontrar su propia esencia. Se descubre un mundo externo caótico, "dejado de la mano de dios", afirma Lukács, falta de substancia, poseído por héroes "demoniacos", un mundo incomprensible que aparecía transparente y diáfano como el cristal, pero en el que no se encuentra ningún camino de salvación.

Los escritores de novelas eran intelectuales que podían conocer los hechos aislados, individuales, o integrando un todo, pero separados de la realidad contradictoria del proceso general, de ahí sus sentencias morales de valor sobre los hechos.

Las novelas no contienen la falsedad, pero sólo son una parte de la verdad, la verdad parcial es desprendida de la

realidad que puede convertirse en una desfiguración de la verdad, pero en esta verdad parcial se puede conocer la verdad en las cuestiones de la lucha de clases; a pesar de la vacilación del artista entre crítica social pequeño burguesa y moralizadora y el verdadero contacto con la lucha social que se desarrollaba, en donde aparentemente todo se dejaba a la casualidad en forma unilateral y mecánica, el efecto que se logra es el expresar la vida misma a través de un contacto inmediato con ella, en la evocación de un mundo de la apariencia, donde un número muy limitado de hombres ha de despertar la conciencia de los demás.

"Toda auténtica y profunda teoría de lo trágico acentúa como rasgo esencial de la colisión la necesidad, por una parte, de la actuación en ambos bandos de las fuerzas en litigio, y por otra, la necesidad de la realización violenta de la colisión" (Lukács, György, ob. cit., p. 178). Esa colisión social constituye el núcleo de la novela, alrededor del que gira todo y al cual se refieren todos los componentes de la "totalidad social"; esta novela exige de personajes en cuyas pasiones queden representadas aquellas fuerzas cuyo choque constituye el contenido material de la lucha. "Como es natural, la tendencia a la desfiguración tiene unas causas socio-históricas inmediatas. Pero la forma artística no es nunca una simple imagen mecánica de la vida social. Si bien nace como reflejo de sus tendencias, dentro de ese marco tiene una propia dinámica, una propia dirección a la fiel reproducción o a la separación de ella" (Lukács, György, ob. cit., p. 189).

En la literatura mexicana de fines del siglo pasado, los temas nacionales poco a poco aparecen en la producción, la

importancia de estilos, formas y temas del extranjero, especialmente de tipo europeo, fue disminuyendo; lo propio adquiere valor, lo popular y autóctono dan vida al nuevo arte, el pueblo y sus anhelos se convierten en fuente inagotable para la producción literaria.

Con el movimiento de 1910, los escritores e intelectuales mexicanos se vieron fuertemente sacudidos por su realidad, no por la de otros tiempos y lugares que no eran los propios; quisieron dejar para la posteridad esa realidad plasmada en su obra, se esforzaron en reproducirla "tal como fue", con toda su vivacidad y dramatismo; surgió así una nueva literatura, que intentó captar el movimiento revolucionario en sus diversas caras.

Se trató de una serie de obras en las cuales la literatura y la historia se mezclaron, en ellas la imaginación y la realidad difícilmente marcaron sus fronteras, lo anecdótico y lo trascendente se cruzaron; en fin, obras en donde el autor y el actor no solamente se mezclaron, sino que se unieron en uno solo.

La vieja cultura colonial poco a poco se disolvió en el tiempo, el triunfo del mestizo y con él el nacimiento de una nación dominaron todos los ámbitos; empezó a surgir una nueva cultura y una incipiente conciencia nacional, ambas se vieron sacudidas por un fuerte movimiento revolucionario.

Todo esto corresponde a los cambios sucedidos en las relaciones sociales existentes entre los hombres, la sociedad había cambiado, tenían que cambiar las ideas; se trató de una

auténtica actividad política, no una mera creación artística. "Si el mundo cultural por el que se lucha es un hecho viviente y necesario, su expansión será irresistible y encontrará sus artistas. Pero, si no obstante la presión, ese carácter irresistible no aparece ni actúa, significa que se trataba de un mundo ficticio y postizo, de una elucubración, sobre el papel, de mediocres que se lamentan que los hombres de mayor estatura no estén de acuerdo con ellos". (Gramsci, Antonio. Literatura y vida nacional. p. 28).

La nueva literatura mexicana, la plasmada a través de la novela de la Revolución, es fundamentalmente histórica, política, popular. Penetró de diferentes maneras en los poros de la nueva sociedad, animó a sus simpatizadores y reprimió a sus adversarios, se extendió por diversos lados y se multiplicó de manera asombrosa.

Todo lo que había sido reprimido o disfrazado, encontró una fuente casi inagotable para salir a la luz a través de la novela, por medio de ella se hizo la crítica que antes sólo se había manifestado en periódicos y caricaturas, y que era considerada como subversiva y desleal; se trató de una literatura que denunció, a la manera de cada uno de los escritores, la realidad que se vivía y, aunque no siempre de manera explícita, dejó entrever la realidad social por la que según los escritores se luchaba. La mayoría de los escritores de la época, tanto en el campo de las letras como en el de batalla, actuaron como observadores y actores de la lucha.

El escritor se vio impulsado a escribir y crear un nuevo tipo de literatura, habían cambiado las condiciones sociales de la realidad mexicana, era necesario crear una nueva literatura que acompañara estos cambios. Varios de los escritores de la Revolución carecieron de una preparación literaria propiamente dicha, tuvieron que crear un nuevo estilo, una nueva temática que les permitiera lanzar un mensaje político a las clases sociales.

La novela de la Revolución no significa solamente una nueva temática y estilo literarios, significa toda una producción política e ideológica que responde y acompaña a los cambios económicos que se estaban sucediendo en la sociedad mexicana. El análisis de la novela de la Revolución permite conocer este movimiento, a través de los efectos que provocó en el mundo de las ideas, manifestados en la literatura.

De acuerdo a lo desarrollado en la primera parte de esta tesis, la Revolución Mexicana tuvo un doble carácter, uno fue puramente político en favor de una sociedad capitalista, representada por la nueva clase media en contra del viejo terrateniente porfiriano y sus privilegios; el otro fue fundamentalmente social, buscó el cambio de las estructuras y las relaciones sociales, esto fue defendido por algunos movimientos intelectuales, obreros y campesinos. De estos dos aspectos, el dominante fue el político.

Sobre el periodo revolucionario armado, 1910-1917, se han creído, y se siguen creando, una serie de narraciones basadas en las acciones militares y políticas de los hombres sobresalientes

y de las masas revolucionarias, así como en los eventos importantes que provocaron cambios políticos y sociales decisivos para el país.

Los cambios ya se vislumbraban desde los últimos años del Porfiriato, incluso los novelistas de esta época, además de criticar al sistema, ya planteaban en sus obras la urgente necesidad de un cambio social que hiciera menos duras las condiciones de vida de las masas populares, aunque se mostraban pesimistas acerca de la posibilidad de un levantamiento social que hiciera posible el cambio de las cosas, incluso se oponían a la posibilidad de un levantamiento. En sus obras surgió la figura del terrateniente bueno, emprendedor, arriesgado, quien gracias a sus acciones progresistas hacía más llevadera la condición del peón acasillado.

El ideal de la sociedad mexicana fabricado y difundido por los científicos desapareció, se trató entonces de hallar soluciones que permitieran la creación de un nuevo orden social, aun en contra del "orden porfirista". Se propuso la revisión de valores, la formulación de nuevas preguntas; con ello el desconcierto creció rápidamente. Esto se observa por ejemplo en las obras de José Portillo y Rojas y en las de Federico Gamboa, obras que al ser leídas dejaban en el lector un sentimiento de desencanto ante las condiciones de vida del pueblo mexicano, una inquietud por hallar nuevos caminos menos injustos; estas obras invitaban a reflexionar acerca de la gran distancia que existía entre el ser y el deber ser de las cosas.

Esto no significa que fueron las novelas las que despertaron la conciencia del pueblo mexicano, recuérdese quiénes eran los únicos que sabían leer durante el Porfiriato, estas obras solamente confirmaban el estado de cosas que existía bajo el aspecto de una paz perfecta; el orden y la paz que Díaz pregonaba como únicos medios para el progreso, parecía que no funcionaban muy bien, o que su fundamento era falso, por ello cada vez el uso de las armas y el terror era más frecuente e intenso.

A través de la novela se empieza a mirar hacia etapas anteriores de la historia nacional, se intenta despertar en los mexicanos una conciencia adormilada por el poder porfiriano; se busca lo autóctono y lo tradicional, se ensalza, a la vez que se denigra, la figura del indio, se empiezan a dejar los modelos literarios europeos, se abandona la ciudad y se pasa al campo. Varias de las novelas tienen como tema central la explotación del peón por el hacendado, se empieza a manifestar la posición antifeudal que después caracterizó a la Revolución Mexicana; se atacan las formas precapitalistas de producción, no se ataca a la propiedad privada como tal, se fundan más que nada en un humanismo de tipo liberal, herencia de la época de la Reforma.

Los temas de la ciudad y del obrero aparecen con menor importancia que el del campo y el peón; se trató más que nada de denunciar los abusos del terrateniente y sus formas "inhumanas" de producción, basadas en la explotación extrema de los peones, especialmente de los acasillados.

Las primeras novelas de la Revolución Mexicana aparecen como obras testimoniales de escritores, que de una u otra manera, habían participado en ella. Desde entonces hasta nuestros días la Revolución armada sigue siendo tema de inspiración de muchas obras, aunque ya no se trate de obras testimoniales escritas por participantes u observadores directos. Es difícil señalar el período que abarca la novela de la Revolución Mexicana, pues si se considera como tal cualquiera que tenga a la Revolución como fondo, entonces este ciclo jamás será cerrado totalmente; lo mismo pasaría con cualquier otro tipo de novela que se refiere a algún hecho histórico.

Hay quienes inician este período con la obra Tomóchic (1893-1895) de Heriberto Frías, o con la obra de Mariano Azuela Andrés Pérez Maderista (1911), aunque hay quienes no la incluyen dentro de la novela de la Revolución por considerarla del género costumbrista que se cultivó durante el Porfiriato, que únicamente señalaba la psicología oportunista del protagonista que participa del movimiento maderista al confirmar que éste no provocaría ningún cambio social peligroso; algunos cierran este ciclo con las obras que se refieren a la caída de Carranza (1920), entonces queda fuera buena parte de la obra de Martín Luis Guzmán; otros más lo hacen hasta la revolución cristera de 1929.

En términos generales, se considera como "Novela de la revolución" aquella que narra el período armado de la misma, 1910-1917, siguiendo este criterio es que decidí hacer este trabajo analizando, principalmente, la Antología que de la novela

de la Revolución realizó el maestro Antonio Castro Leal, además de otras novelas importantes.

Esta selección no fue arbitraria, no se trató de una selección al azar y subjetiva; las novelas incluidas en la Antología: Los de abajo, Los caciques, Las moscas, El águila y la serpiente, La sombra del caudillo, Ulises Criollo, La revancha, Cartucho, Las manos de mamá, Apuntes de un lugareño, Desbandada, Campamento, Tierra, Mi general, Tropa vieja, Frontera junto al mar, En la rosa de los vientos, ¡Vámonos con Pancho Villa!, Se llevaron el cañón para Bachimba, El resplandor y La escondida; más otras que se leyeron: La tormenta, El desastre, La malhora, El desquite, La luciérnaga; son muy buenos materiales para el análisis de la novela de la Revolución. Estas novelas corresponden a momentos precisos e importantes de la Revolución Mexicana y la búsqueda de un nuevo sistema social.

La mayoría de estas novelas se caracterizan por su condición de memorias, a través de ellas cada autor dio a conocer su intervención en la Revolución. "El género adopta diferentes formas, ya el relato episódico que sigue a la figura central de un caudillo, o bien la narración cuyo protagonista es el pueblo; otras veces se presenta la perspectiva autobiográfica y, con menos frecuencia, los relatos objetivos o testimoniales" (Martínez, José Luis, en "La novela de la Revolución", p. 1). Estos escritores no escribieron desde la perspectiva de una auténtica clase social ya consolidada, lo hicieron desde una clase media en ascenso que, movida por un sentimiento compasivo, se dolía de los oprimidos por la vieja élite.

En el testimonio que querían dejar estos escritores sobre la Revolución, unieron la historia y la literatura, por ello algunas obras pueden pasar como testimonios históricos de los participantes en el movimiento armado, como las de Martín Luis Guzmán y José Vasconcelos.

Las novelas que aparecieron eran principalmente de carácter autobiográfico, bien de manera abierta se narró la vida del autor, ejemplo en las obras de José Rubén Romero, especialmente en Apuntes de un lugareño y Desbandada; o a través de algún protagonista de la obra, éste es el caso de Azuela, en Los de abajo. Mariano Azuela médico de las tropas de uno de los generales villistas, Julián Medina, le tocó vivir la época más caótica del movimiento armado.

Este carácter autobiográfico se manifestó también en El Águila y la serpiente de Martín Luis Guzmán, el Ulises Criollo de Vasconcelos, en Las manos de mamá y Cartucho de Campobello, en Tropa vieja de Urquiza, etc. Los autores narraron los hechos de diversas maneras, esto se debió a sus diferentes posiciones sociales, ideológicas, su participación en la Revolución, el bando que tomaron, etc.

Por lo general, los autores de estas novelas procedían de las clases medias y que habían experimentado la degeneración del sistema porfirista; con sus obras estuvieron empeñados en contribuir con la formación de un nuevo sistema, pero sin perder su fundamento clasista. Se opusieron al viejo sistema, pero les

horrizó y desilusionó el camino que tomó la Revolución para la formación de uno nuevo; se enfrentaron al sistema porfiriano, pero les espantó el cauce popular que tomó la violencia revolucionaria; criticaron duramente a la clase privilegiada del porfirismo, pero no se identificaron con los campesinos y los obreros..

En estas primeras obras se manifestaron, vistos con los ojos del autor, los intereses y las esperanzas del pueblo mexicano. Contienen un mensaje revolucionario y en cierta manera provocaron la agitación y el despertar de algunas de las conciencias, sin embargo, no lograron, pues no era ese su propósito, convertirse en un auténtico instrumento de agitación y organización revolucionaria popular. En muchas de estas novelas se contó la valentía del héroe individual, de héroes que no iban más allá del momento y de la anécdota, que no tuvieron auténticas y duraderas repercusiones sociales, sin embargo "... los novelistas de la Revolución nacieron de un gran choque: el de la realidad y el escritor, sin el colchón inmunizante de la literatura. De pronto, ante los ojos, la violencia, el rostro desencajado, el arma que brilla... Ya no literatura de literatura, sino literatura de hechos y personajes reales. Hechos y personajes que el escritor habría de tamizar, pero de los cuales tenía que partir porque ellos se le imponían con una fuerza inobjetable e irresistible". (Reyes Nevares, Salvador en "La novela de la Revolución Mexicana, p. 9).

Los autores no tuvieron tiempo para tomar distancia de los hechos, hechos que pudieron ser analizados y comunicados después;

de ahí su interpretación subjetiva y personalizada de los mismos, según su propia posición frente a ellos y su participación en la lucha; los hechos mismos los arrastraron de tal manera que primero se vieron atrapados en su optimismo pleno, igual que los líderes y los soldados de sus novelas; poco a poco cayeron después en la decepción ante los sucesos, igual que los personajes de sus obras. Intentaron manifestar en sus obras el mayor realismo posible, aunque a veces a través de una serie de cuadros sueltos, rápidos, de la misma manera como se sucedieron los hechos que narraban. "En medio de la lucha, el autor no tiene tiempo -ni tampoco serenidad- para organizar en una composición bien ordenada las impresiones sorprendidas y violentas que recibe. Le sucede lo mismo que al pintor de batallas: que cuando asiste al campo en el que se desarrolla el combate sólo recoge rasgos, perfiles, perspectivas fugaces, que le servirán más tarde, en la tranquilidad del taller, para pintar un gran cuadro épico". (Castro Leal, Antonio, en la Introducción de la Antología de la novela de la Revolución Mexicana. Vol. II p. 17).

Estas novelas no presentan a la Revolución a través de obras monumentales, lo hacen con cuadros y episodios vivenciales, unidos todos, el autor y los protagonistas de su obra, en una causa común; la vida privada de los hombres desaparece ante el hecho social que se desarrolla, no importan sus vidas, importan sus hechos en el campo de batalla y los autores lo narran a través de un lenguaje sencillo y popular; aunque sean muy pocos los "letrados" que puedan leerlos.

La doctrina positivista de "los científicos" de dar sólo crédito a los hechos manifestados ante los sentidos, donde la observación y la experiencia se convierten en únicas fuentes de saber, va conformado en el escritor un gran desasosiego. Los hechos contradijeron, primero, al sistema porfirista como "el mejor de los sistemas bajo los cuales se podía vivir", y después a la Revolución misma ante el avance de los ejércitos revolucionarios, quienes, según la mayoría de los escritores, era solamente el afán de enriquecimiento fácil y personal lo único que los guiaba, en el camino se quedaron, en quien sabe qué rincón, los ideales y proyectos sociales que se enarbolaron al principio como propósitos de la Revolución Mexicana; parecía ser que la experiencia no bastaba para entender la realidad, ésta no concordaba con los modelos teóricos que se sostenían sobre ella.

La misma discordancia entre modelo y realidad que hizo desconfiar a los miembros de "El Ateneo" de las tesis de Comte y Spencer, en cierta medida, hizo desconfiar a los novelistas de la Revolución entre los programas y proyectos y la realidad de la Revolución Mexicana; sin embargo, no lograron llegar al origen del problema, y solamente se manifestaron pesimistas y desilusionados frente al desarrollo y efectos de la Revolución: la causa de todo se debió al desenfreno de las masas y al abuso de sus líderes. Sus protestas no se convirtieron en protestas sociales revolucionarias, no presentaron un proyecto social que sirviera de arma ideológica a los mexicanos, no plantearon soluciones a los problemas sociales, y sí un marcado sello de desencanto y resentimiento hacia la Revolución. Adoptaron un

evidente espíritu moralizante frente a los hechos, pues éstos no estuvieron de acuerdo con sus conceptos y valores.

En la novela de la Revolución se narra cómo una gran parte de la población mexicana se incorporó a la vida nacional a través de su participación en ella, esta participación fue obligada por la injusticia y la inconformidad de los hombres ante el viejo régimen porfirista, y la posibilidad de cambiar el sistema de cosas en beneficio del pueblo; todo ello por el camino de la revolución violenta que fue el que provocó el propio gobierno de Díaz, sin embargo, deja vislumbrar cierta esperanza de que los acontecimientos, a pesar de lo terrible que los muestran, pueden aún orientarse en favor de la nación, siempre y cuando se controle a las masas, se acabe con los líderes aprovechados y se retomen los principios que orientaron a la Revolución en sus inicios, evitando a toda costa la formación de nuevas castas privilegiadas de curas y terratenientes.

Otro aspecto que se manifiesta en la novela de la Revolución es la sensación que tuvieron los hombres de pertenecer a algo más que a "la peonada", de estar unidos por un lazo distinto que el de trabajar de sol a sol para el mismo patrón, se estableció entre ellos una solidaridad y ante un caudillo una fidelidad que tan sólo fue rota por la traición de un malvado; entre ellos creció un sentimiento de destino compartido para luchar en favor de las masas populares, principalmente los campesinos, para ello no se escatimó, según las novelas, el valor y el sacrificio de los hombres y de sus líderes en el campo de batalla.

Después de estas primeras novelas aparecieron otras llenas de crítica hacia el ejercicio de política en el período posterior a la revolución violenta, especialmente en los últimos años de Carranza, de Obregón y Calles; obras en las que se criticó el ejercicio que se hizo de la política dentro de un sistema social corrupto, corruptos tanto las instituciones como los hombres, todo en manos de unos cuantos también corruptos; el abuso del poder y la explotación de los campesinos continuaron de manera tal, que no hubo diferencia con la situación que guardaban bajo el gobierno de Díaz. Entre estas obras podemos citar La sombra del caudillo de Martín Luis Guzmán y especialmente Resplandor de Mauricio Magdaleno, novelas en las que se observa que el problema principal del campesino, por el que luchó en los ejércitos revolucionarios, problema que todos le prometieron resolver, quedaba sin solución: la devolución de la tierra; y que tan sólo se guardaba en documentos y resoluciones presidenciales, que se "perdían y olvidaban" entre las querellas de los políticos; problema que nadie había resuelto de manera efectiva como lo establecía la Constitución del 17. Igual que en tiempos de don Porfirio, el peón seguía aún tímidamente preguntándose como es que él no tenía tierra ni derechos iguales ante la ley, pero ahora había que utilizar nuevos sistemas, ya no la leva o la masacre como lo hacía don Porfirio, había que convencer al campesino que la devolución de su tierra sería después, una vez que la Revolución se hubiera logrado cabalmente, pues todavía seguía, y según parece sigue todavía hoy, en marcha ascendente; para convencerlos de ello se pinta solo, por ejemplo, "el coyotito" de la obra de Magdaleno.

Se criticó la conducta de "los revolucionarios", no a la Revolución que fue traicionada por los hombres, estos escritores no fueron contrarrevolucionarios; intentaron rescatar los fundamentos liberales de la Revolución que se levantó en contra del sistema porfirista.

En las novelas se presenta "... el cuadro de la Revolución en toda su complejidad, al mismo tiempo pintoresca, conmovedora y trágica: choques sangrientos de facciones enemigas, regocijos de la vida de campaña, formación de ejércitos improvisados, ataques a las ciudades y atropellos a las poblaciones pacíficas, intervención extranjera y complicaciones internacionales, asaltos y saqueos, héroes que se sacrifican y vividores que medran, angustias de la población civil y holocaustos de juventudes militares, cambios psicológicos y cambios sociales, hombres generosos que querían salvar a los pobres y que -al enriquecerse- olvidan sus convicciones; todo un pueblo que se levanta desde la servidumbre hasta el libertinaje, desde la ilegalidad hasta la Constitución de 1917, reivindicaciones que se extreman en venganzas, masas que forjan en la lucha los principios que las guían, movimiento unánime y violento que -dueño ya de la situación- retarda el triunfo y la organización final mientras que se despedazan los caudillos rivales impulsados por la ambición de poder". (Castro Leal, Antonio, en la Introducción a la Antología de la novela de la Revolución Mexicana. Vol. I. pp. 17-18). Este mosaico aparece en las novelas de la Revolución Mexicana, en ellas cada autor intenta encontrar el hilo conductor, que le permita imponer orden al caos de la realidad en

la que vive.

Como afirma el maestro Fernando Benítez en su obra sobre la Revolución Mexicana, ésta no tuvo historiadores en su tiempo; Palavicini, Pani, Puig Casaurans y otros más que vivieron y escribieron sobre la Revolución Mexicana, fueron políticos que trataron de dar coherencia al movimiento pero de acuerdo a sus intereses y proyectos preconcebidos.

En realidad los verdaderos historiadores directos de la Revolución fueron los novelistas y ensayistas. "Azuela, Martín Luis Guzmán, Rafael F. Muñoz, Vasconcelos, proyectan más luz sobre este periodo borrascoso que toda la montaña dejada por los llamados historiadores. El arte, enemigo del fárrago, del lenguaje tortuoso, de la desmesura, al erigir su mundo recrea el pasado, le devuelve a los hechos y a los personajes su vida y su magia, en suma, su profunda, trascendente espiritualidad". (Benítez, Fernando. Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana. I El Porfiriato. p. 13).

La novela es otra cara de la historia, más profunda, más rica, más humana, y a pesar del carácter documental de algunas de las novelas de la Revolución, sus autores no se quedaron en la pura descripción, pasaron al campo de la auténtica creación, del mito y de la fantasía frente a lo que vivieron; a su manera narraron las luchas, los conflictos ideológicos y los problemas sociales más próximos; no se ocuparon de profundos análisis morales y psicológicos.

La Revolución nace bajo el signo de una defensa por la tierra, representada fielmente por Zapata, toma rumbo después hacia una constitución reformista con Carranza, y acaba en una larga lista de caudillos en sucesión interminable y acechanzas mutuas. La novela de la Revolución reflejó todo esto, está escrita por hombres que creyeron en ella y lucharon por ella.

En la novela de la Revolución se describe un pueblo que inicia su actitud justiciera en busca de un sistema nuevo, en ella se dibuja la creación de un nuevo Estado y una nueva cultura; se utiliza un estilo realista, audaz y penetrante. Los escritores interpretaron y organizaron los hechos, recrearon la realidad, jugaron con ella y crearon un nuevo arte narrativo. En cada novela conocemos el concepto que tiene el escritor acerca de un mundo violento y agresivo, un mundo que le tocó vivir o conocer de cerca en el tiempo y en el espacio; poco a poco este movimiento espontáneo y hasta autodidacta de los escritores, actores o espectadores, dejará de ser así para pasar de la línea revolucionaria y violenta, a la analítica y académica propia de los escritores consagrados a este trabajo específico en la tranquilidad de su estudio y alejados de la Revolución.

Los autores de las novelas de la Revolución supieron ver un mundo dentro de otro mundo, descubrieron un universo de acontecimientos que intentaron unir a través de un hilo conductor, cada uno vio el mundo que estaba viviendo a su manera y desde su perspectiva, y así lo narró; en su obra hicieron surgir una nueva realidad y la comunicaron a los demás, enriqueciendo con ello la realidad misma a la que se refirieron.

Cada escritor seleccionó los hechos que constituirían el material de su obra, los relacionó de manera propia dando una significación importante a cada uno de ellos. "El novelista es alguien que no busca leyes sociológicas ni motivaciones psicológicas generalmente válidas sino que necesita encontrar una forma, poner un orden alrededor del caos, dar una estructura que suprima en este otro universo hecho de palabras donde radica su poder, el desorden del magma en ebullición interminable que es la vida" (Campos, Julieta. Función de la novela. pp. 68-69). A través de la novela el escritor unió una serie de cabos, muchos de ellos sueltos, pero que por eso corrían el riesgo de perderse en el olvido; en la novela de la Revolución se le encontró un lugar a todo, la vida quedó fija en ella y hasta se convirtió en otra cosa, se contó de muy diversas maneras, así se resguardó a la vida misma de su muerte, así como la de su propio autor.

Casi todos los autores de la novela de la Revolución fueron autodidactas como novelistas, procedentes de las clases medias trabajadoras que venían de la provincia a la ciudad, que en sus actos reflejaban sus tradiciones y maneras de pensar, que vivieron cerca de los trabajadores agrícolas y algunos de ellos en contacto con el trabajador de la ciudad. Miembros de familias de la clase media pero con aspiraciones de desarrollo capitalista, vivieron cerca de las fuerzas más dinámicas que darían paso al crecimiento del México moderno.

Los novelistas incluidos en este trabajo, presentaron una posición intermedia entre la novela auténtica y un informe de

experiencias personales. En el grupo de los escritores aparecieron diversos estilos y calidades, pero nadie superó a Mariano Azuela en su narrativa sobre el México revolucionario; a pesar del pesimismo de Azuela al interpretar a su pueblo y a su época, desarrolló admirablemente su capacidad de atención y la agudeza de su conciencia crítica, y en una muy personal mezcla de realidad objetiva y subjetiva, Azuela logró una creación intensa y rica.

Los autores seleccionados de la novela de la Revolución se pueden dividir en dos grupos: el primero integrado por los autores nacidos entre 1873 y 1890, comprende los autores que se unieron con entusiasmo al movimiento revolucionario para derrocar al usurpador Huerta, conocieron de cerca las hazañas y traiciones de los grandes jefes de la Revolución: Madero, Zapata, Villa, Carranza; lucharon en las tropas revolucionarias al lado de alguno de los caudillos. Aquí quedan incluidos Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, José Vasconcelos, José Rubén Romero y Agustín Vera.

El segundo grupo lo integran los escritores nacidos entre 1895 y 1913, con excepción de Urquiza; éstos, a pesar de que sólo 5 años los separan del grupo anterior, tuvieron que interrumpir sus estudios por la venida de la Revolución de 1910; permanecieron como testigos mientras pudieron continuar su formación académica, o se enrolaron en los diversos ejércitos revolucionarios a finales del movimiento armado. Francisco L. Urquiza, José Mancisidor, Nellie Campobello, Gregorio López y Fuentes, Rafael Felipe Muñoz, Mauricio Magdaleno y Miguel N. Lira

forman este grupo.

Los dos grupos integran una variedad de actores o testigos de la Revolución, que dejaron a la posteridad la narración dramática de una experiencia vivida; en las narraciones las traiciones surgen por doquier, traiciones tanto a los personajes históricos reales como a los personajes literarios ficticios; aparecen las madrugadas frías en pleno campo de batalla, los fusilamientos a granel y de a montón, la actitud firme de "los Juanes" y sus soldaderas frente al peligro, la destrucción de los pueblos y las haciendas, el adolescente y el hombre maduro que sin darse cuenta se ven envueltos en el torbellino de la Revolución, el hombre anónimo que se ve ascendido hasta general, para regresar después, si es que no lo matan, el anonimato del que salió; las mujeres que ven asesinar a sus hombres sin que se mueva un sólo músculo de su cara, los niños que horrorizados se aferran a las faldas de sus madres al ver que los soldados se llevan a su padre, etc.

Si bien es cierto que cuando se habla de la novela de la Revolución Mexicana generalmente se piensa en Los de abajo, no es la única obra que nos puede ayudar para el análisis de la Revolución; sin embargo, voy a hacer un breve análisis del contenido de esta novela antes de pasar a otras cosas.

La acción de Los de abajo es violenta, las escenas se suceden con rapidez, las frases son cortas y rápidas lo mismo que los personajes que aparecen y desaparecen; todo envuelto en la violencia, la crueldad y el crimen, expuesta la realidad a manos

poco honradas, aunque a su lado aparecen personajes nobles e idealistas, escenas en donde lo bueno y lo malo se mezclan.

El personaje central de la novela, Demetrio Macías, hombre modesto y humilde en quien se unen el descontento, el odio hacia el rico y la pasión por la guerra que lo lleva hasta el sacrificio, luchando junto a hombres que se unieron a los ejércitos revolucionarios para obtener una ganancia personal, o bien para dar salida a su odio y coraje a través del asesinato y la ruindad. Tipos como Luis Cervantes quien se "retira" a tiempo de la Revolución para vivir cómodamente del otro lado del Río, en donde gozará de las ganancias obtenidas en los "avances revolucionarios"; mientras Demetrio Macías, encabezando a "Los de abajo" continúa luchando hasta llegar a la muerte, que igual que una piedra lanzada al precipicio, ya no pudo parar sino con ella, sin saber ya exactamente por lo que se luchaba.

Una novela que concuerda muy bien con el ámbito violento de la Revolución, que presenta los hechos "a ras de tierra", en donde los hombres parece ser que no tienen tiempo para pensar ocupados en la acción, y los pocos que lo hacen tan sólo utilizan su inteligencia para pensar en obtener una mejor posición económica y social.

El fatalismo, la ignorancia, la traición, "el remolino que vino y nos levantó"; la generosidad e ignorancia de Macías frente al intelectual oportunista Cervantes, quien al amparo de su palabrería fácil y engañosa logra alcanzar puestos claves para el enriquecimiento propio, dejando que los otros llegaran tan sólo a

la miseria física y a la muerte, también están presentes.

La destrucción se presenta en diversos pasajes de la novela pero como algo rápido, el autor no se detiene a reflexionar en ellos sino que sigue adelante, obligando al lector a seguirlo y no detenerse en estos pasajes que pasan a ser meros incidentes en la vida de Demetrio Macías y sus hombres, quienes representaban a las fuerzas reprimidas que se levantaron contra la vuelta al Porfiriato que significaba el régimen de Victoriano Huerta.

Mariano Azuela aprueba a la Revolución como camino para liberarse de la opresión, por eso combatieron en ella y en su obra una serie de peones, pastores, tenderos, maestros de escuela, estudiantes, todos se unieron a la Revolución en la que poco a poco tomaron conciencia de los problemas sociales del país, y que hace que algunos aprovechen su situación de dirigentes para transformarse en la futura clase política y económicamente dominante; clase que se empieza a formar durante la Revolución armada, cuyo afán de enriquecimiento a través del saqueo lo vivieron también algunos hombres de Demetrio Macías.

Azuela apreció la lucha de clases que dio origen a la Revolución Mexicana, percibió que bajo las luchas políticas estaban los problemas económicos, pero estos problemas, según Azuela, eran debidos a las desigualdades en la distribución y circulación de la riqueza, no a las condiciones de propiedad de los medios de producción. Demetrio se une a la Revolución no por problemas económicos sino por ser denunciado por el cacique de su pueblo. Demetrio mismo dice a sus amigos: "... antes de la

revolución ya tenía hasta mi tierra volteada para sembrar, y si no hubiera sido por el choque con don Mónico, el cacique de Moya a estas horas andaría yo con mucha prisa, preparando la yunta para la siembra...", lo mismo que otros personajes que habían tenido que huir de sus pueblos víctimas de la injusticia política; pero que aún así, y ante las observaciones del estudiante Solís, Demetrio poco a poco llega a comprender que hay algo más allá por lo cual luchar.

La intelectualidad acomodaticia representada en la figura de Cervantes es ajena a la Revolución, tan sólo participa en ella para aprovecharse y enriquecerse rápidamente y huir dejando a "la raza irredenta", al pueblo sumergido en su maldad y bestialidad, raza en la que los instintos de pillaje y asesinatos son las únicas órdenes que obedecen, instintos encarnados en "la pintada" y "el güero Margarito"; estos instintos están siempre latentes en el pueblo en busca de una salida, la misma raza que después caerá, según Azuela, bajo el dominio de una nueva clase explotadora encabezada y representada por Carranza. La lucha de las masas populares había perdido todo sentido, sin embargo, Azuela no dice al final de su obra que Demetrio muera, dice que es alcanzado por un tiro y que sigue apuntando su rifle para siempre; lo que puede significar además de la muerte, una esperanza interminable.

Mariano Azuela fue el resultado del periodo porfirista, hijo de un pequeño comerciante de la región de Jalisco, tuvo la posibilidad de estudiar la carrera de médico en la ciudad de

México.

Azuela era un convencido liberal, desde el inicio del movimiento maderista se declaró fiel partidario de él, en ese movimiento Azuela vio la oportunidad del cambio del sistema social caduco y cerrado del Porfiriato, por uno nuevo abierto y progresista que permitiera un sistema social más igualitario y justo.

Desde sus primeras obras, Azuela narró los abusos cometidos por los hacendados contra los campesinos, la vida de los peones en las haciendas; Azuela aprovechó estas primeras obras para lanzar sus juicios moralistas y humanitarios para mover la conciencia de "los de arriba".

En Los de abajo, Azuela mismo declaró que había abandonado ese estilo costumbrista y moralista que no era la función de la novela, en esta obra se propuso "narrar" las cosas tal como las vivió, sin tomar partido por ninguna de las partes contendientes, Azuela afirmó que la moral y el arte nada tienen que ver entre sí, la novela tiene que ser imparcial, narrar lo vivido tal como sucedió; al escritor sólo le toca elegir los modos y estilos de la narración, al lector hacer sus propios juicios sobre lo que lee, quedando al novelista "la imparcialidad de un espejo que tan sólo refleja la realidad".

Azuela quiso "lavarse las manos", las cosas sucedieron así y ya, su descripción de cuadros y anécdotas las presenta como meros "reflejos" de lo que él vio y vivió en las tropas de los ejércitos villistas y que él muestra como la verdad de los

hechos. El maestro Hermilo Abreu Gómez reconoció la calidad de Azuela como novelista, pero sus propósitos históricos fueron duramente criticados por él; Azuela, dice el maestro Abreu, sólo plasmó en Los de abajo parte de la verdad de la Revolución, él seleccionó el material con el que quiso trabajar de acuerdo a su propia concepción sobre la que significaba la Revolución, y al no concordar el desarrollo de la misma con sus ideales liberales y democráticos, se dedicó a censurarla y a narrar todo lo que de tremendo y violento tuvo.

Sin embargo, en el libro de Mariano Azuela Cien años de la novela mexicana, él mismo aceptó que no pudo ser en Los de abajo el observador sereno e imparcial que se había propuesto ser. Por haber participado en los hechos y no ser un espectador ajeno como lo fue en los asuntos que narró en sus primeras obras, se convirtió en un novelista parcial y apasionado que tomó parte en la gran explosión ideológica iniciada con la Revolución; Azuela, adoptando una concepción evolucionista, definió así a la Revolución: "La Revolución es hija del progreso del mundo, ley ineludible de los pueblos atrasados... la arrastraron tantas pasiones como cabecillas y soldados la constituyen; en unos es la venganza ruín, en otros la ambición mezquina, en éste el ansia de figurar, en aquél la de sobreponerse a su enemigo. Y ni un sólo pensamiento común, ni un principio que aliente en las conciencias. Y el pueblo, cuando reaparece la Bola, ese monstruo funesto a que da vida corre entusiasmado gritando como loco... !bola, bola!. (Azuela, Mariano. Cien años de la novela mexicana. pp. 169-170). Así se comportaron "Los de abajo", y "Los de

arriba" lo hicieron igual; en casi todas las obras de Azuela aparece el intelectual oportunista, el que sólo busca llevarse la mayor de las tajadas aprovechándose del desconcierto e impulsividad del pueblo.

Frente a las acusaciones hechas contra Mariano Azuela de ser un escritor conservador y hasta contrarrevolucionario, por haber narrado sólo la cara violenta y salvaje de la Revolución, que no supo hallar detrás de los sucesos la grandeza de este movimiento social, él mismo responde: "SE ME ACUSA DE NO HABER ENTENDIDO LA REVOLUCION; VI LOS ARBOLES PERO NO VI EL BOSQUE, EN EFECTO, NUNCA PUDE GLORIFICAR FILLOS NI ENALTECER BELLAQUERIAS, YO ENVIDIO Y ADMIRO A LOS QUE VIERON EL BOSQUE Y NO LOS ARBOLES PORQUE ESTA VISION ES MUY VENTAJOSA ECONOMICAMENTE".

Azuela en su obra literaria sacó a la luz los grandes problemas sociales del México de su época, los problemas y aspiraciones comunes de los hombres que participaron en la Revolución, el carácter desenfrenado y caótico que adoptó la misma durante el movimiento armado de las facciones revolucionarias; en su obra se vislumbra la creación de un nuevo Estado y una nueva cultura, Estado que surgiría tras la increíble movilidad de un pueblo levantado en armas, contra la rigidez social establecida por las reglas positivistas de "los científicos", y el régimen dictatorial y antidemocrático de Díaz.

En Los de abajo, Azuela utilizó un lenguaje parco y llano, va directamente al grano y sin rodeos, de repente corta la acción de manera sorpresiva, no se ocupa de adornos y licencias; sin

embargo, no es un escritor descuidado, se nota esmero y cuidado en su obra. Junto a Azuela se levanta la figura de Martín Luis Guzmán, quien se distinguió por la limpieza de su prosa, la caracterización que hace de los caudillos revolucionarios, el análisis que realiza de la naturaleza humana para explicar la conducta de los hombres. En sus obras sobre la Revolución, aparecen la literatura y la historia caminando una al lado de la otra, de tal manera, que se han convertido en importantes fuentes para el estudio histórico de la Revolución.

Martín Luis Guzmán se unió a las fuerzas de Carranza en 1913, abogado de carrera, no estuvo de acuerdo con la posición caudillista de Carranza, ésta contrariaba todos los postulados de la legalidad democrático-liberal; lo mismo comprobó cuando se unió a las fuerzas villistas, Villa, al igual que Carranza luchaba por convertirse en un caudillo nacional, en ser el Jefe Supremo de la Nación y desde ahí ejercer un poder absoluto sobre el pueblo.

De los escritores leídos para este trabajo, me pareció que nadie como Martín Luis Guzmán, trató tan de cerca a Francisco Villa. Guzmán analiza y describe a los personajes históricos con tal pasión, no así las maneras de ser y pensar de los grupos, que se deduce que en los líderes Guzmán buscó el destino del pueblo mexicano, la historia, en este caso la Revolución, la determinan los líderes, no los pueblos.

Martín Luis Guzmán describe a Carranza como "hombre viejo y terco que no cambiaría jamás", siempre haría caso a las alabanzas

y no a las acciones, al servilismo y no a la capacidad, hombre que hasta la muerte sufriría atraído por pequeñeces y ruindades como lo era él mismo. "Su frialdad calculadora -a eso llaman los turiferarios dotes de gran estadista- le servía para calcular lo chico, no lo magno, con lo que echaba a perder sus mejores momentos". (Guzmán, Martín Luis. El águila y la serpiente. p. 293).

A Francisco Villa, Guzmán lo describe como una personalidad ambigua: hombre justiciero pero impulsivo, bandadoso e instintivo, símbolo y a la vez anatema. "Villa, formidable impulso primitivo, capaz de extremos peores, aunque justiciero y grande, y sólo iluminado por el tenue rayo de luz que se colaba en el alma a través de un resquicio moral difícilmente perceptible... Villa... no descubría en el horizonte de las tinieblas que lo guiaban más que un punto de referencia precisa: acumular poder a cualquier precio; suprimir, sin sentimentalismo alguno, los estorbos a su acción vengadora e igualadora". (Guzmán, Martín Luis. ob. cit. p. 325). Villa, personaje histórico que según Martín Luis Guzmán, a pesar de su cultura primitiva, era un espíritu abierto a dar todo bajo el dictado de sus deberes. "... siendo la Revolución Mexicana una obra del bien, su gran caudillo guerrero no podía ser un producto del mal, sino simplemente lo que fue: un hombre, caso único, que gracias a sus enormes reservas vitales y a sus virtudes primarias, había sabido sobrevivir a su fiera lucha con el injusto estado social que había querido suprimirlo o esclavizarlo; el hombre que desde allí había emergido a otra existencia, ganada y hecha por él

desde la base". (Guzmán, Martín Luis. "Francisco Villa" en Reed, John et al. p. 1).

La figura de Villa, la describió Guzmán como totalmente opuesta a los caudillos que surgieron después del movimiento revolucionario, éstos son descritos como hombres bárbaros y sanguinarios a quienes no les interesaron los medios para llegar a un fin plenamente personalista, sus acciones no tuvieron mayor explicación que ser realizadas por hombres sedientos de poder, rodeados por un ambiente en donde la corrupción era la medida común de los hombres de la política mexicana.

Martín Luis Guzmán marcó la distinción positivista entre la revolución causada por la armonía social, y "la bola", en ésta la destrucción y el desorden invaden por todos lados, dejando solamente la muerte a su paso, decidida por la acción caprichosa de los caudillos.

En El Águila y la serpiente, por ejemplo la Revolución no es el pueblo en movimiento, es la decisión de los caudillos alejados del pueblo, éste solamente adquiriría un rostro al ser manipulado para el beneficio de un jefe; la historia la deciden las figuras claves, las que Guzmán se encargó de retratar en sus obras.

Martín Luis Guzmán, lo mismo que José Vasconcelos, perteneció al Ateneo de la Juventud Mexicana. Vasconcelos participó también de manera directa en la Revolución, se movió en los planos políticos en los que se discutían las direcciones que debía seguir el movimiento armado, así como sus propósitos; el

hecho de que Vasconcelos haya conocido la realidad revolucionaria desde un plano superior al de Azuela, le permitió interpretar la Revolución de manera más objetiva y fría, sin el entusiasmo y calor de Azuela, pero con el mismo pesimismo.

Vasconcelos, a través de sus novelas fundamentalmente autobiográficas, en las que se nota el estilo refinado de su autor, nos presenta una realidad donde el desorden y la pasión humana reinaban, tal y como Vasconcelos interpretó al movimiento armado de 1910.

Vasconcelos consideró a la Revolución Mexicana como la búsqueda inocente del pueblo de mejores condiciones de vida, pero que no concluyó como debía al caer en manos de cabecillas, éstos abusaron de ella para ascender y perpetuarse en el poder. Villa, Zapata, Carranza y Calles todos fracasaron al convertirse en cabecillas, no en caudillos. Un caudillo es capaz de llevar a la nación hacia una gran empresa; caudillo fue Madero quien se propuso guiar al país hacia la democracia, pero no lo dejaron llegar; a la muerte de éste la opresión continuó, ahora ya no la ejerció Díaz, ahora eran los cabecillas quienes lo hacían. Esta opresión es la que indignó a Vasconcelos, por ello se unió al movimiento armado.

Vasconcelos fincó el origen de la Revolución Mexicana no en la desesperación y el hambre del pueblo, éste se levantó en armas"... por anhelo de un mejoramiento espiritual. México tiene pan y quizá más seguro que en cualquier otro periodo de su historia, pero anhelaba lo que no puede dar un tirano:

libertades, y por ansia de libertades y por encono contra gentes que aprovechan la influencia social en sus negocios particulares, México respondió al llamado maderista. Más tarde, al carrancismo acudieron, con los buenos, los salteadores que se han impuesto a la nación. Al maderismo concurren los patriotas, quedando reducidos a insignificantes matones y logreros". (Vasconcelos, José. Ulises Criollo. p. 729).

Vasconcelos, intelectual pequeño burgués, se sintió ofendido al conocer la realidad de los trabajadores mexicanos durante el Porfiriato, especialmente los del campo; cuando fue empleado de un banco extranjero, Vasconcelos tuvo la oportunidad de viajar por la República y ver de cerca las condiciones de trabajo y de vida del peón, la falta absoluta de justicia social y los abusos del rico hacendado y del jefe político, aliados ambos en la explotación inhumana del peón. Vasconcelos fue testigo de quejas que llegaban a las oficinas de los jefes políticos, mismas que eran ignoradas y que "... movían a compasión la conciencia de las clases educadas en los colegios, deseosas de ver que México superase su barbarie", y alcanzara la etapa de la civilización, igual que lo había hecho ya el pueblo vecino del Norte.

El carácter criollo hispánico del mexicano es exaltado en el Ulises Criollo, esta novela contiene la vida de Vasconcelos narrada por él mismo; el título tiene su origen en la idea del autor de que todo el que participara en la Revolución vivía una Odisea, igual que el Ulises de Homero. Vasconcelos también vivió una Odisea cuando participó en la Revolución Mexicana, no como combatiente efectivo igual que Azuela, pero sí como "asesor

intelectual" de algunos jefes de ella; durante su peregrinación salió varias veces del país, y también éste lo recorrió a través de sus regiones. Ulises rescata el elemento hispánico del pueblo mexicano, en oposición a lo meramente indígena y a la influencia sajona.

Uno de los escritores más amenos de las novelas leídas de la Revolución fue José Rubén Romero. Gran parte de la producción literaria de Romero es de carácter autobiográfica, especialmente la que trata sobre la Revolución; estas obras, novelas, se desarrollan en los diversos pueblos de la región michoacana donde vivió Romero hasta 1917. En algunos pasajes de su obra parece ser que se trata de una narración de anécdotas campiranas y picantes, sin relación entre ellas; anécdotas en las cuales se burla de todo y de todos, de los hombres, de las costumbres, de las instituciones, de las leyes, etc., y lo hace con una picardía que parece llegar hasta el cinismo.

Sin embargo, la crítica social que Romero hace en sus obras, era ya muy extendida en el pueblo mexicano, así como lo hacía Romero, hombres reunidos en la tienda, en la botica o en la peluquería que eran los lugares donde se reunían "los intelectuales". Pueblos de la provincia michoacana en las que las tertulias literarias se transformaban en discusiones políticas. Romero no faltaba a ellas con su estilo satírico y mordaz.

En las obras de Romero se unen la pureza de la infancia de un hombre provinciano, con la profundidad de pensamiento de un hombre que, sin dejar de ser provinciano, logra ver más allá de

lo que el horizonte regional le ofrece, y llega hasta un análisis de la naturaleza humana y de los conflictos sociales de su tiempo.

En las primeras obras de Romero se nota un lirismo poético, en ellas el autor se ve atraído por los recuerdos de su niñez pasada en la provincia, antes de que estallara la Revolución, como si esa época fuera un paraíso perdido nunca recobrado. Cuando llega la Revolución, sus obras no tienen ese aire nostálgico e inocente, el escritor ya no tuvo tiempo de seguir recordando su infancia, el movimiento social que tuvo frente a sus ojos lo obligó a fijarse en él, a escribir sobre él y a reflexionar sobre él.

A Romero le interesó la transformación política que se sucedió en el hombre mexicano a causa de la Revolución, para este escritor la Revolución tuvo una doble cara: "Es un noble afán de subir y de una vida más justa", pero también "Es la oportunidad para volverse fácilmente rico a través del saqueo y la destrucción"; para Romero, esta última cara fue la gran tragedia de la Revolución.

En su obra Desbandada, se narra la forma en la que la Revolución llegó a muchos pueblos tranquilos de la provincia mexicana, por ejemplo Michoacán. La violencia revolucionaria despertó en los espíritus pueblerinos la esperanza de una vida mejor para el pueblo mexicano, se trató de hombres sencillos, honestos, que creyeron que la Revolución era guiada por ideas y hombres como ellos. Después, desilusionados, volvieron al pueblo

con las manos vacías y las ilusiones perdidas, cuando se dieron cuenta de los nuevos rumbos de la Revolución. Aún así, y ante los excesos y desmanes de algunos cabecillas revolucionarios cometidos en los pueblos que encontraban a su paso, algunos afirmaban que esto no era la Revolución, que todo era producto de la deformación que del movimiento habían hecho los hombres, pero que el movimiento como tal conservaba su pureza y su bondad.

La obra de Romero es en algunos pasajes pesimista y escéptica, en otros esperanzada y conforme con los cambios positivos que se lograrían con las reformas puestas en marcha con la Revolución; confiaba en que se lograría una sociedad más justa para todos los mexicanos, una sociedad gobernada por hombres justos y honrados, que sabrían poner en vigor los cambios necesarios para acabar con las condiciones injustas de vida, impuestas por la dictadura de Díaz; cambios que serían en verdad reformas de carácter político, pero que harían posible una mejor sociedad mexicana.

José Rubén Romero no fue miembro de algún ejército revolucionario como Azuela, ni acompañó a alguno de los caudillos revolucionarios como Guzmán y Vasconcelos; él narró en su obra la irrupción violenta del movimiento armado de 1910 en la tranquila región de Michoacán, el efecto que esto provocó en los hombres que interesados, y sin mucho pensarlo, se unieron al movimiento nacional mediante un levantamiento improvisado y entusiasta, que tuvieron algunos pequeños encuentros en los que los temores y sobresaltos estuvieron por todos lados; se trató de

levantamientos semejantes a los que se sucedieron en varias regiones del país al iniciarse la Revolución; eran pequeños grupos que con luchas rápidas y en desorden trataban de unirse a ese movimiento aparentemente poco importante, pero que después se convertiría en un movimiento nacional que apoyó a Madero para liquidar el gobierno de Díaz.

El carácter autobiográfico y anecdótico de la Revolución Mexicana se observa en la obra de otros escritores mexicanos, como en el caso de Nellie Campobello que en Cartucho relata, como en episodios, los recuerdos de su infancia, recuerdos que quedaron para siempre grabados en la autora nacida en el norte de la República en 1909. A Nellie Campobello le tocó ver de cerca los actos y las huellas dejados por los ejércitos revolucionarios, recuerdos de una niña que contempló desde la ventana de su casa hechos que le parecieron sin sentido, o a los que ella les encontró uno de acuerdo a su visión infantil y juguetona que tenía del mundo, en contraste con el mundo trágico de la Revolución.

Semejante carácter anecdótico contienen las obras de Rafael Felipe Muñoz (1899-1972), hijo de un agricultor y empleado, nacido en Chihuahua. Felipe Muñoz conoció a Villa desde el año de 1910, después, en plena Revolución, acompañó al caudillo como periodista para pasar después a los Estados Unidos en calidad de exiliado, y, posteriormente, regresar a su país y empezar a publicar, en forma de folletines, varias historias cortas acerca de la Revolución, las cuales, según él, se basaban en hechos verídicos en los que se plasmaban diversos cuadros de la

Revolución.

En las novelas de Muñoz no resaltan los grandes personajes de la Revolución, sino los soldados oscuros y anónimos que la historia no registra en sus páginas, pero que dieron invaluable servicios a los caudillos, especialmente a Villa; héroes desconocidos pero leales hasta el sacrificio por permanecer fieles a un jefe.

A pesar de lo discutido de la obra de Muñoz, especialmente la novela Vámonos con Pancho Villa, su narración es fluida y amena, mantiene el interés del lector, se nota en ella la prosa de un periodista experto que maneja con habilidad la descripción, pero solamente se queda en la superficie a través de un relato muy entretenido, que no presta los elementos necesarios para un análisis histórico de la Revolución; se percibe la presencia de un intelectual pequeñoburgués que escribe relatos "de interés humano", que atrae la atención de un gran público pero que no se preocupa por hacer un análisis del significado, rumbo y destino de la Revolución. Muñoz se queda en el aquí y en el ahora, en sus relatos desfilan hombres comunes y corrientes dotados de una gran dosis de lealdad, resistencia al dolor y que en un momento dado se vieron envueltos por el mismo torbellino sin saber cómo ni porqué, pero que se dejaron arrastrar por el mismo impulso: el anhelo del cambio social.

Rafael Felipe Muñoz escribió sobre la Revolución casi desde fuera, al contrario de José Mancisidor quien lo hizo como partícipe, y que en sus novelas como La asonada, manifiesta su

temor de que la Revolución sea traicionada por sus principales caudillos, esto significaría la derrota del pueblo, verdadero autor y actor de la historia.

José Mancisidor 1895-1956 también expresa en sus obras, por ejemplo Frontera junto al mar en la que se toca la invasión a México por las tropas norteamericanas, un marcado sentimiento nacionalista. El autor participó directamente en los sucesos que se narran en esta obra, en ella se unieron de manera muy estrecha la acción con la posición ideológica del autor, fuerza a los hechos y a las ideas a caber dentro de sus esquemas. Uno de los personajes centrales de esta obra es Chespiar, anarquista soñador y generoso que es capaz de olvidar sus ideas políticas, y tomar las armas para expulsar a los soldados norteamericanos del suelo mexicano.

Mancisidor sintió una gran admiración hacia la obra literaria de Azuela, especialmente hacia Los de abajo, en ella se describió una cara nueva de un país que nadie conocía, un país manso y dormido que el mismo Azuela se asombró cuando vio su despertar violento, un mundo que permanecía oculto ante los ojos del mundo y del país mismo. Nosotros, los novelistas de la Revolución, según Mancisidor, venimos todos a partir de Los de abajo de Azuela, aunque algunos se hayan apartado de ella, creando un estilo más correcto y académico, pero también menos fuerte y real.

Mancisidor nació en Veracruz, su padre era trabajador de una fábrica de cigarros y su trabajo lo conectó con algunos obreros

de ideas socialistas. Mancisidor se preparó como maquinista de barco y en el año de 1914 participó en la defensa de Veracruz frente a las tropas norteamericanas.

En Mancisidor se perciben algunas ideas socialistas y anarcosindicalistas, ellas le permitieron vislumbrar que la lucha política de México durante la Revolución, no era una lucha entre caudillos, aunque éstos fueran nobles y bien intencionados; la solución de los problemas nacionales debería buscarse en la lucha de las clases populares, eran ellas las que unidas en un frente común, incluso a pesar de sus diferencias políticas, podían lograr el cambio social; de lo contrario, tan sólo se trataría de mejorar la situación social de los cabecillas que luchaban en la Revolución únicamente por beneficio propio.

Pasando a otro autor, hablaremos ahora de Gregorio López y Fuentes 1897-1966. Sus novelas se desarrollan a través de personajes anónimos, por medio de ellos denuncia las mentiras del sistema mexicano de su tiempo, describe las miserias físicas y morales del hombre, acusa por igual al político y al cura que se unen con el rico hacendado para explotar mejor y entre todos al peón acasillado; igual que los pequeño burgueses, López y Fuentes pide una más justa distribución de la riqueza y la expulsión de los extranjeros. El mismo dice que como novelista que es, no se le pidan soluciones sino sólo planteamientos de problemas, pero en su lectura se deja entrever que apoya la ruina de la oligarquía terrateniente y el gradual ascenso de la clase media hasta llegar al poder.

Gregorio López y Fuentes nació en una hacienda de Veracruz, pertenecía a una familia de agricultores y comerciantes de la clase media; estudió la carrera de maestro y participó activamente en la defensa de Veracruz contra los Estados Unidos como miembros del ejército carrancista. A partir de 1924 vivió en la ciudad de México como periodista del Universal Gráfico, él escribía historietas cortas con el título de Novela diaria de la vida real, después fue director de ese periódico hasta mediados de los 50s.

Sus obras más conocidas son Campamento (1931), en ella narra los sucesos de una noche de campamento de las tropas revolucionarias, Tierra (1932), en la que trata la Revolución campesina de Zapata, y Mi general (1933), en la que el personaje es un comerciante ganadero que sin saber cómo llega a ocupar el grado de general, para después, envuelto en una serie de enredos políticos, rechazando como perversa la vida de la ciudad en comparación con la limpieza de la provincia, vuelve a su pueblo y a su condición de comerciante anónimo.

En todas las obras de López y Fuentes se nota el mismo intento de los autores de novelas de la Revolución; captar una realidad social que cada vez se complicaba más y más, y que amenazaba con perderse en el torbellino de las acciones guerreras.

En la obra de Campamento el soldado se escuda en el anonimato individual hasta perderse en una banda revolucionaria, su identidad es la del grupo y no la de sí mismo; lo que importa

es lo que hace el grupo, no los individuos, se narran los hechos cotidianos de los hombres que es la pelea constante. En esta obra parecen describirse las costumbres de los hombres de la tropa, una forma diaria de vivir en el que cambiar de bando no constituía una traición, sino una forma de adelantarse a los hechos y estar cerca del "bueno". La falta de convicciones propias es común en ambos lados: federales y revolucionarios, asimismo entre ellos es común el estar alertas para que la victoria los sorprenda al lado del triunfador.

En la novela Tierra también se desarrollan acciones revolucionarias, ahora se trata del movimiento zapatista especialmente en lo que a la cuestión agraria se refiere, como la causa fundamental de los conflictos de los pueblos del Sur; cuestión que, según López y Fuentes, podía resolverse a través de reformas democrático-burguesas, no a través de la lucha armada; en ésta la indisciplina y los excesos de los hombres echarían por tierra cualquier noble ideal.

Los peones mismos no tienen la menor esperanza de liberarse por sí solos, "son tan estáticos como la clase dominante", ellos están dispuestos a seguir soportando el dominio del hacendado convencidos de su propia desigualdad, por ello, los peones acasillados sólo podrán ser liberados por los hombres que constituyen "la intelectualidad avanzada", que son los que podrán, a través de una reforma política, levantar un país mejor que en el que viven.

Esa defensa de la tierra también se lee en El resplandor (1937) de Mauricio Magdaleno (1906). Para Magdaleno la tierra fue el motivo principal por el que el pueblo se enroló en la Revolución, la tierra fue la única que le dio significado a este movimiento, la tierra ocupó el lugar de los héroes, éstos tuvieron valor o no sólo por su relación con aquélla.

En El resplandor quedó la denuncia y la desilusión de un pueblo traicionado por la reforma agraria, ésta no cumplió sus ofrecimientos, lo mismo que en La sombra del caudillo, no se cumplieron las reformas políticas prometidas en la Constitución de 1917.

En El resplandor el muro levantado entre el indigena y "el hombre de razón", se levanta y se derriba según los intereses del fuerte, quien puede rebajarse y acercarse hasta el indio, siempre y cuando le convenga, pero jamás el indio alcanzará la estatura "del otro", el que sabe escribir y leer, sabe política y hablar muy bonito, aunque nadie le entienda.

El resplandor es una novela indigenista, pero también es una novela política; en ella se denuncian los excesos cometidos por los políticos en contra de los otomíes, quienes reseco como la tierra que habitaron, vieron cometer contra ellos las más grandes traiciones; es una novela en donde se plasma la rebeldía de muchos mexicanos por los fracasos de la Revolución Mexicana en lo que a justicia social se refiere. Así, a los indígenas se les despojó de la tierra que, según Magdaleno, fue la única que les dio sentido de pertenencia y de importancia, aún por encima de

la comunidad familiar; fue precisamente este sentido de pertenencia a la tierra lo que la Revolución trató de destruir, en lugar de reconstruirlo y reforzarlo.

Semejante a Campamento de López y Fuentes, Francisco L. Urquiza, (1891-1969), pinta en Tropa vieja la vida de cuartel y de campaña de los federales, quienes al igual que muchos de los soldados revolucionarios, pelearon no por convicción ni por posiciones sociales contrarias a las de su enemigo, sino por obediencia a su jefe. Es también una novela costumbrista, un ejército en campaña movido sin convicción clara y propia, que obedece las órdenes de matar a su hermano que lucha en el bando contrario.

En Tropa vieja, el momento que se vive es el más importante para el soldado federal, las causas nobles y los ideales están muy lejanos y él, además no los comprende, parece que basta con tener en la noche una soldadera al lado y una copa de alcohol; sin embargo, si tiene tiempo y cabeza para reflexionar de vez en cuando en lo que está haciendo "por seguir a los jefes", pero que no logra ir más allá de la protesta silenciosa y a solas para no despertar el recelo de los jefes.

Este despertar de los hombres "primitivos" lo puede lograr una persona culta y refinada, como sucede en La escondida de Miguel N. Lira, (1905); quien pasa de los problemas de una sociedad violenta al plano sentimental y personal de los protagonistas.

Semejante toque sentimental romántico tiene la novela Revancha de Agustín Vera, nacido en el Estado de Guanajuato el 22 de octubre de 1889 y muerto en 1946. En 1914 Agustín Vera se recibió de abogado en el Instituto Católico y Literario de San Luis Potosí; esta ciudad adoptiva de Vera es el lugar en el que se desarrolla la primera parte de su novela Revancha, en ella un cabecilla de la región y sus hombres, después de dejar al azar la decisión de su elección, deciden apoyar a Carranza en contra de Villa.

En esta novela se narran los atropellos y aventuras de esas facciones revolucionarias, primero en San Luis Potosí para pasar después a la ciudad de México, ciudad en la que la novia de un hacendado encuentra y se enamora del asesino de su novio. La pasión revolucionaria la centra Vera en la historia de estos dos personajes que sirven de fondo romántico para la narración del movimiento revolucionario.

La novela se convirtió en la búsqueda de valores humanos de un mundo degradado, o la reducción de los valores que el autor concibió como auténticos y superiores, y su desaparición en tanto que realidad manifiesta. La novela llevó en sí la denuncia de lo falso y la búsqueda del orden por encima de su mundo caótico.

Los novelistas tuvieron sus propios valores y conceptos del mundo, derivados de su situación y clase, pero ante el derrumbe de esos valores se volvieron obsesivos y angustiados; el desmoronamiento del imperio porfirista permitió entrever la visión de un nuevo mundo en gestación. La novela de la Revolución

se presentó como una de las expresiones ideológicas más características del rechazo al sistema porfirista, y su sustitución por un mundo más igualitario y participativo, dentro de los cánones económicos establecidos por el Porfiriato mismo.

Esos novelistas venidos de la provincia mexicana a la capital de la República, reconocían que durante el Porfiriato habían logrado algunos progresos como lo había sido el ingreso a estudios superiores, estudios que estaban muy lejanos de las mayorías para quienes ni el alfabeto estaba a su alcance; sin embargo, a Díaz no se le perdonaba. "... El régimen del cuartel, la ley fuga y la explotación del pueblo". "Sofrábamos con llegar a constituir un gobierno en el que pudieran colaborar sin bochornos los hombres honrados. Empezábamos la campaña sin odio. No éramos fracasados que miran en la revuelta una tabla de salvación. Madero, educado en Europa, hijo del rico, liquidaba sus negocios agrícolas con una ganancia de doscientos cincuenta mil pesos que destinó en su totalidad a la regeneración patria. La mayor parte de nosotros ponía en peligro una situación conquistada con duro esfuerzo". (Vasconcelos, José. Ulises Criollo. p. 729). La Revolución Mexicana significó para los escritores una oportunidad para su ascenso social, una posibilidad de ubicarse donde ellos creían que les correspondía.

"¿Por qué nos hemos levantado en armas? Por la redención de las masas, por la igualdad, porque tenga fin una dictadura oprobiosa. Fero una voz interior me grita: ¡Hipócrita! No se han alzado por eso. Tú porque eres un ambicioso, Escalante, porque es un amargado; Alfonso, porque es un triste, y todos porque son:

pobres. Acaso sea verdad, pero ¿no tenemos derecho a mejorar y con nosotros los demás menesterosos? El mundo de arriba es injusto y no se duele de los ruegos sino de las amenazas. Amenacemos, pues, para que a todos nos toque un poco de lo que hemos pedido humildemente". (Romero, José Rubén. Apuntes de un lugareño. p. 99).

El lenguaje obsceno que utilizaron algunos escritores, muestra la posición de las clases; sus juicios favorables hacia "Los de abajo", brotan de sus ideales humanistas, más que de una cabal comprensión de los hechos como producto de condiciones económicas y sociales concretas. Sus retratos son agresivos, vistos los hechos con una mirada amenazadora y acusadora; se trató de un mundo maniqueo donde imperaba el bien junto al mal, con marcadas diferencias entre ellos. Si las masas y los indígenas son espontáneos y sin rostro, es porque el otro bando, el de "los cultivados", sí tenía lo que le faltaba al primero.

Intelectual contra masa, luz contra tinieblas y todo lo demás que se halla unido a este eje principal; de un lado la luz, el lenguaje preciso y correcto, la razón, el equilibrio, la humanidad; del otro la noche, el ruido, lo sinuoso, el instinto, la desmesura, la animalidad; dos cadenas que caminaron paralelas en la narración.

La desesperación y el asco se apoderaron del escritor, dando como resultado el pregón de las reivindicaciones nacionalistas; los novelistas sintieron que la gangrena estaba cundiendo el todo social y político, mientras que sus reclamos no fueron oídos.

"No compadre Perea: pillaje y saqueo no son Revolución. Revolución es un noble afán de subir, y yo subiré; es esperanza de una vida más justa y yo me aferro a ella. Hoy más que ayer me siento revolucionario, porque de un golpe volví a ser pobre. La Revolución, como Dios, destruye y crea y, como a El buscámosla sólo cuando el dolor nos hiere...". (Romero, José Rubén, Desbandada. pp. 170-171).

La guerra revolucionaria trastornó todo y no construyó nada, interrumpió la marcha del país hacia el modernismo, el orden antiguo fue modificado; a éste le sucedió el desastre, el derrumbamiento. Durante el Porfiriato se había logrado de alguna manera el orden social que ahora agonizaba.

"Nosotros no queríamos repartos a base de servicios prestados a la Revolución, sino una reforma agraria que garantizara al labrador. No queríamos una nueva casta de propietarios reclutados entre la soldadesca victoriosa, sino una serie de medidas agrarias que, aumentando la producción, destruyeran al latifundio". (Ulises Criollo. p. 768).

"_____ Lástima que lo que falta no sea igual. Hay que esperar un poco. A que no haya combatientes, a que no se oigan más disparos que los de las turbas entregadas a las delicias del saqueo, a que resplandezca diáfana, como una gota de agua, la psicología de nuestra raza, condensada en dos palabras: ¡robar, matar!... ¡Qué chasco, amigo mío, si los que venimos a ofrecer nuestro entusiasmo, nuestra vida misma por derribar a un miserable asesino, resultásemos los obreros de un enorme pedestal

donde pudieran levantarse cien o doscientos mil monstruos de la misma especie!... ¡Pueblo sin ideales, pueblo de tiranos!... ¡Lástima de sangre!". (Azuela, Mariano. Los de abajo. p. 83).

En las novelas y frente al oligarca porfirista aparece un hombre nuevo, cultivado y humanitario, discreto, eficiente, no se "mete en política", pero hace gala de buena voluntad; gracias a este nuevo hombre se puede construir un orden social también nuevo, justo equilibrio entre la injusticia de los porfiristas y la irracionalidad de las masas, un hombre aureolado con el deseo de servir, pero que no lo dejaron hacer, especialmente esas masas a quien se proponía reivindicar. El destino de las masas era su caída y muerte, éstas no eran accidentales sino connaturales, la idea de suerte o destino aparece como la fatalidad que arrastra inevitablemente.

"_____ Me preguntará que por qué sigo entonces en la Revolución. La Revolución es el huracán y el hombre que se entrega a ella no es ya el hombre, es la miserable hoja seca arrebatada por el vendaval...". (Azuela, Mariano. Los de abajo. p. 79); así responde Solís cuando Cervantes le pregunta por qué continúa en la Revolución si ya se dio cuenta de su fracaso. Así responde Demetrio Macías a su esposa cuando le pregunta por qué sigue en la lucha:

"_____ ¿Por qué pelean ya, Demetrio?
Demetrio, las cejas muy juntas, toma distraído una piedrecita y la arroja al fondo del cañón. Se mantiene pensativo viendo el desfiladero, y dice:

___ Mira esa piedra cómo ya no se para..." (Azuela, Mariano. Los de abajo. p. 111).

Valderrama, otro de los hombres de Demetrio Macías, se expresa así acerca de las razones por las que está en la lucha:

"___ ¿Villa?... ¿Obregón?... ¿Carranza?... ;X... Y... Z...! ¿Qué se me da a mí?... ;Amo a la Revolución como amo al volcán que irrumpe! ;Al volcán porque es volcán; a la Revolución, porque es Revolución!... Pero las piedras que quedan arriba o abajo, después del cataclismo, ¿qué me importa a mí?... " (Ibid. p. 107).

"..Se trata, a lo que parece, de seguir peleando. Bueno, pos a darle; ya sabe, mi general, que por mi lado no hay portillo.

___ Bien, ¿y de parte de quién se va a poner?

Demetrio, muy perplejo, se llevó las manos a los cabellos y se rascó breves instantes.

___ Mire: a mí no me haga preguntas que no soy escuelante.. La aguilita que traigo en el sombrero usted me la dio... Bueno, pos ya sabe que no más me dice: "Demetrio, haces esto y esto y esto... ;y se acabó el cuento!". " (Azuela, Mariano. Los de abajo. p. 104).

Especialmente en la zona norte del país, la Revolución arrastró a los hombres sin darles tiempo ni oportunidad de decidir su destino, ya en la revuelta ellos mismos se preguntarán por qué están ahí, al lado de quién luchan; entre ellos mismos se reprochan la falta de convicciones políticas, carencia que los hace "cambiar de chaqueta" en el momento oportuno, sin importar

el bando, de lo que se trata es de aprovechar la oportunidad para obtener el mayor provecho propio.

Surge la antinomia de una sucesión fatalista de la historia y una posibilidad, aunque débil en un principio, de intervenir concientemente en ella; esto se deduce en la descripción de las circunstancias que rodean a los acontecimientos, el carácter dramático de la acción, el diálogo que la rodea.

Los novelistas intentaron encontrar el justo medio entre los extremos, fueron conservadores, se presentan como una gente preparada con gran fuerza moral y decencia, que puede llegar hasta el sacrificio y la renuncia, pero que no se apasiona ni se entrega desenfrenadamente y sin razón a una gran causa; es un "héroe" correcto pero no heroico, en él predominan los prejuicios conservadores y de pequeño burgués, es el que entiende lo que se halla diseminado y sin control, por ello se adjudica el derecho de ocupar la cabeza; en cambio, los líderes populares son apasionados, su propósito es aniquilar al contrario, vivir el presente ante la incertidumbre del mañana, hacer hoy lo que siempre le fue prohibido, tomar lo que siempre le estuvo vedado.

"La ventaja del régimen porfirista sobre los carrancistas posteriores es que, bajo Porfirio Díaz, había un tirano, y ahora cada teniente con mando de tropas ocupa tierras, comete estupro, mata vecinos sin otro freno que la codicia del jefe inmediato, que puede fusilarlo si se propone despojarlo. A diferencia de los actuales, un funcionario porfirista podía conservar cierto decoro en el ejercicio de sus funciones. Era reconocida una mayoría de

jueces honorables y de administradores probos; la desmoralización total de los servicios públicos que se consuma a partir de Carranza nos hubiera parecido una regresión al satanismo". (Vasconcelos, José. Ulises criollo. p. 691).

Los novelistas analizados en este trabajo, por haber vivido de cerca los hechos que narraron, no requirieron de pruebas y dieron por hecho lo escrito. Se trató de buscar el fundamento vital de los acontecimientos históricos en su enlazamiento y complejidad, en sus efectos recíprocos, buscando la manera de influir en la acción de las masas y servirles de guía. Buscar las conexiones entre la vital espontaneidad de las masas y la posible conciencia histórica de dirigentes y personajes principales, estas conexiones son importantes para comprender la historia.

En las novelas aparecen unidos el hombre de nobles ideales y planes humanitarios, con el oportunista; el hombre cultivado que se une a la Revolución para sacar el mayor provecho, hombres que aprovechan esa superioridad para ganarse la confianza de los cabecillas puestos cerca de "la mejor ración", ahora, de repente, se sentían "convencidos" de la nobleza de la lucha de los revolucionarios, y tarde se les hacía para integrarse a ellos.

Los "curros" se cuelan por todos lados, a pesar de la desconfianza que su presencia hace surgir en "los pelados", quienes afirman "... que los curros son como la humedad, por donde quiera se filtran. Por los curros se ha perdido el fruto de las revoluciones". (Azuela, Mariano. Los de abajo. p. 66): palabras de Solís en contra de Cervantes; Solís no comprendía

"...cómo el corresponsal de El país en tiempo de Madero, el que escribía furibundos artículos en El Regional, el que usaba con tanta prodigalidad el epíteto de bandidos para nosotros, milite en nuestras propias filas ahora". (Azuela, Mariano. Los de abajo. p. 78).

Cervantes, "el curro", a todo ello respondía que se había convencido de la verdad de la lucha de los ejércitos revolucionarios, que ahora perseguía los mismos ideales que Macías y sus hombres, pero en verdad, ¿Cuáles eran esos ideales?; tal parece que en este terreno ni la palabrería de Cervantes, ni la ingenuidad e ignorancia de Macías llegaban a un acuerdo:

"___ Yo he procurado hacerme entender, convencerlos de que soy un verdadero correligionario...

___ ¿Corre... qué? ___ inquirió Demetrio, tendiendo una oreja.

___ Correligionario, mi jefe..., es decir, que persigo los mismos ideales y defendiendo la misma causa que ustedes defienden.

Demetrio sonrió:

___ ¿Pos cuál causa defendemos nosotros?...

Luis Cervantes, desconcertado, no encontró qué contestar". (Azuela, Mariano. Los de abajo. p. 60).

El mismo Cervantes, en la medida en que aumenta su importancia frente al jefe Demetrio, se preocupa cada vez menos de hablar de los ideales y del valor de los hombres, para ocuparse tan sólo de estar en el mejor sitio durante las batallas y obtener el mejor "avance", sin detenerlo el hecho de que Macías

no compartiera sus "ideales revolucionarios", que al fin fueron para Cervantes el robo, el enriquecimiento rápido y la fuga a un lugar seguro, lejos de los peligros de la Revolución.

Demetrio Macías cayó fácilmente en las adulaciones y mentiras de Cervantes, más que en sus explicaciones sobre los nobles ideales que "el curro" decía de la Revolución; con esa adulación y verborrea Cervantes ocultó su oportunismo que en realidad era la única bandera que enarbolaba, pero que necesitaba mantenerla oculta hasta el momento oportuno de sacarla junto con su partida definitiva.

"_____ En primer lugar, mi general, esto lo sabemos sólo usted y yo... Y por otra parte, ya sabe que al buen sol hay que abrirle la ventana... Hoy nos está dando la cara, pero ¿mañana?... Hay que ver siempre adelante. Una bala, el reparo de un caballo, hasta un ridículo resfrio... ¡y una viuda y unos huérfanos en la miseria!... ¿El Gobierno? ¡Ja, ja, ja!... Vaya usted con Carranza, con Villa o con cualquiera otro de los jefes principales y hableles de su familia... Si le responden con un puntapié... donde usted ya sabe, diga que le fue de perlas... Y hacen bien, mi general; nosotros no nos hemos levantado en armas para que un tal Carranza o un tal Villa lleguen a presidentes de la República; nosotros peleamos en defensa de los sagrados derechos del pueblo, pisoteados por el vil cacique... Y así como ni Villa, ni Carranza, ni ningún otro han de venir a pedir nuestro consentimiento para pagarse los servicios que le están prestando a la Patria, tampoco nosotros tenemos necesidad de

pedirle licencia a nadie". (Azuela, Mariano. Los de abajo. pp. 92-93).

Este hombre oportunista, el que tan sólo luchaba para "su santo", el que en cualquier momento podría cambiar de bandera si con esto lograba mayores y mejores oportunidades para alcanzar los fines que se había establecido, está presente en diversas novelas; es el adulator, el que procura estar siempre cerca del jefe en turno para adivinarle los pensamientos y deseos, el dispuesto a servirle en todo, hasta de alcahuete, para ser "el preferido" del jefe, y ocupar un lugar privilegiado que le permita obtener buenos resultados, especialmente económico, que lo alejen de los riesgos que se corren en la Revolución.

En la obra La sombra del caudillo, tampoco faltan estos "jilgueros" que se encargan de endulzar los aídos del jefe hasta convencerlo de la verdad de sus mentiras, hombres que utilizan su fama de cultos y entendidos tan sólo para capitalizar en provecho propio "los triunfos de la Revolución".

Sobre las multitudes populares que se reunieron alrededor de algo o de alguien, en las novelas se afirma que no puede hablarse de una concepción ideológica precisa, y que era difícil una orientación de este tipo dada la heterogeneidad de los hombres y sus propósitos, en ocasiones hasta contradictorios; algunos hombres obran impulsados por una idea de cambio no precisa, basando su realización en hechos concretos e inmediatos.

Grupos humanos que pueden ser pacíficos o violentos, éstos

casi siempre impulsados por necesidades económicas, por promesas de cambios sociales pero que al calor de los sentimientos y las pasiones, no dio tiempo para un proyecto más profundo y a la vez más lejano en el tiempo.

Estas masas barren con la rutina de la vida diaria, en el caso de la Revolución, se convirtieron en una fuerza incontenible y casi independiente; esto lo compara Vera Kuteischikova con el fenómeno del tren, imagen ligada íntimamente a la Revolución, especialmente en la región norteña; el tren: "Es la realidad cotidiana de la vida en campaña y del símbolo del gran movimiento del pueblo arrobado por el huracán revolucionario. En muchas otras novelas los trenes eran audaces y fuertes cuando iban a batir al enemigo; y tristes en la retirada, cansados, heridos. El tren era un personaje significativo en el teatro de las acciones militares del norte, donde se movía, por las dilatadas estepas de Chihuahua, el ejército numeroso de Villa. Parecía que la propia Revolución avanzaba en esos trenes polvorientos. En estos trenes se llevaba una vida corriente -las mujeres voceaban, cocinaban y alumbraban-. Allí el comandante en jefe, Villa, sentado en un vagón y tomando café en un jarro de lata, sostuvo conversaciones de Estado". (Kuteischikova, Vera. "La novela de la Revolución Mexicana y la primera narrativa soviética" en Ocampo, Aurora. La crítica de la novela mexicana contemporánea. Antología. pp. 94-95).

Algo curioso, gracias a los trenes y a la movilización que permitió de los ejércitos, se logró mantener, en cierta medida, la unidad familiar; en los trenes se transportaron familias

enteras de una sociedad, que en sí toda, estaba en pleno movimiento.

Desde las obras de Mariano Azuela y en varias más de las contenidas aquí, se manifestó en ellas desconfianza hacia la acción de las masas, se les conceptuó como incapaces para ser guiadas y gobernadas por sí mismas; esta posibilidad de decisión, de voluntad y de trabajo propio, era lo que según Azuela diferenciaba a las clases.

Las escenas que narra Azuela en sus novelas en las que se describen las acciones destructoras de los movimientos populares, confirman su opinión acerca de la imposibilidad creadora y revolucionaria de las masas, opinión que en el curso de la Revolución pareció confirmarse.

Los anhelos de igualdad y libertad que defendían los líderes liberales, encabezados por Madero, poco a poco cayeron en desuso a la caída de Madero y el ascenso de Huerta. Algunos escritores de los que aquí analizo, como José Rubén Romero, vieron cambiar de repente la rueda de la historia, pero la falta de programas sociales maduros y fuertes impidió, según Romero, que el cambio se mantuviera.

"La Revolución, que en su primera sacudida mezcló nuestras capas sociales y despertó en los de abajo la esperanza de una igualdad por tanto tiempo ambicionada. En este remolino yo fui de los primeros que ascendieron (...). Pero vino la bancarrota de la democracia y tuve que bajar de prisa los escalones que tan

rápidamente había subido". (Romero, José Rubén. Desbandada. p. 154). El ascenso y el descenso social eran repentinos. Esta idea de cambio repentinos y pasajeros se repite en casi todas las novelas analizadas aquí, en ellas hay un personaje que tan rápido como subió así desciende, personajes que casi la casualidad los colocó de repente en altos niveles, para después, igual de repentino, volver a descender al lugar de donde salieron.

El concepto de un destino dispuesto por una voluntad superior, casi siempre de carácter divino, a la que el hombre no puede oponerse, también es una constante de la novela de la Revolución, tanto en los "de arriba" para justificar su posición, como en los "de abajo" para comprender y aceptar la suya. En Los caciques el padre Jeremías afirma: "Yo no sé quién ha despertado tantas ambiciones en la plebe, que nadie quiere conformarse ya con la suerte que Dios le ha dado". (Azuela, Mariano. Los caciques. p. 132).

Los soldados aparecen como convencidos de que ellos no necesitan nombres, basta con un número, ellos no van a ser la Revolución, serán los "de arriba" los que aprovecharán la oportunidad de ascender mañana. "Sobre las existencias de aquellos hombres se cernía continuamente la muerte. El mañana era algo inseguro, fortuito. Solo el presente, el instante en que vivían, era lo único efectivo, lo único real. Había, pues, que gozarlo, y gozarlo con la mayor intensidad posible". (Vera, Agustín. La revancha. p. 863): ¿Quiénes fueron ellos?, tal parece que a ni ellos mismos les preocupó dejar sus nombres, convencidos de su propia imposibilidad para hacerlo. "¿Para qué los nombres?

No importa el nombre del general. No importa el nombre del soldado. Somos la masa que no necesita nombres ni para la hora de la paga, ni para la hora de la comida; vaya, que ni para la hora de la muerte. Quedamos tirados para que se nos sepulse de misericordia o para que nos coman los zopilotes. Yo he cambiado de nombre y de chaqueta y no por eso me quieres menos". (López y Fuentes, Gregorio. Campamento. p. 189).

El hombre del campo aparece en las novelas como incapacitado para comprender a fondo el movimiento en el que está inmerso, esa condición de explotado que ha observado por siglos lo presenta como incapaz para entender su papel en la Revolución.

"Pero el convencimiento de una mejoría de la vida es completamente pasajero. Hablan de la misma miseria, de que no salen jamás de las drogas contraídas, de la mala situación de los medieros.

___ Lo bueno hubiera sido no dejar que el patrón regresara a la hacienda o que se le hubiera puesto la condición de darnos tierras y libertad de trabajarlas.

___ Eso no podía ser. La propiedad es sagrada. El que tiene chiche, mama, y el que no, se cría sanchito...

___ Mire, compa; yo he oído algo de eso de las tierras, que fueron de nosotros y que nos han quitado los abogados. Tengo la idea, pero no sé discursar. ¡Qué desgracia la de no conocer las letras!". (López y Fuentes, Gregorio. Tierra. p. 275).

Sin embargo, estas reflexiones también llevaron a los soldados a reconocer lo injusto de los resultados de la

Revolución. Se manifiesta en las novelas una reflexión ambigua, por un lado la incapacidad de las masas populares para gobernarse por sí mismas, y por el otro su capacidad de crítica y análisis que les permitía comprender lo absurdo de las situaciones, pero ante las cuales se sienten incapaces para actuar, y prefieren seguir las órdenes del caudillo en turno. No siempre se trata en las novelas de caudillos reales como Madero, Zapata, Villa, etc., puede ser un caudillo imaginario pero ante quien se manifiesta la misma fidelidad de sus soldados. De madero poco se habla en las novelas, probablemente no hubo mucho tiempo para conocerlo a través de sus actos; generalmente se habla de él como el iniciador de la Revolución a través del Plan de San Luis que escribió estando en prisión, en él se desconocía a Díaz como Presidente de México y convocaba al pueblo mexicano a levantarse en armas para restablecer las garantías y derechos de la Constitución del 57.

¿Cómo veían a Madero los intelectuales de la provincia?. Escuchemos a José Rubén Romero en Apuntes de un lugareño: "¡Qué bondadoso y qué sencillo, qué demócrata y qué grande, a pesar de su cuerpo de pigmeo, me parece este hombre! Olvida de continuo su investidura de magnate para sentirse humano, muy humano, y, como un nuevo Quijote, lo mismo alienta un ideal muy alto que sostiene una conversación ingenua con pastores y campesinos. Su grandeza ni tiene nada de brillante. No deslumbra ni atemoriza. Es la grandeza de los buenos y de los humildes que acaba por sobreponerse a todas las demás grandezas". (Romero, José Rubén. Apuntes de un lugareño. p. 112).

En las novelas se habla de la fuerza moral de Madero y de su férreo carácter liberal, de su defensa por los derechos y libertades humanos, de su fe en la democracia y en el voto popular; pero no se trató de un héroe épico como Villa o Zapata, más Villa que Zapata, alrededor de quien se tejieron una serie de narraciones y leyendas en las que se exaltó su genio de gran guerrillero, pero en las que no se dice nada, o se dice muy poco, de su programa social y político al triunfo de la Revolución.

La figura de Zapata ocupa en la novela un lugar más modesto que Villa, tal vez esto se explique por el hecho de que la mayoría de los escritores de la novela de la Revolución fueron partícipes de ella en los ejércitos del Norte, que era una región revolucionaria más importante que la del Sur en donde Zapata y sus hombres libraban importantes combates guerrilleros con los federales, pero no batallas decisivas como las del Norte que marcaron en gran medida los rumbos que iba a seguir en adelante la Revolución.

En la región del Sur de México Zapata se convirtió en leyenda. Los peones, después de la muerte del caudillo sureño, aseguraban que lo veían cabalgar y que escuchaban el paso de su caballo, esto mantuvo viva por mucho tiempo la esperanza de que un día se haría realidad la bandera de Zapata: ¡Tierra y Libertad!.

"Existe la seguridad de que Antonio Hernández esté bien muerto, pero nadie sabe donde se halla enterrado. En cambio, el

general Zapata todos saben donde está enterrado; pero nadie, en el rumbo, cree que ha muerto...". (López y Fuentes, Gregorio. Tierra. p. 302).

Con respecto a Francisco Villa, en las novelas se le muestra enigmático y feroz, justo y caprichoso, humanitario y vengador, grande y admirable en su brutalidad, poseedor de todo los atributos humanos. Tiburcio Maya en Vámonos con Pancho Villa y cerca ya de su final a manos de los perseguidores del "Centauro del Norte", no sabe a ciencia cierta qué es la revolución; la ve encarnada en su jefe, grande y admirable en toda su bondad y crueldad. Villa representa la Revolución, así es ella, creadora y destructora a la vez, pero portadora de la esperanza de una vida mejor para las mayorías. También así era Villa, capaz de enternecerse hasta las lágrimas frente al dolor de los pobres, o ante la despedida de un amigo, pero cruel para castigar a quienes consideraba causantes de la injusta situación del pueblo mexicano. Lo mismo eran sus hombres, especialmente Fierro cuya manera de ser parece más la de una bestia que la de un hombre, así lo pintó Martín Luis Guzmán en el pasaje que tituló "La fiesta de las balas" en El águila y la serpiente.

Algunos jefes y ejércitos revolucionarios del Norte nunca conocieron a Villa:

"____; Gué viva Villa!

La noticia se propagó con la velocidad del relámpago.

"____ ; Ah, Villa!... La palabra mágica. El gran hombre que se esboza, el guerrero invicto que ejerce a distancia ya su gran

fascinación de boa". (Azuela, Mariano. Los de abajo. p. 80).

A Villa se le llamó el Napoleón mexicano, el caballero azteca que cayó sobre la cabeza de Huerta, el gran guerrillero que puso en apuros a los ejércitos de Obregón y Carranza; hombre a quien muchos no conocieron pero cuyo nombre hacía sentirse a los hombres poseedores de esa energía y voluntad del Centauro del Norte.

"Pero los hombres vistos y vividos no valían nada. Había que oír la narración de sus proezas portentosas, donde, a renglón seguido de un acto de sorprendente magnanimidad, venía la hazaña más bestial. Villa es el indomable señor de la sierra, la eterna víctima de todos los gobiernos, que lo persiguen como a una fiera; Villa es la reencarnación de la vieja leyenda: el bandido-providencia que pasa por el mundo con la antorcha luminosa de un ideal: ¡robar a los ricos para hacer ricos a los pobres! Y los pobres le forjan una leyenda que el tiempo se encargará de embellecer para que viva de generación en generación". (Azuela, Mariano. Los de abajo. p. 81). Aunque los hombres hablaban de "oidas" de Villa, como pasaba a los hombres de Demetrio Macías quien ninguno, ni siquiera Macías, conocían al caudillo, todos se sentían peleando al lado suyo y por los mismos ideales de justicia.

Frente a esta "minoría idealista", representada para Vasconcelos por Madero, de quien afirma: "No era Madero un político de oficio ni un demagogo. Su ideología iba más allá de sus planes. Lo sostenía la convicción de que es el ideal una

fuerza que acelera el proceso si encarna en hombres despejados, resueltos y honestos. No era anticlerical ni jacobino y sí liberal tolerante con programa agrario. Creía en el poder del espíritu sobre el complejo de las cosas y los sucesos. Era, en suma, una de esas figuras llamadas a forjar la Historia, en vez de seguir sus vericuentos oscuros". (Vasconcelos, José. Ulises Criollo. p. 747). Se levanta una "Juanada" que no entiende el porqué de la lucha, aunque intenta también encontrarle una razón que va más allá de lo inmediato; pero que era necesaria la presencia de "alguien" que se los recordara.

"La mera verdad era que a nosotros, los de tropa, nos daba igual un lado que otro; en una y otra parte había jefes, oficiales, sargentos y cabos; en las dos partes habíamos forzados, que por nuestra propia voluntad jamás hubiéramos peleado contra nadie. ¿Qué culpa teníamos nosotros de las diferencias o dificultades de los de arriba?; ¿por qué no se agarraban ellos, unos con otros, y nos dejaban a nosotros en entera libertad? Pero, no; Madero por un lado, mandando desde el Palacio Nacional, y Félix Díaz, por el otro, escondido en la Ciudadela, mandando desde allí también a su gente. Los generales y los jefes, también dizque dirigiendo, pero bien protegidos por las paredes, y nosotros, la "juanada", a exponer la barriga, a tirar casas, a echar balazos o dar o recibir la muerte de manos de otros "juanes" iguales a uno, a quienes no odiábamos y de quien sabíamos que tampoco nos habían de querer mal. Semos los soldados como esos aros con que juegan los chiquillos, que van por donde los avientan: a veces ruedan por las banquetas, por los

caminos, por los jardines, y, otras veces, van a dar contra los carros que pasan por la calle o contra los otros aros que manejan enfrente otros muchachos. Por donde les dé la gana echarnos, por allí nos vamos los de tropa, como borregos, a matar a quien nos dicen. Semos carne de cañón de todos los tiempos; de los presentes, de los que han pasado y de los que vengan también; matando o muriendo, sólo servimos de escalón de los que nos echaron por delante. ¿Hasta cuándo dejaremos de ser bueyes y embestiremos a los que nos arrean?". (Urquiza, Francisco L. Tropa vieja. pp. 482-483).

"_____ Pero no estamos peleando por venganza Alvarito. La Revolución es algo más, algo tan grande que nos exhibe a los hombres en toda nuestra insignificancia: es la inconformidad del pueblo con su miseria. Cuatrocientos años trabajando para recibir en pago el hambre que lo enerva, que lo debilita, que lo agota. El hambre, esa punta de hierro hundida en el vientre. Las generaciones nacen y mueren con hambre, sin haberse sentido hartas nunca. Hasta que se arranquen del vientre aquel hierro que en sus manos se convierte en arma para luchar contra su enemigo. Eso es la Revolución". (Muñoz, Rafael F. Se llevaron el cañón para Bachimba. p. 843).

Sin embargo, se intentó mostrar la grandeza humana que debido a una conmoción popular, se liberó de sus representantes más significativos: el cura y el hacendado; algunos de estos autores no fueron capaces de colocar en el centro de sus creaciones esos rasgos de crisis y fragmentación, ese carácter trágico de la propia historia. No se habla acerca de las

verdaderas razones de la rebelión, de los problemas vitales sociales del pueblo mismo; la vida del pueblo no fue mas que un material ilustrativo que comprobaba sus ideas sobre él.

Se escogieron anécdotas en donde el autor creyó hallar la auténtica imagen de las costumbres y los caracteres de la época, en la intimidad de la observación inmediata, ahí se ve la representación y explicación histórica. Se convierte en una fina descripción de las costumbres de los grupos y de los ejércitos, pero sin establecer su conexión con los problemas reales y decisivos del pueblo.

"___ Tengo la franqueza de sacar la cara por los federales que se han rendido.

___ Naturalmente, la cabra busca al monte...

___ ¿Lo dices porque fui rural?. No es una vergüenza. Nos tocó en suerte haber quedado de la otra orilla, pero rectificamos a tiempo nuestra conducta y creo que hemos peleado al menos como ustedes.

___ Pues yo, en la primera oportunidad, zafo el hombro.

___ ¿Y qué hará la revolución sin usted, capitán de dedo?

___ ¡Lo que hacía sin usted, chaquetero! ¡Triunfar!".
(López y Fuentes, Gregorio. Campamento. p. 190).

Se describe la vida de un pueblo en campaña, rica en colorido y figuras humanas, como si éstas fueran el fundamento de la historia misma; sumidas las masas en la pasividad y en espera de que la historia actúe por ellas; la marcha espontánea y natural de las cosas, el no querer estorbar la libre expansión de

ellas con la intervención consciente y dirigida de las masas, aparecen en las novelas como una constante. El caudillo apasionado encuentra eco inmediato en las masas, la pasión e inmediatez del propio cabecilla, logra que las masas se pongan en movimiento.

¿Qué somos, villistas o carrancistas?:

"____ Pos la mera verdá____ dijo al fin el cojo Timoteo después de permanecer largo rato callado como si estuviera en una honda meditación____, la mera verdá es que no sé qué partido tomar... Yo soy carrancista y le tengo gdena voluntá al viejo... Pero a los villistas les alzo pelo... Dicen que son muchos, muchos, y que traen hartos cañones y ametralladoras. El general Villa es el mesmo demonio y no hay quien se le pare enfrente. Si seguimos defendiendo al viejo, estoy seguro que nos amuelan. Y si chaqueteamos y nos pasamos con Villa, pos la mera verdá es que me remuerde la conciencia, porque es como si juéramos traidores..." (Vera, Agustín. La revancha, p. 834).

¿Qué hacer?, que lo resuelva "un volado":

"Pos ai ustedes dicen, muchachos lo que hemos de hacer ____ concluía el cabecilla____: La cosa está del demonio y yo no quiero que ustedes digan que por mi culpa les va después mal... Ai ustedes dicen si seguimos al jefe o nos cambiamos con los villistas... La mera verdá es que yo no quisiera ni una cosa ni la otra: pero, como dice Agundio, hay que seguir la bola, porque si no nos amolamos más pronto.

Los hombres quedándose silenciosos, mirándose unos a otros sin saber qué responder. Luego, como nadie se atreviera a tomar una determinación. Abundio repuso:

Lo mejor será que echemos un "volao"... Así, lo que la suerte decida... Ya estará de Dios...". (La Revancha. p. 835).

El escritor se vio ante el trágico desplome de un mundo que quería ver cambiar, no destruirse convulsivamente, lo que pretendió fue mostrar a los demás la explosión de una época, lo demás aparece sólo como medios para alcanzar esos fines. Se incluyeron sentimientos de amor, fidelidad, amistad, venganza, codicia, etc., con el propósito de crear un espacio en el que realmente pudieran actuar las pasiones humanas en total desenfreno, como lo fue el periodo de 1910 a 1917.

"___ Mire, mi general; si, como parece, esta bola va a seguir, si la Revolución no se acaba, nosotros tenemos ya suficiente para irnos a brillarla una temporada fuera del país". (Azuela, Mariano. Los de abajo. p. 93).

"___;Qué brutos!. ___ exclamó la Pintada riendo a carcajadas___ ¿Pos de dónde son ustedes? Si eso de que los soldados vayan a parar a los mesones es cosa que ya no se usa. ¿De dónde vienen? Llega uno a cualquier parte y no tiene más que escoger la casa que le cuadre y esa agarra sin pedirle licencia a naiden. Entonces, ¿pa qué jue la Revolución? ¿Pa los catrines? Si ahora nosotros vamos a ser los meros catrines...". (Azuela, Mariano. Los de abajo. p. 85).

"___ ¿Qué pa qué sirvió la revolución? Pos pa eso

precisamente: pa tumbar a los de arriba, pa matar a los ricos malditos que nos estuvieron chupando la sangre durante tantos años, pa acabar con todos los que nos tenían oprimidos y esclavizados y ser ora nosotros los que nos pongamos en su lugar. ¡Esta es nuestra revancha! ¡Esta es la revancha de los de abajo, de todos los que teníamos hambre, de todos los que con nuestro sudor amasamos la fortuna de los que estaban arriba! ¡Ora semos nosotros los que mandamos!... ¡Ora semos nosotros los de arriba...!". (Vera, Agustín. La revancha. p. 891).

En la novela de la Revolución Mexicana la mujer aparece como un ser sin nombre ni rostro, anónimo y secundario, aunque siempre presente; la compañera inseparable del soldado con quien comparte su destino, un "artefacto masculino" que se toma y se abandona cuando ya no es útil ni necesario. Un ser sin ubicación propia, no así en el corrido de la Revolución en el que la mujer ocupa un lugar importante y que generalmente da su propio nombre al corrido; en la novela se encuentran personajes femeninos nobles y simpáticos, fieles la mayoría de las veces a sus hombres, pero nada más.

Entre algunas de las características propias de la Revolución Mexicana fue el que un grueso número de mujeres se incorporó directamente a ella, compartiendo con los hombres los momentos de batalla y los de descanso. Surge la figura de la soldadera mexicana que junto a los hombres, y al igual que ellos, toma parte de los combates; pero en la novela aparece su figura como deslucida, atrás del hombre, pero perdida en su

sombra.

Azuela presenta varias figuras femeninas entre las que sobresalen "la pintada", Camila y la mujer de Demetrio Macías, quien ni nombre tiene. Se trata de figuras femeninas muy diferentes. "la pintada", mujer alegre que se une a quien le ofrezca mayor paga y cómoda vida, capaz de matar si alguien intenta quitarle a "su hombre", como lo hizo con Camila, campesina ingenua y noble que al ser engañada por Cervantes es entregada a Macías, para después poco a poco irle "cobrando voluntá", y negarse a abandonarlo.

Demetrio pocas veces evocaba la figura de su esposa, pero cuando lo hizo "... se reprodujo fielmente en su memoria: aquellas líneas dulces y de infinita mansedumbre para el marido, de indomables energías y altivez para el extraño". (Azuela, Mariano. Los de abajo. pp. 97-98).

Los hombres de los ejércitos revolucionarios se expresaban de la mujer como un objeto de uso, especialmente de las que encontraban a su paso, no así de las esposas o madres de sus hijos pero que poco aparecen en las novelas.

"___ Mire compadre Demetrio, ¿a que no me lo cree? Yo tengo mucha experiencia en eso de las viejas... ¡Las mujeres!... Pa un rato... ¡y mí que rato!... ¡Pa las lepras y rasguños con que me han marcao el pellejo! ¡Mal ajo pa ellas! Son el enemigo malo. De veras, compadre, ¿voy que no me lo cree?... Por eso verá que ni... Pero yo tengo mucha experiencia de eso". (Azuela, Mariano. Los de abajo. p. 80): así se expresaba Anastasio Montañés cuando

hablaba acerca de las mujeres con Demetrio Macías.

Aparece la figura de la mujer bella, elegante y romántica alrededor de quien se teje una historia que se sucede al margen de la Revolución, o que evoca recuerdos al escritor como la Adriana de Vasconcelos, o la mujer que es capaz de dominar al general Felipe Rojano como sucede con Gabriela en La escondida, o la madre cariñosa y tierna dispuesta a prodigar siempre sus caricias, como sucede con Nellie Campobello al evocar la figura de su madre en Las manos de mamá.

También aparece la mujer cuya promesa de venganza está por encima de su amor hacia un hombre, como sucede con Lupe en La revancha. Se trata tan solo de una obra que utiliza un acto aislado de la Revolución, para tejer alrededor de él una historia romántica que acaba en un asesinato.

No faltan "las juanas" de Tropa vieja, fieles mujeres a su Juan. Podría tratarse del Juan que había perdido un brazo durante las luchas de la decena trágica, quien ahora "mocho" tenía cerca a su Juana que le servía como sustituto:

"___ Acércate junto a mí, junto a mi brazo mocho, para no echarlo tanto de menos". (Urquiza, Francisco L. Tropa vieja. p. 485).

Juana "la muda" en Frontera junto al mar, aquella pobre prostituta que al final le es fiel al soldado federal, sin importarle que ella era mujer de los revolucionarios; o la pobre viuda que en Campamento ruega a los soldados que se la lleven,

pues la noche anterior eso le habían ofrecido por haberse entregado a ellos; así desfilan una serie de mujeres, tristes, fieles, románticas; el accesorio complementario del hombre, pero "mujer al fin", sin voluntad, decisión o acción importantes, propias, definitivas para la lucha.

Se ha idealizado mucho a la soldadera de la Revolución, la verdad es que en la novela ocupa un lugar muy oscuro y opaco, fiel compañera del hombre, el del momento presente, pero hasta ahí; sumisa las más de las veces, obediente y callada, pero feroz cuando tenía que defender lo suyo; mujeres sin nombre, y si lo tuvieron, mujeres sin apellido propio, lo mismo que muchos soldados de la Revolución.

Mujeres que de repente se vieron envueltas en "el huracán de la lucha", y que se dejaron arrastrar por él sin saber ni cómo ni para qué, tan solo había que estar cerca de su Juan, lo demás no importaba.

Si hubo ausencia de convicciones, de ideales, programas y propósitos definidos de la Revolución, esto se nota mucho más en la soldadera de las novelas de la Revolución, mujer cuyo único propósito fue permanecer cerca de "su hombre", en las buenas y en las malas, lo mismo que un perro, únicos acompañantes de muchos revolucionarios anónimos, que representaron fielmente al pueblo mexicano.

"Sin embargo, una minoría idealista puede en cualquier instante levantar el nivel de su pueblo; la dictadura, jamás. Era

menester osar. No hay peor cobarde que el cobarde del ideal".
(Vasconcelos, José. Ulises Criollo. p. 747).

Los novelistas intentaron ser fieles a las representaciones de los fundamentos materiales de la sociedad de ese período; sus obras fueron una gran novela de la sociedad en la que sus autores oscilaban entre el idealismo filosófico, el liberalismo puro, el materialismo mecanicista, el socialismo utópico, el anarquismo, e incluso el darwinismo social para hallar una explicación a los hechos que se estaban sucediendo frente a ellos.

El problema social desempeñó importante papel en las reflexiones históricas de los escritores, la lucha contra la incultura política y la ignorancia de los indígenas se convierte en la lucha por la democracia y la dirección de los mejores, por la dirección de la "élite intelectual". Los problemas del indígena se convierten en cuestiones y problemas sociológicos étnicos, esto sucede por la separación del escritor con respecto a la verdadera vida del pueblo, su realismo consistió en moverse con entera libertad en su materia, en creer que conoció perfectamente a los "tipos" de la vida popular como para poder recrearlos con su fantasía, sin que se alejaran del "tipo" original.

José Vasconcelos y su ideal del hombre criollo, en sus obras manifiesta recelo hacia las masas populares, hacia los indígenas y su "aztequismo". Vasconcelos asegura que mientras no sean educados "... subsistirá el sistema de sacrificios humanos, así se llame Victoriano Huerta o Plutarco Elías Calles el Moctezuma

en turno. Todo eso sentía latir Madero bajo la costra de la democracia que implantaba. El viejo instinto que pide sangre no estaba vencido. Para aplastarlo confiaba en su ejemplo y confiaba en la escuela. Con diez años de escuela maderista no hubiera sido ya posible el carrancismo; no habrían vuelto a aparecer en nuestra historia los Orozco y Pancho Villa. Madero liquidaba el fecundismo, la supremacía del bruto armado sobre el civilizado constructor. Es decir, cambiaba el sentido de la historia nacional". (Vasconcelos, José. Ulises Criollo. p. 794).

Los indígenas, hombres sin condición propia, esperando siempre a quien los guiara por dónde él quisiera llevarlos. "Ayer con el porfirismo, hoy con la Revolución, mañana... ¡Eran las mismas turbas de siempre, bestiales, cobardes y ciegas, obedientes al primero que llegase con ánimo de pisotearlas y de meterles en cintura!". Magdaleno, Mauricio. El resplandor. p. 971).

Se condolieron de la situación del indio; reflexionaron acerca de lo que había ganado con la Revolución; pero no más allá de una compasión paternalista hacia "el otro", hacia "el inferior".

"_____ Lo digo porque todos los beneficios que pregona la Revolución no parecen comprender al indígena, que sigue siendo el mulo de la llamada gente de razón. Llegamos a una parte donde escasean los forrajes y lo primero que se nos ocurre es obligar al indio a traernos en su lomo la pastura. Necesitamos correos que crucen los peligros de un campo enemigo, y ahí está el indio,

quien muchas veces no regresa, porque lo sorprenden en una emboscada. ;Queremos guías y echamos mano de los indios! ;Hay que atacar, y echamos por delante a los indios!". (López y Fuentes, Gregorio. Campamento. pp. 201-202).

Las injusticias que los "de razón" cometían con los indígenas, despertaban en los escritores sentimientos de vergüenza y rebeldía, pero nada más.

El indígena aparece en las novelas de la Revolución como el hombre sin conciencia política, aferrado a su jacal y a su familia, incapaz de comprender los ideales y propósitos nobles de la Revolución, aún más inconsciente que el peón acasillado mestizo que luchó por un pedazo de tierra; el indígena comunero se presenta al margen de la Revolución, le ve pasar pero no la comprende, y tal parece que tampoco intenta comprenderla.

Los yugos de la ignorancia y la superstición eran las únicas propiedades que se les reconocía a los indígenas, la ignorancia fomentada por las autoridades civiles y la superstición por las eclesiásticas. Los mismos escritores reconocen en los indígenas esas condiciones, critican al cura y al cacique pero también critican al indio.

El "respeto total a los hechos" viene a ser un sustituto de esta familiaridad con la vida popular, pero al no poderse el escritor liberarse verdaderamente de las corrientes y oscilaciones de su tiempo y de la clase a la que pertenece, hace que la confusión del lector crezca todavía más. Si la racionalidad del escritor se enfrentó con carácter de excluyente

e incompatible con la irracionalidad del pueblo, necesariamente tenía que surgir una ideología de la renuncia, de la retirada de todo proyecto humanístico frente a las masas irredentas, abandonando así el campo de batalla en el que se decidía el destino del pueblo.

La democracia y la igualdad se quedaron en puras exigencias, sin llegar a la plasmación concreta; existió un anhelo general por establecer un nexo íntimo con el pueblo, así como el reconocimiento de la importancia del pueblo mismo como fundamento de la historia, pero los excesos y los estragos de la violencia provocaron desencanto y desesperación en los novelistas, que prefirieron dejar que los hechos siguieran sucediendo con la fatalidad con la que lo venían haciendo. En el fondo aparece el concepto de la historia como la lucha de una minoría, capaz de juzgar y decidir por una compacta mayoría compuesta por ciegos y arribistas, masas sin criterio sólo guiadas por el odio y el instinto, masa hecha de cera para que el caudillo en turno le dé la forma que quiera; hacia ese caudillo muestran una admiración y lealtad ciegas, pero no logran ver más allá de ese caudillo; en él se agotan sus planes y proyectos, en él se personifica la razón de su lucha, hacen suya la tragedia del caudillo y las razones que tuvo para lanzarse al movimiento.

"La revolución contaba con un código agrario y toda una legislación del trabajo. Tierras y una vida humanizada quedaban prescritas para siempre. Los millones de muertos que en la guerra habían caído lo habían convertido en ley. Esta era su

victoria...". (Mancisidor, José. En la rosa de los vientos p. 675).

Ahora se pensaba en la paz, en la seguridad del porvenir, en la posesión de las tierras; pero pasaron los meses y nadie pensaba en cumplir lo ofrecido, las leyes son las leyes pero no siempre se cumplen y también pueden ser violadas:

"¿Que existía una ley agraria que hablaba del retorno de la tierra a sus dueños verdaderos? ¡Bien! No se negaba..., pero tampoco se cumplía. Las leyes son a veces un cebo para pescar incautos o un compromiso impuesto por las circunstancias...". (Mancisidor, José. En la rosa... ob. cit., p. 675).

"¡Lástima de tanta vida segada, de tantas viudas y huérfanos, de tanta sangre vertida! Todo ¿para qué? Para que unos cuantos bribones se enriquezcan y todo quede igual o peor que antes". (Azuela, Mariano. Los de abajo. p. 70).

"En los pueblos la vida ha tomado su pulso normal; el rico manda y el pobre obedece; el cura lanza sus anatemas contra los mismos herejes liberales y azuza a sus fanáticos para que chillen sin cesar. Continúan los mismos viciados sistemas de la Dictadura. El indio va por por los caminos con su huacal al hombro y el peón se desmaya en el surco para poder cobrar sus miserables veinticinco centavos". (Romero, José Rubén. Apuntes... ob. cit., p. 104).

"Soldados mancos, cojos, reumáticos y tosigosos dicen mal de Demetrio. Advenedizos de banqueta causan altas con barras de

latón en el sombrero, antes de saber siquiera cómo se coge un fusil, mientras que el veterano fogueado en cien combates, inútil ya para el trabajo, el veterano que comenzó de soldado raso, soldado raso es todavía.

A los pocos jefes que quedan, camaradas viejos de Macías, se indignan también porque se cubren las bajas del Estado Mayor con señoritines de capital, perfumados y peripuestos". (Azuela, Mariano. Los de abajo. p. 109).

Se acusan a sí mismos de cobardes y a los otros de incapaces y salvajes, en donde todo ideal planeado se fue a buscar abrigo en otros lados.

"Un banquete, otro banquete. Hay en todos los brindis fuego entusiasta. Habla la aristocracia, le contesta el capitalismo; la inteligencia cautiva a todos con sus luces de bengala y nosotros oímos discretos, callamos con nuestras bocas cobardes, avergonzados y torpes ante aquellos señores bien vestidos que nos hacen la merced de un abrazo". (Romero, José Rubén. Apuntes... ob. cit., p. 103).

"Cerca de la estación (Morelia), al pasar frente a la estatua de la Justicia, pude por fin tomar un coche. Cuando me acomodé en el asiento y solté la maleta me pareció que la Justicia quería arrancarse la venda de los ojos, tirar en malhora las balanzas y emprender también el camino, sin rumbo, con el anhelo imposible de encontrar un país, donde no se le venda o no se le burle". (Romero, José Rubén. Apuntes de un lugareño. p. 121).

"Y una multitud imbécil, desde la plaza, levantó un clamor que refrendaba la farsa. Para ellos libertad es su noche de gritería y alcohólico holgorio. Nada hay más antipático que el entusiasmo patriótico de un pueblo envilecido. La tolerancia del crimen en el gobierno deshonra el patriotismo que exige decoro antes que histerismo y loa. Y se torna soez toda alegría pública que convive con la impunidad, la impudicia del gobernante. Por eso es asquerosa nuestra noche del quince". (Vasconcelos, José. Ulises criollo. p. 746).

En destinos individuales ejemplo Demetrio Macías, se expresan en forma inmediata y típica los problemas y destinos vitales de la época, sin protagonistas históricos importantes y definitivos que personifiquen efectiva e "intelectualmente" las grandes ideas y los ideales por los que los escritores lucharon y escribieron, y que se quedaron regados en el camino. "Los de abajo" vivieron la revolución de manera inmediata y convulsa, "los de arriba" la racionalizaron y pensaron, pero no tuvieron oportunidad de actuar. Sin embargo, cuál era el proyecto para México después de la Revolución de "los de arriba"; en las novelas no se define de manera clara ese proyecto, sin embargo, se vislumbraba uno muy cercano al de Carranza, un país democrático liberal, dirigido por los más aptos, los intelectuales que pertenecían a las clases medias, y que darían al pueblo una forma de vida más justa y equitativa que la que tuvo durante el Porfiriato; sistema en donde la división y diferencia entre las clases, marcaría las distancias entre el apto y el inepto, el capaz y el incapaz, el de "arriba" y el de "abajo" en

base a lo logrado en un sistema cuyas oportunidades sociales, eran ofrecidas a todos por "igual".

El movimiento armado de 1910 culmina con la Constitución Mexicana de 1917, en ella quedan registradas las reformas políticas y sociales que regirán en adelante los destinos del país, pero ¿qué se dice en las novelas acerca de ese final?.

La historia de la Revolución, principalmente en lo que respecta a la reforma agraria, queda anunciada en planes, programas, Constituciones; pero las mentiras de muchas promesas no cumplidas quedan registradas en las novelas de algunos escritores de la Revolución.

"Cena de cortesanos más que de rebeldes. Cristales de Baccara, loza de China, mantelerías de Bruselas, flores sobre la mesa, desmayándose con languideces de mujer, y nosotros, remendados y tristes, vendiendo como Esaú, nuestros principios por un plato de lentejas.

Allí fraternizábamos con los ricos ante el halago de una mesa opipara, olvidando nuestras ideas igualitarias, mientras nuestros compañeros de lucha se agrupaban friolentos y humildes en los corredores de la casa, después de haber tomado por todo banquete su porción de tortillas y de frijoles, como cuando eran siervos pacíficos de la Dictadura". (Romero, José Rubén. Apuntes de un lugareño. p. 101).

Los mismos escritores se muestran avergonzados del curso que sigue la Revolución así como sus resultados, la igualdad que se

proclamó como uno de los propósitos de la Revolución cuando ésta se iniciaba, se quedó atrás; ahora la nueva clase social ascendente volvía a establecer distancias, el indio era indio y ése era su lugar, lo mismo que el campesino. La aristocracia y el dinero siguen siendo los amos del país, ellos son los únicos dignos, por ser los mejores, de gobernar y dirigir a este pueblo, que, no bajo una dictadura tipo porfirista, pero sí bajo la dirección de "los capaces", debía aprender a ser libre, a participar en la política de su país, todo esto necesitaba tiempo y preparación .

Los autores de las novelas permiten darse cuenta de que a pesar de los horrores de la guerra eso no era la Revolución, ella era un noble propósito por mejorar las condiciones sociales del pueblo, por hacerle menos penosa el hambre y la miseria, por el deseo de las clases medias de tener la oportunidad de ascender en la escala social y colocarse en el lugar del viejo hacendado y cacique; la Revolución rompería los moldes sociales del Porfiriato, sólo así se podría acabar con esa sociedad cerrada que impedía el ascenso de cualquiera que no fuera del círculo porfirista. Esos intelectuales provincianos y esos peones de hacienda nunca podrían cambiar su situación social sino sólo a través de la Revolución, aunque el pillaje y el saqueo se confundieran con los fines.

En algunas de las novelas se manifiesta una clara defensa por la patria y el pueblo mexicano frente a la intromisión de otros pueblos, especialmente con respecto a los Estados Unidos de Norteamérica; pueblo cuyo imperialismo no era ajeno a algunos

mexicanos que veían en esa expansión un peligro para el país. Algunas de esas ideas expansionistas fueron manifestadas por ciudadanos norteamericanos comunes que no ocultaban sus planes de hacer de México un estado norteamericano más, para ello había que aumentar las inversiones en nuestro país y con ello sus ganancias.

Veamos lo que a Vasconcelos le dice un banquero llamado Beckins, quien a los pocos años de iniciada su carrera se hizo millonario ejerciendo su trabajo en nuestro país:

"____ Sería hermoso un continente gobernado napoleónicamente desde Washington. Y, ¿por qué no? ¿Qué escrúpulos puede nadie oponer? Usted es buen mexicano, yo soy buen norteamericano; por qué no habían de unirse las dos naciones como se nos unió Texas? Y entonces, ¿Quién sabe? ¡Un mexicano podía llegar a ser el jefe de todo el continente!". (Vasconcelos, José. Ulises criollo. pp. 706-707).

Las ideas imperialistas de los norteamericanos desconocían todo concepto de nación, pueblo o frontera. "Lo que hacía falta eran hombres como Porfirio Díaz, capaces de tener en un puño a la plebe, hecha de ineptos y descontentos". (Ibidem. p. 706); esos ineptos y descontentos eran los mexicanos, pueblo constituido por hombres bárbaros que se matan unos a otros, y que no logran alcanzar la etapa civilizadora de sus vecinos del Norte; todo por culpa de su atraso político como pueblo que no encuentra su camino en los senderos que marca la democracia liberal norteamericana. Sin embargo, para llegar a esa etapa, era

necesario que en México existiera la mano dura de un dictador como Don Porfirio, lo suficientemente fuerte para controlar un pueblo de "ineptos y descontentos" como lo son los mexicanos.

Es inexplicable que el embajador de los Estados Unidos en México, Henry Lane Wilson, el mismo que junto con Huerta y Félix Díaz planeara la traición y muerte de Madero y Pino Suárez, pronunciara en uno de sus discursos que "... era efímero todo progreso que no se apoyara en la sólida roca de la Constitución de un pueblo"; palabras que se interpretaron como un ataque contra la dictadura de Díaz, y que hicieron que el embajador ganara simpatizadores entre los opositores al sistema porfirista. Simpatía que en adelante se habrá de acabar con respecto al pueblo norteamericano, y que se manifiesta en varias de las novelas, donde el sentido de Patria se coloca más allá de toda ideología y partido político o revolucionario, como se lee en la novela Frontera junto al mar, en la que Mancisidor narra como se unen federales y revolucionarios en un propósito común: expulsar al soldado yanqui de nuestro país cuando éste invadió las costas veracruzanas en 1914, durante el gobierno del usurpador Victoriano Huerta.

Aquí se unen todos, los aliados de Huerta y sus opositores, para defender el puerto y expulsar al invasor extranjero, hasta "Chespiar", el anarquista convencido, olvida sus ideas de rechazo a todo tipo de gobierno y su negación del concepto pueblo limitado por fronteras convencionales, y lucha junto a los demás, unidos todos en una voluntad única: salvar a la patria y al pueblo.

" ____ No ____ denegó Chespiar con gesto enérgico _____. Ahora no me equivoco. Pude creer que me daría lo mismo que los gringos o los de Huerta ganaran la partida, porque no supe descubrir que por encima de Huerta y los mezquinos móviles que a aquéllos impulsan está el pueblo... ¡El pueblo! Esa cosa indefinible a veces, intangible en otras, pero existente... ¡El pueblo!...". (Mancisidor, José. Fronteras junto al mar. p. 564).

Ese rechazo hacia "los gringos" se muestra también en las novelas que hablan de Villa, quien siempre se mostró receloso hacia la amistad de "los gueros", o "los bolillos" como él los llamaba. Lo mismo sucedía en los hombres de los ejércitos villistas, por ejemplo el caso de Pablo López, un joven general villista que participó en el ataque a la población de Columbus y a quien odiaban los norteamericanos y que querían verlo colgado en un árbol; al ser apresado Pablo López y sentenciado a morir fusilado: "Como última voluntad pidió el no morir frente a un americano que estaba entre la multitud. 'No quiero morir frente a éste', dijo con energía, el tímido y joven general". (Campobello, Nellie. Cartucho. p. 946).

Igual rechazo se manifiesta en los ejércitos orozquistas de los "colorados", quienes perseguían y fusilaban a los "gringos filibusteros" que vendían armas a los ejércitos de Villa, se trataba de extranjeros, gringos, que hacían negocio con la muerte de los mexicanos.

Alvaro Abasolo, uno de los protagonistas de la novela Se llevaron el cañón para Bachimba se "estrena" con un

norteamericano como oficial de fusilamiento; al finalizar la ejecución, el mismo Alvaro se siente admirado al darse cuenta de que ya sabía "fusilar bien". Esto lo comprendió al ver muerto en el suelo al norteamericano acribillado por el pelotón a quien él mismo había dado las órdenes de fusilamiento; sin embargo, cuando Alvaro recibió la orden de dirigir el fusilamiento, preguntó ¿por qué?, la respuesta del general Marcos Ruiz fue:

"_____ Teniente Abasolo _____ me disparó Marcos las palabras con la rapidez de aquellos rifles en tres patas____. Tome diez hombres y se va a aprehender al gringo. Me lo fusila inmediatamente.

¿Yo? ¿Por qué?

_____ Porque es un extranjero que vino a matarnos por negocios, un filibustero, un criminal en cualquier parte del mundo. Váyanse aprisa y que sea la última vez que pregunte por qué cuando se le da una orden". (Muñoz, Rafael F. Se llevaron el cañón para Bachimba. p. 840).

Varios de los escritores, por ejemplo el caso de Martín Luis Guzmán, estuvieron refugiados en algunas de las poblaciones de los Estados Unidos en donde el "magnetismo de lo comercial" atraía a los mexicanos de manera dominante, donde el orden, la limpieza y el derroche contrastaban con los pueblos mexicanos empobrecidos y asolados por la guerra. Sin embargo, la crítica no se deja esperar, los comerciantes del otro lado se ofrecieron inmediatamente a proveer a los ejércitos de lo necesario, fueran de uno u otro bando, lo que importaba es que esto los enriquecería.

"Los de Nogales nos equipaban para la vida y para la muerte; igual nos daban el vino que se consumía en las fiestas oficiales de la Primera Jefatura que los tiros con bala de acero o bala expansiva para nuestras pistolas, lo uno y lo otro a cambio de los papелitos impresos que nosotros les entregábamos a guisa de moneda, y que luego les servían a ellos para llevarse los restos de la riqueza que la Revolución malbarataba por razones imperativas y porque era 'riqueza de los científicos'". (Guzmán, Martín Luis. El águila y la serpiente. p. 289).

Por otro lado, en las novelas de la Revolución nace un nuevo impulso por descubrirnos y afirmarnos como nación, surgen las expresiones propias y populares como una manera de identificarse los mexicanos como pueblo, Castro Leal en la Introducción afirma que "se despertó la sensibilidad para lo que éramos capaces de ver a pesar de lo que nos rodeaba".

En estas novelas se revela lo que es y puede ser el pueblo mexicano en uno de sus grandes momentos históricos, en el que hubo que dar todo lo que de grande y pequeño tiene el ser humano; en ellas se muestra la ciudad, el campo, el pobre, el rico, el niño, el viejo, la mujer y el hombre; todos los matices que de lo humano existen.

"La Revolución Mexicana, momento de honda crisis histórica, nos hizo pensar en nuestra patria, en nuestro pasado, en nuestros problemas; nos obligó a movernos dentro de nuestro territorio, a reflexionar sobre nuestro modo de ser, a estar en contacto con nuestras tradiciones y costumbres". (Castro Leal, Antonio.

"Introducción" a La novela de la Revolución Mexicana. T.I. p. 29).

Lo mismo lograron las novelas de la Revolución, una vuelta a lo nuestro, a lo propio, a reelaborar esos conceptos tan llevados y traídos por la demagogia política como pueblo, patria, Revolución Mexicana.

La novela de la Revolución en su lucha contra el Porfiriato, pudo haber desempeñado un papel muy importante en la conciencia de los lectores, pero no alcanzó esa significación.

Su lectura permite entender muchos elementos que en los tratados de historia no se preciben, conocer de cerca a los hombres que formaron los ejércitos revolucionarios, comprender el pensamiento y los proyectos de quienes encabezaron la lucha: Madero, Zapata, Villa, Carranza, Obregón; participar de cerca en la lucha de los hombres, escuchar sus problemas, anhelos y esperanzas, sus desconciertos y decisiones rápidas y no pensadas, la "gran rebelión" que significó el movimiento social de 1910.

Sin embargo, aunque estas obras se escribieron, la mayoría de ellas, durante la lucha, no se conocieron entonces sino años después, cuando ya la violencia revolucionaria había cesado bajo la dirección del constitucionalismo; se leyeron a distancia.

Por otro lado, su lectura puede provocar desconcierto en el lector, si ese remolino violento y devastador fue la Revolución Mexicana, ¿dónde queda todo lo que de ella se ha escrito y dicho como un movimiento creador y reivindicativo del pueblo mexicano?

Las novelas que se leyeron para este trabajo, describen un mundo desordenado y sin propósitos, debajo del cual palpita el anhelo por un mundo más justo y equitativo, pero que quedó oculto primero, callado deliberadamente después, bajo los ruidos estruendosos de la batalla, ruidos que acallaron las voces de los "verdaderos revolucionarios" que luchaban por la reivindicación de los derechos y libertades humanas, por el triunfo de la democracia y la participación política del pueblo todo, por la manifestación libre de las ideas, por la dirección de la nación por los más aptos, hombres preparados en las universidades diferentes a los viejos oligarcas porfirianos, hombres venidos "de abajo" y que por ello conocían y comprendían mejor las necesidades del pueblo, pueblo que estaba todavía "más abajo" que ellos; hombres que por razones políticas o de estudios habían tenido las oportunidades de conocer otros pueblos, de comparar su adelanto económico y político con el nuestro.

Si se leen estas novelas como protestas de quienes vivieron la Revolución Mexicana, y que por no concordar su desarrollo y triunfo con las ideas políticas y sociales de los escritores, decepcionados se alejaron, no todos, de la política mexicana; si no confundimos a la novela con la realidad misma que en ella se narra, si entre líneas se encuentran la ideología del autor y del texto mismo, las contradicciones mismas en las que cae el autor y su propio pensamiento, entonces las novelas de la Revolución se convierten en la historia más rica y profunda de ese movimiento social.

CONCLUSION

En una gran parte de la novela mexicana escrita en la primera mitad del Siglo XX, quedó registrada la historia de la Revolución de 1910, una historia que en algunos casos confirma lo que en la historia oficial se cuenta acerca de este movimiento, en otros se denuncia lo que de ella se oculta en esa misma historia oficial.

Los novelistas de la Revolución transmitieron en sus obras la ideología propia de la pequeña y mediana burguesía, clase que por su acceso a la cultura y a la educación superior de su tiempo, a la posición económica que alcanzaron sus familias, generalmente dedicadas al comercio, luchaba a través de sus libros por desprestigiar y derrocar al gobierno de D. Porfirio Díaz y a su casta privilegiada de terratenientes.

Se trató de la lucha de una nueva clase que intentaba abrirse paso en un campo cerrado para ella, campo en el que el abolengo y la propiedad de la tierra eran las características fundamentales de los que pertenecían al grupo en el poder, para quienes bastaba con la sola fuerza física del peón acasillado para producir la tierra, para sujetarlo a la hacienda en calidad de esclavo, lo que sobraban eran recursos.

La monopolización de la tierra como principal medio de producción, el pobre desarrollo de la industria nacional, la enorme participación del capital extranjero en la producción económica del país, la escasa movilidad social y la fuerza de

trabajo libre, el restringido mercado nacional en perjuicio del comerciante local, la poca participación política concentrada en unos cuantos, la miseria e ignorancia de las masas mayoristas; todo eso se conjugó para que los mexicanos, incluso los protegidos de D. Porfirio Díaz, buscaran un nuevo sistema político que, basado en algunas reformas económicas y sociales que no alteraban la estructura de la propiedad privada, permitiera el crecimiento económico de México y la formación de una nueva clase social, así como el ingreso del país al desarrollo industrial y a una etapa en donde la miseria y las injusticias sociales fueran menos evidentes que en el Porfiriato.

Si durante el Porfiriato se consolidó la gran propiedad de la tierra y la entrada de México al capitalismo en su etapa imperialista, basada la riqueza nacional en una producción agrícola dirigida al consumo del mercado externo, después de la Revolución se refuerza la dependencia del país con respecto al imperialismo extranjero; a pesar del carácter nacionalista de la misma Revolución y de la Constitución de 1917, se consolida una burguesía nacional aliada con el imperialismo, formada, en parte, por los viejos terratenientes que tuvieron que modificar o abandonar la producción agrícola para pasar a la industrial, y por lo que, provenientes de los sectores medios, pudieron colocarse gracias a las acciones más que nada políticas realizadas durante la Revolución, entre la nueva clase dominante.

El período de la Revolución armada, 1910-1917, significó la lucha de los diversos sectores y clases sociales existentes por la toma del poder político, así se suceden etapas en las que

parece existir un vacío de poder; ni la clase trabajadora, con sus sectores campesino y obrero, ni esa pequeña y mediana burguesía encabezada por intelectuales de corte liberal y con ideas democráticas, ni los grandes terratenientes y su defensa por la tierra, son capaces de ofrecer a la nación un programa político e ideológico que "representara" los intereses de todas las clases sociales.

El Ejército Revolucionario del Sur y su defensa por la propiedad comunal y la autonomía de los pueblos presentó un proyecto social avanzado, no se trató tan solo de planes teóricos y a futuro, sino de defender lo que ancestralmente ya se venía dando en la región de Morelos. El sistema político democrático y la organización económica comunal de los pueblos de esa región significaron, para Zapata y sus hombres, los objetivos fundamentales de la Revolución Mexicana, por ellos lucharon y murieron sin ver realizados sus propósitos. La Revolución para ellos significó una verdadera revolución social, un cambio en las estructuras económica, jurídica e ideológica porfiristas, no un mero cambio de gobernante.

Contra los programas de Zapata y sus hombres, Madero y su fe absoluta en la libertad y el ejercicio político como derechos fundamentales de los hombres, le hizo concebir a la Revolución como un cambio político que a través de nuevos sistemas de gobierno, nuevas leyes y nuevos gobernantes, acabarían las injusticias sociales del régimen de D. Porfirio y surgiría el reinado de la igualdad entre los hombres.

Madero ofreció libertad a los mexicanos, no pan para calmar sus miserias, esto se lograría a través del libre trabajo de los hombres; la libertad llegaría cuando los mexicanos ejercieran sus derechos políticos, principalmente el derecho al voto, para ello eran necesarios la alfabetización y la educación, medios que les permitirían penetrar de manera consciente y voluntaria al mundo de la política; mientras tanto, México sería gobernado por los más capaces que se encargarían de esta "revolución política", misma que después evolucionaría hacia la revolución económica.

Estos contrastes entre proyectos y planes sobre la Revolución Mexicana provocaron la división entre los hombres, nacieron las facciones y los líderes, cada bando luchando por hacer aparecer su programa de ideas y de acciones como "El Programa de la Revolución"; detrás de los líderes esos intelectuales liberales pertenecientes a la clase media, cuyas acciones tanto dentro como fuera del campo de batalla se encaminaron a observar, registrar, narrar, criticar, elaborar planes y programas que dirigirían a la Revolución hacia el rumbo que "los de arriba" quisieran darle.

La ideología dominante fue de carácter liberal, que sirvió de base al sistema político democrático burgués que se impuso al triunfo de la Revolución, acorde con el sistema económico capitalista que la clase social dominante se propuso primero modificar, para después defender y reforzar.

Para todo ello se tuvo que buscar la "legalidad constitucional" en la que quedarían registrados los derechos y

obligaciones de los ciudadanos mexicanos, semejante a la legalidad que se logró al triunfo de la Reforma Liberal del S. XIX, y que se dejó tras la dictadura de Díaz; se trataba de revisar la Constitución Mexicana de 1857 y rescatar sus beneficios, así como adaptarla a las nuevas condiciones socioeconómicas del país, en el que una gran mayoría campesina había tenido la experiencia de una revolución armada en la lucha por la devolución y el reparto de las tierras, un creciente proletariado industrial que también había participado en ese movimiento y antes ya había conocido algunas formas de organización y luchas obreras, y que eran precisamente por las que luchaba pues la Dictadura se las había prohibido.

Para terminar con el movimiento armado y que el país regresara a la tranquilidad social necesaria para el futuro crecimiento económico, ya no era posible volver a la "paz de los sepulcros", ahora había necesidad de encontrar nuevos caminos por lo cuales se encauzaría a los sectores populares hacia donde la pequeña y gran burguesía querían conducirlos. Lo primero era llegar al poder político, y desde ahí, legalizar e imponer las acciones de la clase dominante, surge aquí la figura de Carranza quien apoyado en los intelectuales y la nueva clase dominante, llevó a cabo la Constitución de 1917. Carta en la que quedarían oficialmente registradas las peticiones de las mayorías, bajo la dirección y vigilancia del Estado Mexicano como rector máximo de la política y de las riquezas naturales del país.

Esta historia nacional se encuentra en los tratados de

historia de México, pero es en las novelas en donde la Revolución adquiere un carácter más profundo y vasto a la vez, en ellas se narra todo el movimiento, pero además se vive de cerca el ambiente revolucionario, los hechos, los hombres y los sueños, las realizaciones y las frustraciones de los revolucionarios, hasta la esperanza y desesperanza del propio escritor; aparentemente la historia se pierde tras la anécdota y el registro de experiencias personales sin consecuencias trascendentales para el movimiento, la realidad es que la riqueza y amenidad de la novela, mayores que las de historia, permiten caer en ese riesgo y entender a la Revolución como la lucha de masas humanas amorfas y sin rostro tras la figura luminosa de un líder, único creador de la Revolución y de la historia.

Tras el hecho aislado y la anécdota que se narran en la novela aparentemente sin relación con el todo que es la Revolución Mexicana de 1910, se encuentra la historia económica, política e ideológica del pueblo mexicano en uno de los momentos más importantes y decisivos para su desarrollo posterior.

A pesar de que en este trabajo se revisaron fundamentalmente novelas que se refieren al movimiento armado revolucionario, 1910-1917, en ellas se encuentran las interpretaciones de los diferentes escritores acerca de las causas, desarrollo y consecuencias de la Revolución Mexicana; en todas ellas se conoce una historia directa e inmediata del movimiento social de 1910. En ellas se perciben semejanzas más que diferencias acerca de la interpretación de los problemas sociales que provocaron a la Revolución, sus ideas liberales y democráticas sobre una nueva

forma de gobierno basada en la libertad e igualdad política de los hombres, su proyecto económico para México en el que la riqueza dejaría de ser privilegio para unos cuantos, para convertirse en "derecho" para todos, donde la educación y el trabajo de cada quien serían las medidas que en adelante marcarían los linderos de la propiedad privada, elemento indisoluble e inviolable que permitiría el mejoramiento de los hombres y con ello el crecimiento del país; sus conceptos acerca de las diferencias humanas, barbarie-civilización que permiten distinguir entre "los más aptos y los menos aptos", el respeto y el reconocimiento de esas diferencias especialmente en lo que a la posesión y ejercicio del poder político se refiere; la presencia permanente de las leyes y la divisibilidad de los poderes como fieles guardianes, que impedirían el regreso del país a dictaduras personalistas y de larga duración como la de Díaz, el reconocimiento de Díaz como un hombre que en su momento ayudó a la rectificación y consolidación de la nación mexicana, pero que su sed de poder, su corte de ministros y sus compromisos con el capital extranjero, le impidieron retirarse a tiempo de la Silla.

Se ataca de manera unánime las injusticias sociales que existían por todos los rumbos del país, durante el gobierno de Díaz, especialmente las sufridas por el peón acasillado y los sectores sociales económicamente más débiles, pero también se les critica a éstos su inutilidad política e ideológica, su imposibilidad para cambiar por ellos mismos su situación, de ahí surge la necesidad de la existencia de un dirigente político-

intelectual, no de un cabecilla militar-ignorante, que le señalaría el rumbo que debían seguir hacia su propia redención.

Al triunfo de la Revolución ya no eran necesarios ni los Villas ni los Zapatas, ahora se necesitaba de los Carranza y los Obregón, hombres de ideas que harían realidad los proyectos revolucionarios a través de sus gobiernos y sus acciones. Sin embargo, no todos los novelistas tienen las mismas imágenes de los caudillos principales de la Revolución: Madero, Zapata, Villa, Carranza, Obregón. A pesar de que algunos de los escritores estuvieron cerca de estos líderes, expresan grandes diferencias con respecto al carácter, acciones y proyectos de esos hombres, sin embargo, sí reconocen en Carranza la astucia que le faltó a Madero, o la audacia política que les faltó a Villa y a Zapata, y que le permitieron a Carranza apoyarse en la clase social más fuerte y en sus intelectuales para lograr un proyecto nacional que legalizaría, e inclusive presentaría como el mejor de los caminos y el único probable, al capitalismo y a la burguesía en México, ya en su fase de plena industrialización y bajo el dominio de los principales capitalistas del imperialismo económico.

La Revolución Mexicana fue una revolución liberal-burguesa, al triunfo de ella se estableció un proyecto nacional: el desarrollo acelerado del capitalismo y la expansión de la propiedad privada, especialmente de la tierra, entre los miembros de la nueva burguesía y una menor proporción entre las clases populares que habían colaborado al triunfo de la revolución; todo esto bajo la autoridad y vigilancia de un Estado neutral,

colocado por encima de los conflictos surgidos entre las clases sociales, y que funcionaria como elemento conciliador y mediador entre los hombres, considerados éstos como "ciudadanos libres e iguales" y no como integrantes de una clase social.

Sin embargo, en la mayoría de las novelas revisadas en este trabajo, se percibe la desilusión y el pesimismo del escritor ante los resultados de la Revolución Mexicana que había triunfado con el constitucionalismo y el fin del movimiento armado, al menos en su fase más violenta y generalizada, para pasar a la etapa de reconstrucción.

Los ideales de los escritores, en donde el hombre y sus derechos es el eje principal alrededor del cual debe girar toda la sociedad, se ven negados por los nuevos líderes de la Revolución Mexicana. Una nueva casta de privilegiados militares y civiles ocupa el lugar de los científicos, un nuevo jefe supremo de la Revolución ocupa el lugar de D. Porfirio, todo sigue igual que antes de la Revolución, lo único que cambió fueron los gobernantes, pero nuevamente un grupo de hombres astutos y ambiciosos, no así los "intelectuales más capaces", ocupan el poder político para beneficio propio y de unos cuantos que le rodean.

Se aprecia en los escritores una inconformidad y desconfianza hacia los nuevos derroteros que toma el país después de la Revolución, muestran su desilusión y desprecio por un movimiento que probablemente no los reconoció como a los más capaces, como los intelectuales que deberían guiar los destinos

del pueblo y que en cambio se les hizo a un lado para dar paso al general en turno, quien había de dar a la política mexicana el sello oficial del "madruguete".

A pesar de ello, los escritores que aquí se mencionan no lograron, a través de sus novelas, presentar un proyecto social diferente al de la nueva burguesía triunfante, ellos mismos, provenientes de esa clase aunque en sus sectores medianos y bajos, concibieron a la Revolución Mexicana como un movimiento fundamental político, en el que la pasión y el desbordamiento incontrolables de las masas ignorantes y sin rumbo fijo, el abuso y la ambición de algunos líderes, ponían en peligro el camino que la Revolución se había marcado en un principio: justicia social a través de un cambio político, evolución y madurez política de las masas para frenar el saqueo y la destrucción de la revolución violenta, elevación intelectual de las mayorías para el ejercicio de sus derechos políticos, especialmente el de elección de gobernantes a través del voto universal; la consolidación de una República liberal democrática y un sistema económico conforme al principio supremo de la propiedad privada y el desarrollo acelerado del capitalismo en México.

BIBLIOGRAFIA Y HEMEROGRAFIA ESPECIALIZADA

ARENAS Guzmán, Diego. El periodismo en la Revolución Mexicana. 2 Vols. Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1966.

Importante obra para conocer la Revolución Mexicana a través de las producciones periodísticas, periódicos tales como: "El Hijo del Ahuizote", "El Ahuizote Jacobino", "El Colmillo Público", "La Sátira", "El Mero Petatero", etc.

AUB, Max. Guía de narradores de la Revolución Mexicana. F.C.E. Cultura SEP, México, 1985. 143 pp.

Obra, la mitad de ella son fotografías, referente a las épocas del Porfiriato y Revolución Mexicana. Narraciones breves de biografías de escritores y contenidos de las obras.

"De algunos aspectos de la novela de la Revolución Mexicana" en Diálogos, núm. 37, México, ene-feb. 1971. pp. 4-11.

AZUELA Arriaga, María. Mariano Azuela, novelista de la Revolución Mexicana. (Tesis para obtener el grado de Maestra en Letras Españolas). UNAM, 1955. 79 pp.

Se trata de un estudio biográfico de Mariano Azuela, más que una investigación teórica, se trata de la narración de un trato íntimo y familiar con el escritor.

AZUELA, Mariano. Cien años de la novela mexicana. Ediciones Botas, México, 1947. 226 pp.

Comprende una serie de pláticas realizadas por el autor en El Colegio Nacional.

El autor inicia su estudio con la pregunta ¿hay novela mexicana?, después busca los antecedentes de la misma a partir de José Joaquín Fernández de Lizardi hasta Heriberto Fries.

La Malhora, El desquite, La luciérnaga. Edit.

Fondo de Cultura Económica, México, 1980. 177 pp. (COL. Popular No. 89).

BERISTAIN, Helena. Reflejos de la Revolución Mexicana en la novela, s.p.i., 1963. 99 pp.

Es un análisis de las obras más representativas del género, se propuso coordinar la realidad histórica con su reflejo; aborda el tema central de la insurrección armada de 1910 y sus novelistas. Establece relaciones entre el acontecimiento histórico y el literario.

BERLER, Beatrice. "The Mexican Revolution as reflected in the Novel" en Hispania. Vol. XLVII, Núm. I, U.S.A. march, 1964. pp. 41-46.

BRUSHWOOD, John S. México en su novela. Una nación en busca de su identidad. (Trad. Francisco González Aramburo). Edit. Fondo de Cultura Económica, México, 1973. (Breviario No. 230). 437 pp.

Este libro se propone dar cuenta y razón de la realidad mexicana según se nos revela en las novelas del país. El autor compara los contenidos de las novelas con la historia del país. No utiliza contenidos textuales de las novelas, las comenta y compara con su correspondiente hecho histórico. Investigación muy seria y bien documentada.

CAMPOS, Jorge. "La novela de la Revolución Mexicana" en Insula Núm. 370, Madrid, sep. 1977. p. 11.

CARBALLO, Emmanuel. "La novela antes y después de la Revolución" en "La cultura en México", Núm. 551, México, 15 ene, 1964. pp. II-VII.

"Revolución y evolución. La prosa mexicana del siglo XX" en "Diorama de la Cultura", Supl. de Excelsior, 25 may. 1969. p. 6.

CASTELLANOS, Luis Arturo. "La novela de la Revolución Mexicana" en Cuadernos Hispanoamericanos. Núm. 184, Madrid, abr. 1965. pp. 123-146.

CASTRO Leal, Antonio. La novela de la Revolución Mexicana. 2

Vols. Edit. Aguilar, México, 1981.

- Mariano Azuela: Los de abajo.
Los caciques.
Las moscas.
- Martín Luis Guzmán: El águila y la serpiente.
La sombra del caudillo.
- José Vasconcelos: Ulises criollo.
- Agustín Vera: La revancha.
- Nellie Campobello: Cartucho.
Las manos de mamá.
- José Rubén Romero: Apuntes de un lugareño.
Desbandada.
- Gregorio López y Fuentes: Campamento
Tierra.
¡Mi general!
- Francisco L. Ur - quizo: Tropa vieja.
- José Mancisidor: Frontera junto al mar.
En la rosa de los vientos.
- Rafael F. Muñoz: ¡Vámonos con Pancho Villa!
Se llevaron el cañón -
para Bachimba.
- Mauricio Magda - leno: El resplandor.
- Miguel N. Lira: La escondida.

CORDOVA, Arnaldo. "La filosofía de la Revolución Mexicana" en Cuadernos Políticos. No. 5, México, jul-sep. 1975. pp. 94-103.

La ideología de la Revolución Mexicana. La formación del nuevo régimen. Ediciones Era y UNAM, México, 1981. 508 pp.

Excelente y vasta obra de carácter histórico, que utiliza como fuentes libros de carácter histórico e ideológico, no literario. Gran parte de las obras consultadas y citadas, son obras de primera mano.

CURIEL Defossé, Fernando. La querrela de Martín Luis Guzmán. (Tesis para obtener el grado de Maestro en Letras Mexicanas). UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1987. 243 pp.

Es un análisis del pensamiento de Martín Luis Guzmán a través de sus ensayos.

DESSAU, Adalbert. La novela de la Revolución Mexicana. (Trad. Juan José Utrilla). Edit. Fondo de Cultura Económica, México, 1980. (Col. Popular No. 117). 477 pp.

Un libro excelente y abundante en fuentes y documentos consultados. El autor se propone un análisis de la novelística de los años 30's de este siglo, relacionada con la Revolución Mexicana, encontrando en las novelas el proceso de desarrollo propio y su vinculación con el desarrollo social, ideológico e histórico de la Revolución.

FERNANDEZ Agüera, Eustasio. La proyección social en las novelas de Gregorio López y Fuentes. (Tesis de Grado. Doctor en Letras). UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1960. 133 pp.

Contiene un análisis de la producción literaria de López y Fuentes en los diversos géneros, de algunas de las obras se presenta un resumen; se analizan los temas que aborda el escritor.

GONZALEZ Ramirez, Manuel. Fuentes para la historia de la Revolución Mexicana II. La caricatura política. Fondo de Cultura Económica, México. 143 pp.

Es una voluminosa y rica colección de caricaturas explicadas y comentadas que abarcan desde el Porfiriato hasta el gobierno de Plutarco Elías Calles, el último capítulo lo dedica al caricaturista José Guadalupe Posada.

Fuentes para la historia de la Revolución Mexicana III. La huelga de Canasnes. Fondo de la Cultura Económica, México.

Esta colección es una serie de documentos y

escritos sobre este hecho histórico, leyes, correspondencia entre autoridades y particulares, publicaciones periodísticas, etc., todo sobre este hecho social.

(Pról. selec. y notas). Fuentes para la historia de la Revolución Mexicana IV. Manifiestos políticos (1892-1912). Fondo de Cultura Económica, México, 1957. 685 pp.

Interesante y valiosa obra para conocer una posición moderada que explica el avance de la historia en esta época a través de los análisis de los diversos Manifiestos Políticos, considerados éstos como fuentes históricas. A cada manifiesto le acompaña su concomitante hecho histórico y notas del autor.

Fuentes para la Historia de la Revolución Mexicana. Planes políticos y otros documentos. Secretaría de la Reforma Agraria. CEHAM, México, 1981. 353 pp.

Importante colección de planes políticos y otros documentos (oficios, reformas, acuerdos, invitaciones, pactos, reglamentos, actas, decretos, adiciones, aceptaciones, programas, proclamas, etc.); constituye una recopilación de fuentes de primera mano para un análisis de las ideas de la Revolución Mexicana.

GONZALEZ Zamora, Ernesto. "Los novelistas mexicanos de la Revolución" en Ideas de México. Año IV, época II, núm. 2 Vol. I. México, sep-oct, 1953, pp. 51-63, núm. 3, ene-feb. 1954. pp. 98-114.

HERNANDEZ, Julia. Novelistas y cuentistas de la Revolución. Unidad Mexicana de Escritores, México, MCMLX. 302 pp.

Obra un poco difícil de manejar por la mezcla de épocas, temas y problemas sin que la autora dé razón alguna de la distribución del material y presentación del mismo. Vasta obra por su contenido, puede proporcionar una visión panorámica de la extensa producción conocida como la Novela de la Revolución Mexicana.

HIDALGO, Ernesto. La ética de la Revolución. Editorial Cultura, México, 1937. 35 pp.

Es una exaltación hacia la Revolución Mexicana, habla de los ideales y de los revolucionarios que participaron en ella, sin mencionar nombres.

JIMENEZ Tejeda, Margalida. La novela de la Revolución Mexicana y su utilización en la formación del adolescente (Tesis de Maestría en Lengua y Literatura Española). Normal Superior, México 1966. 192 pp.

Se contienen ejemplos de análisis literarios de algunas novelas de la Revolución Mexicana, con el propósito de interesar a los estudiantes de secundaria en el estudio de la historia de México.

LEMM, Robert. Análisis estructural de cuatro novelas mexicanas. Amsterdam 1972-1973. Mekan. 57 pp.

Analizando la estructura de cuatro novelas, entre las que se incluye Los de abajo, el autor intenta explicar el por qué esta novela ha sido calificada de diversas maneras. Entre líneas se encuentran tiempos, espacios, acciones.

LOPEZ Peimbert, David. Tomóchic. (Tesis para obtener el grado de Maestro en Letras). UNAM, Facultad de Filosofía y Letras. 1963. 140 pp.

Obra amena y bien documentada para conocer parte del Porfiriato. En una novela se intenta conocer parte de la historia y la acción del autor, conocer el pensamiento y obra de quien vivió la época sobre la que escribe.

MAGANA Esquivel, Antonio. La novela de la Revolución. 2 Vols. Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1964. 171 pp.

Interesante obra para conocer la vida y obra de los novelistas, se señalan estilos, autores y obras estableciendo comparaciones; se mencionan sentimientos y motivos de

conducta centrados en los personajes: pueblo-indio-mestizo.

"José Rubén y su Pueblo" en "Revista Mexicana de Cultura", Supl. El Nacional, No. 997, México 3 de mayo de 1966. p. 5 No. 999. México, 22 de mayo de 1966. p. 3.

"José Rubén Romero en la novela" en "Revista Mexicana de Cultura" Supl. El Nacional. No. 44, 26 de enero de 1969, pp. 1-2.

"La revolución en la novelística de Mariano Azuela" en "Revista Mexicana de Cultura" Supl. El Nacional. No. 212 México, 18 de febrero de 1973, p. 4.

MAGDALENO, Mauricio. Hombres e ideas de la Revolución. Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1980. 269 pp.

Analiza el pensamiento de 18 mexicanos, considerados por el autor como los ideólogos pos y revolucionarios, el análisis se inicia con Camilo Arriaga y termina con Jaime Torres Bodet.

MARTINEZ, José Luis. De la naturaleza y carácter de la literatura mexicana. Discurso leído ante la Academia Mexicana el día 22 de abril de 1960. Academia Mexicana, México, 1960, 70 pp.

"La novela de la Revolución", en "El gallo Ilustrado", núm. 230, Supl. de El Día, México, 20 de nov. 1966. pp. 1-2.

MENTON, Seymour. "La estructura épica de Los de abajo y un prólogo especulativo" en Hispania. Vol. I. núm. 4, dic. 1967. pp. 100-1011.

MILIANI, Domingo. La realidad mexicana en la novela de hoy. Monte Avila Editores. Caracas, 1968. 118 pp.

MILLAN, Ma. del Carmen. "Las novelas clásicas mexicanas de los últimos veinticinco años". Sobretiro de la Revista Iberoamericana. No. 69.

MONSIVAIS, Carlos. "Aproximaciones y reintegros. Notas sobre la novela de la Revolución" en "La Cultura en

México", núm. 528. Supl. de Siempre! México, 22 mar, 1972, p. VI; núm. 534. 3 may, 1972, p. X; núm. 536, 17 may, 1972. p. XI; núm. 538, 31 may, 1972, p. IX; núm. 540. 14 jun, 1972, pp. IX-X.

MORENO Daniel. Figuras de la Revolución Mexicana. México, Ediciones de Andrea, 1960. (Biblioteca Mínima Mexicana, 33). 110 pp.

Tanto en personajes históricos, ideólogos, personajes populares, escritores y producciones literarias el autor hace un análisis del pensamiento revolucionario.

MORTON, F. Rand. Los novelistas de la Revolución Mexicana. Cultura, México, 1949. 270 pp.

El autor analiza a los escritores más representativos del género, incluyendo biografías y producciones literarias, uniendo esto con los hechos históricos que acontecieron durante la Revolución Mexicana; se buscan estilos y cambios literarios de los escritores.

OCAMPO, Aurora M. (Presentación, Prólogo, selección y bibliografía). La crítica de la novela mexicana contemporánea. Antología. Universidad Nacional Autónoma de México, 1981. 310 pp.

Selección de quince ensayos sobre panoramas generales de la novela mexicana del siglo XX. En el prólogo Aurora M. Ocampo hace una división de los escritores de la novela mexicana contemporánea en cinco generaciones, la primera se inicia con los escritores nacidos entre 1873 y 1890, la última comprende los autores nacidos entre 1925 y 1935.

OSORIO y Lama Ma. Guadalupe. Trayectoria de la novela de la Revolución en México y su proyección en el campo educativo. (Tesis de Maestría en Lengua y Literatura). Escuela Normal Superior. Puebla, 1976. 106 pp.

Presenta la tesis de una nueva enseñanza de la literatura a través de las novelas de la Revolución.

PORTAL, Martha. Proceso narrativo de la Revolución Mexicana. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1977. 329 pp.

Obra que más que la historia de un pueblo busca el sentir y pensar de los mexicanos, se trata de una búsqueda de la concepción existencial del ser del mexicano, a través de los símbolos contenidos en las obras estudiadas.

RAINE, Philip y Alice. "La gran novela mexicana" en "México en la Cultura", núm. 85, Supl. de Novedades, México, 17 de sep. 1950, p. 3.

RAMOS, Roberto. Bibliografía de la Revolución Mexicana 2 Vols. Monografías Bibliográficas Mexicanas, México, 1931-1935.

Es una recopilación en fichas bibliográficas de obras y folletos relacionados con los movimientos revolucionarios de 1910 a 1929, el primer volumen contiene 1866 fichas y el segundo 1240. Las fichas están ordenadas alfabéticamente por autor, es una mezcla de impresos y obras literarias distintas; vasta guía para conocer la Revolución Mexicana a través de documentos de distinta índole.

REYES Nevares, Salvador. "La novela de la Revolución Mexicana" en Mundo Nuevo, núm. 32, Buenos Aires, feb. 1969, pp. 4-10.

ROMAN, Richard. Ideología y clase en la Revolución Mexicana. La Convención y el Congreso Constituyente. México, Sep- Setentas 311, 1976. 158 pp.

El autor analiza los planes e ideologías de las diversas facciones revolucionarias que se enfrentan por primera vez en la Convención de 1914 hasta llegar al Congreso Constituyente de 1917.

RUTHERFORD, John David. An annotated bibliography of the novels of the Mexican Revolution of 1910-1917. In English and Spanish. The Whiston Publishing Company Incorporated, Troy, New York, 1972. 180 pp.

Obra útil como fuente de consulta para una revisión resumida y pronta de la producción bibliográfica de los escritores de novelas de la Revolución.

Las obras están ordenadas alfabéticamente por autor, se mencionan las producciones literarias y un resumen breve del contenido.

SILVA Herzog, Jesús. Trayectoria ideológica de la Revolución Mexicana 1910-1917 y otros ensayos. México, Utopía, 1976. 214 pp.

El autor en esta obra busca las ideologías que acompañaran al movimiento revolucionario, básicamente en las publicaciones periodísticas, planes y manifiestos oficiales, analizando discursos y documentos.

SOLIS Velasco, Gracia Elena. Investigaciones psicológicas sobre la Revolución Mexicana y su expresión literaria. (Tesis de Maestría en Psicología). UNAM, Facultad de Psicología, 1960. 247 pp.

En textos fieles de tres novelas: Al filo del agua, La sombra del caudillo y Los de abajo, la autora busca y muestra caracterologías psicológicas de los personajes. Ameno trabajo para conocer un enfoque de frente de la novela de la Revolución, buscando los móviles psicoanalíticos de la conducta de los personajes.

SPAULDING Kipp, Blanche. Influencia del medio en la vida mexicana, vista a través de algunas novelas de la Revolución. (Tesis para obtener el grado de Maestro de Artes en España). Universidad Nacional de México, 1948. 94 pp.

Se trata de un cuidadoso análisis de diversas novelas de la Revolución Mexicana, extrayendo temas comunes, refiriéndose a citas de las mismas fuentes para conocer como fue abordado ese tema; se auxilia de gráficas.

TEUTLI Teyssier, Margarita. Aportación al estudio de los cuentistas de la Revolución Mexicana. (Tesis de Maestro en Letras Españolas). UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1956. 88 pp.

Se analizan algunos cuentistas de la Revolución y su producción, se dan resúmenes condensados de los cuentos precedidos de la biografía del autor. Trabajo muy bien documentado.

TREJO Fuentes, Ignacio. Fenómenos sociales de México analizados por cinco jóvenes novelistas" en Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales. UNAM. núm. 102, Año XXVI, Nueva época oct-dic, 1980. pp. 39-64.

ULLOA Ortiz, Berta. La Revolución Mexicana a través del Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores. (Tesis para obtener el título de Maestra en Ciencias Históricas). UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1963. 99 pp.

Se trata de una guía para el manejo del Archivo General de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, especialmente en el Ramo: Revolución Mexicana, 1910-1920. Se presenta un resumen de los documentos, dividido el material en cuatro temas: actividades rebeldes, medidas tomadas por el gobierno para controlarlas y sofocarlas, actividades sediciosas en el extranjero, gestiones diplomáticas y consulares.

URANGA, Emilio, Reyes Nevares, Salvador y Garro, Elena. "¿Expresa la novela actual a la Revolución Mexicana?" en "El Gallo Ilustrado", núm. 157, Supl. de El Día, México, 27 jun, 1965. p. 3.

URIBE Echevarría, Juan. "La Novela de la Revolución Mexicana" Ed. y nota de Andrés Henestrosa, en las Letras Patrias, núm. 4 México, oct.-dic. 1954. 96 pp.

El autor trata de encontrar constantes entre las novelas mexicanas y sudamericanas, conocidas durante los primeros 30 años de este siglo. Analiza la vida y obra de Mariano Azuela citando extensos textos de sus obras, señala temas y estilos, personajes y argumentos especialmente basado en Los de abajo.

VALADES, Edmundo y Leal, Luis. La Revolución y las letras. Dos estudios sobre la novela y el cuento de la Revolución Mexicana. Instituto Nacional de Bellas Artes, México, 1960. 132 pp.

Como fuente para su obra, el autor utiliza las novelas de algunos escritores considerados como representativos, poca alusión a la historia, sujeto el análisis a las imágenes y los hechos concretos contenidos en las obras.

VASCONCELOS, José. La tormenta. Editorial Jus, México, 1983, 396 pp.
El Desastre. Editorial Jus, México, 1979, 487 pp.

VIGIL, Andrew. La Revolución Mexicana en la Literatura. (Tesis de grado de Maestro en Artes en Español). UNAM, Escuela de Verano, 1956. 104 pp.

Se analizan las novelas de Martín Luis Guzmán y Rafael F. Muñoz. Se estudian los estilos y tramas, psicología de los personajes. Una búsqueda paralela de hechos históricos y contenidos de las novelas.

ZAPATA Olivella, Manuel. "La novela de la Revolución Mexicana" en Cuadernos Hispanoamericanos, núm. 268, Madrid, oct. 1972. pp. 117-125.

BIBLIOGRAFIA Y HEMEROGRAFIA GENERAL

- ALEBRIA, Fernando. Literatura y revolución. Edit. F.C.E., México 1971, 243 pp.
- ALMEYDA, Clodomiro. Sociologismo e ideologismo en la teoría revolucionaria. Edit. F.C.E., México, 1976. 137 pp.
- ALONSO, Antonio. El movimiento ferrocarrilero en México, 1958-1959, Edit. Era, México, 1979.
- ALPEROVICH, M.S., Rudenko, B.T. y Lavrov, N. M. Cuatro estudios sobre la Revolución Mexicana. Ediciones Quinto Sol, México, s.f. 84 pp.
- ALTHUSSER, Louis. Ideología y aparatos ideológicos de Estado. Notas para una investigación. (Trad. Alberto J. Pla). Ediciones Pepe, Medellín Colombia, s.f. 84 pp.
- ALTIERI, A. et al. Ideología, teoría y política en el pensamiento de Marx. Edit. Universidad Autónoma de Puebla México, 1980. 397 pp.
- ARIAS, Alan. et al. "Estado y contrarrevolución en México" en Cuadernos Políticos. No. 21. julio-septiembre de 1979, pp. 25-50.
- ARIAS, Arturo. "Ideología y literatura" en Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales. UNAM. No. 102 Año XXVI, Nueva Epoca, oct-dic. 1980. pp. 119-151.
- ARROYO Ortiz, Juan Pablo. "Porfirio Díaz y el imperialismo" en Historia y Sociedad. No. 24 Segunda Epoca, México 1981. pp. 51-70.
"Integración de la formación mexicana al imperialismo", (Mimeografiado), Facultad de Economía, UNAM.
- BARTRA, Roger "La revolución domesticada" en Historia y Sociedad, Segunda Epoca, núm. 6, verano de 1975. pp. 13-30.

- BARTRA, Armando (Pról. Sel. y Notas) Regeneración 1910-1918. La corriente más radical de la Revolución Mexicana de 1910 a través de su periódico de combate. Edit. Era, México, 1985. 437 pp. (Col. Problemas de México).
- BENITEZ, Fernando. Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana. I. El porfiriato. Fondo de Cultura Económica, México, 1985. 225 pp.
- BERGER, Morroe. La novela y las ciencias sociales, Mundos reales e imaginarios. (Trad. Francisco González Aramburo). Edit. Fondo de Cultura Económica, México, 1979. 485 pp. (Breviario núm. 280).
- BERMUDEZ, Ma Elvira "Panorama de la novela en México" en "Revista Mexicana de Cultura", núm. 1001, Supl. de El Nacional, México, 5 de junio, 1966. pp. 6-7.
- BREMAUNTZ, Alberto. La batalla ideológica en México, Ediciones Jurídico Sociales, México, 1962. 304 pp.
- BULNES, Francisco. El verdadero Díaz y la Revolución. Editora Nacional, México, 1980. 434 pp.
- BUNGE, Mario et al. Ideología y ciencias sociales. Universidad Nacional Autónoma de México, 1979. 231 pp.
- CALVILLO Madrigal, Salvador. La revolución que nos contaron. Edición Metáfora, México. 1959. 59 pp.
- CAMPOS, Julieta. Función de la novela. Joaquín Mortiz, México, 1973, 127 pp. (Serie El Volador).
- CARDOSO, Fernando Henrique. Ideologías de la burguesía industrial en sociedades dependientes, (Argentina y Brasil). Siglo XXI Editores, México, 1976. 239 pp.
- CASSIGOLI, Armando y Carlos Villagrán. La ideología en los textos. 2 Vols. Marcha Editores, México 1982. (Col. Ciencias Sociales).

- CECENA G., José Luis. México en la órbita imperial. Ediciones El Caballito, México, 1976, 271 pp.
- CLARK, M. Ruth. La organización obrera en México. Edit. Era, México.
- COCKROFT, James D. Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana, (1900-1913). (Trad. María Eunice Barrales). Siglo XXI Editores, México. 1982. 290 pp.
- CORDOVA, Arnaldo. "Política e ideología dominante" en Cuadernos Políticos. No. 10, México, oct-dic. 1976. pp. 33-43.
- CUEVA, Agustín. "La concepción marxista de las clases sociales". CELA, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Serie: Estudios, 30 pp. "Cultura, clase y nación" en Cuadernos Políticos. No. 31, México, ene-feb. 1982. pp. 81-91.
- CUMBERLAN, Charles C. Madero y la Revolución Mexicana. (Trad. Stella Mastrangelo). Siglo XXI Editores, México. 1977. 317 pp. (Col. América Nuestra No. 6).
- DECOUFLE, André. Sociología de las revoluciones. (Trad. Marcos Falconi). Edit. Proteo, Buenos Aires, 1968. 126 pp. (Col. Estudios y Ensayos Fundamentales/2).
- DE LA GARZA, Luis Alberto Y Hervitz, Noemi S. "De las ciencias de la sociedad a la ciencia de la sociedad". Ponencia presentada al Tercer Encuentro de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe. Quito, Ecuador, 1 al 6 de junio de 1981, 25 pp. (mecanografiado).
- DIAZ Ordaz, Gustavo et al. "Nuestra Carta Magna" en "Revista Mexicana de Cultura", Supl. de El Nacional, No. 1, México, 2 feb, 1969. pp. 1-12.
- DURY, Georges. Historia social e ideologías de las sociedades. (Trad. Eulalia Bosch). Edit. Anagrama,

Barcelona. 1976. 117 pp. (Serie Documentos 136).

- ECHEVERIA, Bolívar. "La revolución teórica comunista en las tesis sobre Feuerbach" en Historia y Sociedad. No. 6, Segunda época, México, verano de 1975. pp. 45-63.
"Discurso de la revolución, discurso crítico" en Cuadernos Políticos. No. 10, México, oct-dic, 1976, pp. 44-53.
- ENGELS, Federico. "Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana" en C. Marx. F. Engels. Obras Escogidas. 3 Vols. Edit. Progreso, Moscú, 1973, Vol. III. pp. 353-396.
- ESCUADERO, Roberto. "José Revueltas: política y teoría" en Cuadernos Políticos. No. 10, México, oct-dic, 1976. pp. 83-93.
- FLORES Magón, Ricardo. La Revolución Mexicana. Editores Mexicanos Unidos, México, 1985. 135 pp.
- FRANCO, Jean. "Ideología dominante y literatura" en "La cultura en México" núm. 799, jun. 1977, pp. II-VI. (Supl. de Siempre!, núm. 1259, México. 8 de jun. 1977).
- GALLAS, Helga. Teoría marxista de la literatura. (Trad. Ramón Alcalde). Siglo XXI Editores, México, 1979. 188 pp.
- GEIGER, Theodor. Ideología y verdad. (Trad. Margarita Jungg). Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1972, 161 pp.
- GILLY, Adolfo. La revolución interrumpida. México, 1910-1920: una guerra campesina por la tierra y el poder. Ediciones "El Caballito", México, 1971, 410 pp.
- GILLY, Adolfo et al. Interpretaciones de la Revolución Mexicana. Edit. Nueva Imagen, UNAM, México, 1983. 150 pp.

- GOLDMANN, Lucien. Pour une sociologie du roman. Editions Gallimard, Paris, 1964. 372 pp.
- GOMEZ Quiñones, Juan. Porfirio Díaz, Los intelectuales y la Revolución. Ediciones "El Caballito", México, 231 pp.
- GONZALEZ Casanova, Pablo. "Relaciones de explotación e ideologías socialistas" en Cuadernos Políticos . No. 23, México, ene-mar, 1980. pp. 7-15.
- GONZALEZ Ramirez, Manuel. La revolución social de México. 3 Vols. Edit. Fondo de Cultura Económica, México, 1974.
- GORDILLO, Gustavo. "Pasado y presente del movimiento campesino en México" en Cuadernos Políticos. No. 23, México, ene-mar, 1980. pp. 74-88.
- GRAMSCI, Antonio. Los intelectuales y la organización de la cultura. (Trad. Raúl Sciarreta). Juan Pablos Editor, México, 1975. 181 pp. (Cuadernos de la Cárcel No. 2).
Literatura y vida nacional. (Trad. José M. Aricó). Juan Pablos Editor, México, 1976. 336 pp. (Cuaderno de la Cárcel No. 4).
- HERNANDEZ, P., Salvador. "El magonismo 1911: la otra Revolución" en Cuadernos Políticos. No. 4, México, abr-jun, 1975. pp. 26-41.
El magonismo: historia de una pasión libertaria. 1900-1922. Ediciones Era, México 1984. 203 pp.
- IPOLA, Emilio de. Ideología y discurso populista. Folios Ediciones, México, 1982. 225 pp. (Col. Alternativas No. 3).
- KATZ, Friedrich. El campesinado en la Revolución Mexicana de 1910. (Fotocopiado). Facultad de Economía, Universidad Nacional Autónoma de México.
La servidumbre agraria en México en la época porfirista. Ediciones Era, México, 1984. 115 pp.

- LACLAU, Ernesto. Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo. Siglo XXI Editores, México, 1980. 233 pp. (Sociología y Política).
- LEAL, Juan Felipe. "El Estado y el bloque en el poder en México: 1867-1914" en Historia Mexicana, México, Vol. XXIII abr-jun, 1974, (Revista trimestral publicada por El Colegio de México). pp. 700-721.
- LEENHARDT, Jacques. Lectura política de la novela. Siglo XXI Editores, México, 1975. 252 pp.
- LENIN, V.I. "El Estado y la Revolución" en Obras Escogidas. 3 Vols. Edit. Progreso, Moscú, 1960. Vol. 2 pp. 293-393. ¿Qué hacer?. Ediciones de Cultura Popular, México, 1979. 213 pp. (Biblioteca Marxista No. 14).
- LICHTMAN, Richard. "La teoría de la ideología en Marx" en Cuadernos Políticos. No. 10 México, oct-dic, 1976. pp. 7-24.
- LIMOEIRO Cardoso, Miriam. La ideología dominante Brasil-Argentina. (Trad. Stella Mastrangelo). Siglo XXI Editores, México, 1975. 298 pp.
- LIST Arzubide, Germán. Madero. El México de 1910. Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, México. 1973, 123 pp.
- LOWY, Michel et al. Sobre el método marxista. (Trad. Carlos-Castro). Edit. Grijalbo, México, 1974. 226 pp. (Teoría y Praxis No. 3).
- LOYOLA Díaz, Rafael. La crisis Obregón-Calles y el Estado Mexicano. Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Siglo XXI Editores, México, 1984. 169 pp.
- LUKACS, Gyorgy. Sociología de la Literatura Barcelona, Ediciones Península, 1973. 505 pp.

- LUKACS, Georg. La novela histórica. Biblioteca Era, México, 1977. 451 pp.
El alma y las formas. Teoría de la novela Grijalbo, México, 1985. 420 pp.
- MADERO, Francisco I. La sucesión presidencial. 1910. Editora Nacional, México, 1967. 393 pp.
- MARX Carlos, "Manuscritos económico-filosóficos de 1844. (Trad. Wenceslao Roces). Edit. Grijalbo, México, 1968. 160 pp. (Col. 70 No. 29).
Introducción general a la crítica de la economía política. (1857). (Trads. Miguel Murmis, Pedro Scaron y José Aricó). Cuadernos de Pasado y Presente, No. I, México, 1978. 131 pp.
- MARX, Carlos y Engels, Federico. "Feuerbach, oposición entre las concepciones materialista e idealista". (I Capitulo de la Ideología Alemana), en Obras Escogidas en tres volúmenes. Edit. Progreso, Moscú, 1974. Vol. I, pp. 11-81.
"Cartas" en Obras Escogidas en tres volúmenes. Edit. Progreso, Moscú, 1974. Vol. III. pp. 503-534.
- MENDIETA y Nuñez, Lucio. Teoría de la Revolución. Biblioteca de Ensayos Sociológicos. Instituto de Investigaciones Sociales. UNAM., México, 1959, 244 pp. (Cuadernos de Sociología).
- MEYER, Lorenzo. "El Estado Mexicano Contemporáneo" en Historia Mexicana. Revista Trimestral Publicada por El Colegio de México. Vol. XXIII, abr-jun, 1974. núm. 4, pp. 722-752.
- MILLER, Jacques-Alain y Herbert, Thomas. Ciencias Sociales: Ideología y conocimiento. (Trads. Oscar Landi y Hugo Acevedo). Siglo XXI Editores, México, 1979. 99 pp.
- MOLINA Enriquez, Andrés. Los grandes problemas nacionales. (Pról. Arnaldo Córdoba). Ediciones Era, México, 1981. 523 pp. (Col. Problemas de México).
- NAJENSON, José Luis. Cultura nacional y cultura subalterna. Universidad Autónoma del Estado de México,

- PANI, Alberto J. Mi contribución al nuevo Régimen. (1910-1933). Edit. Cultura, México. 1936. 395 pp.
- PARKER, Richard. G. "Imperialismo y Organización obrera en América Latina" en Cuadernos Políticos. No. 26, México, oct-dic. 1980. pp. 37-50.
- PEREYRA, Carlos. "Ideología y ciencia" en Cuadernos Políticos. No. 10, México, oct-dic. 1976. pp. 25-32.
"Gramsci: Estado y sociedad civil" en Cuadernos Políticos. No. 21, México, jul-sep. 1979. pp. 66-74.
- PERUS, Françoise. Literatura y sociedad en América Latina: el modernismo. Siglo XXI Editores, México, 1980. 139 pp.
- PIPITONE, Ugo. "Crítica de la economía política Marxista" en Cuadernos Políticos. No. 10, México, oct-dic, 1976. pp. 53-63.
- PLAMENATZ, John. La ideología. (Trad. Paloma Villegas y David Huerta). Edit. Fondo de Cultura Económica, México, 1983. 232 pp. (Brevario núm. 345).
- PRIDA, Ramón. De la dictadura a la anarquía. Ediciones Botas, México, 1958. 685 pp.
- REED, John et al. "Francisco Villa. (1877-1923) en "El Gallo Ilustrado" Supl. El Día. No. 231, México, 27 nov, 1966, pp. 1-13.
- REINA, Leticia. Las rebeliones campesinas en México. (1819-1906). Siglo XXI Editores México. 1980. 437 pp. (Col. América Nuestra núm. 28).
- REYES, Alfonso. Obras Completas. Fondo de Cultura Económica, México, 1960.
- ROA Bastos, Augusto. "Imagen y perspectivas de la narrativa latinoamericana actual" en Latinoamérica. Cuadernos de Cultura Latinoamericana. No. 39, UNAM. México, 1979. 21 pp.

- ROEDER, Ralph. Hacia el México moderno: Porfirio Díaz. 2 Vols. Fondo de Cultura Económica, México, 1981.
- ROMERO Flores, Jesús. Anales históricos de la Revolución Mexicana. 3 Vols. Libro Mex Editores, México. 1960.
- ROSENSWEIG, Fernando de. "El desarrollo económico del México de 1877 a 1911" en El Trimestre Económico. Vol. 32, No. 127, jul-sep, 1965. pp. 405-454.
- RUIZ, Ramón Eduardo. La revolución mexicana y el movimiento obrero. 1911-1923. Ediciones Era, México, 1978. 155 pp. (Col. Problemas de México). México: La gran rebelión. 1905-1924. Ediciones Era, México, 1984. 401 pp.
- RUTHERFORD, John. La Sociedad mexicana durante la Revolución. Ediciones "El Caballito", México. 1978. 366 pp.
- SANCHEZ Vázquez, Adolfo. Las ideas estéticas de Marx. Ensayos de estética marxista. Ediciones Era, México. 1981. 293 pp.
- SEFCHOVICH, Sara. "Los escritores y la sociedad. Literatura y sociedad: por el camino del método: tres posiciones" en Revista mexicana de Ciencias políticas y sociales. UNAM, núm. 102, AÑO XXII, Nueva época, oct. dic, 1980. pp. 5-18.
- SILVA, Ludovico. Teoría y práctica de la ideología. Edit. Nuestro Tiempo, México, 1971.
- SOMMERS, Joseph. "Literatura e ideología: la evaluación novelística del militarismo en Vargas Llosa" en Cuadernos Políticos, No. 9, México, jul-sep, 1976. pp. 83-102.
- THERBORN, Goran y Stedman Jones, Gareth. Ideología y lucha de clases. (Trad. Angels Martínez Castells). Edit. Anagrama, Barcelona, 1974. 85 pp. (Cuadernos Anagrama No. 81).

- TRIAS, Augenio. Teoría de las ideologías. Ediciones Península, Barcelona, 1975. 153 pp. (Col. Ediciones de Bolsillo núm. 2).
- Ulloa, Berta. Historia de la Revolución Mexicana. (1914-1917). La Revolución Escindida. Vol. 4, El Colegio de México, México. 1981. 178 pp.
- Historia de la Revolución Mexicana. La encrucijada de 1915. Vol. 5, El Colegio de México, 1981. 267 pp.
- VANDERWOOD, Paul J. Los rurales mexicanos. Fondo de Cultura Económica, México, 1972. 247 pp.
- VIGORELLI, Amadeo. "Pensamiento cotidiano y ciencia en Marx. Apuntes" en Cuadernos Políticos. No. 26, México, oct-dic, 1980. pp. 7-11.
- VILLEGAS, Abelardo. La filosofía de lo mexicano. Edit. Fondo de Cultura Económica, México, 1960. 235 pp.
- WILKIE, James W. La Revolución Mexicana. (1910-1976). Gasto federal y cambio social. (Trad. Jorge E. Monzón). Edit. Fondo de Cultura Económica, México, 1978. 566 pp. (Sección de obras de Economía).
- WOMACK, John. "La economía en la Revolución. (1910-1920), historiografía y análisis" en Nexos. Año I, núm. II, México, nov, 1978, pp. 3-8.
- Zapata y la Revolución Mexicana, (Trad. Francisco González Aramburo). Siglo XXI Editores, México, 1982, 443 pp. (Col. América Nuestra núm. 10).
- ZABALETA Mercado, René. "Las formaciones aparentes en Marx" en Historia y Sociedad, núm. 18, 2da. época, México, verano, 1978. pp. 3-25.
- ZEITLIN, Irving M. Ideología y teoría sociológica. (Trad. Nestor A. Miguez). Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1977. 365 pp.